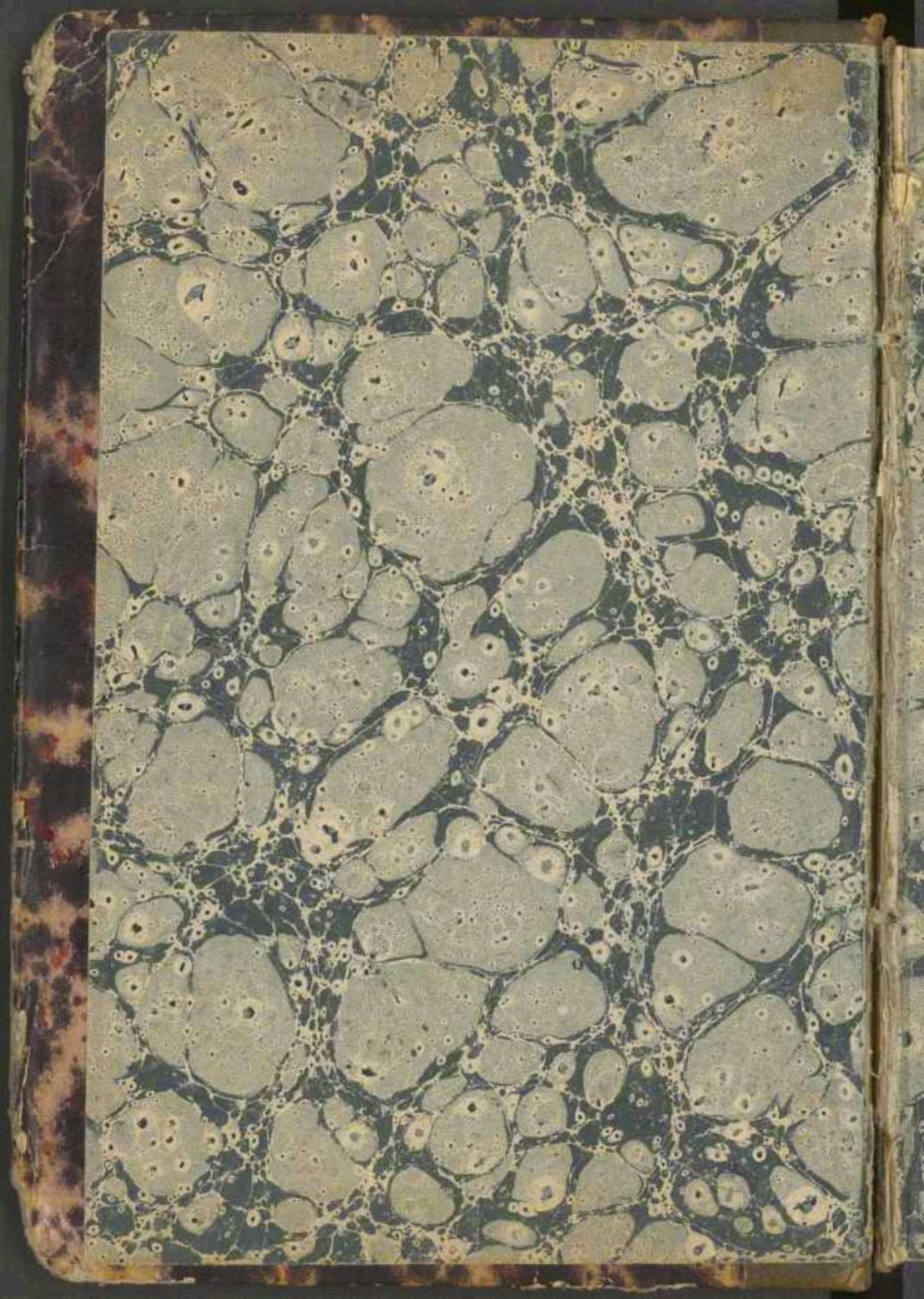
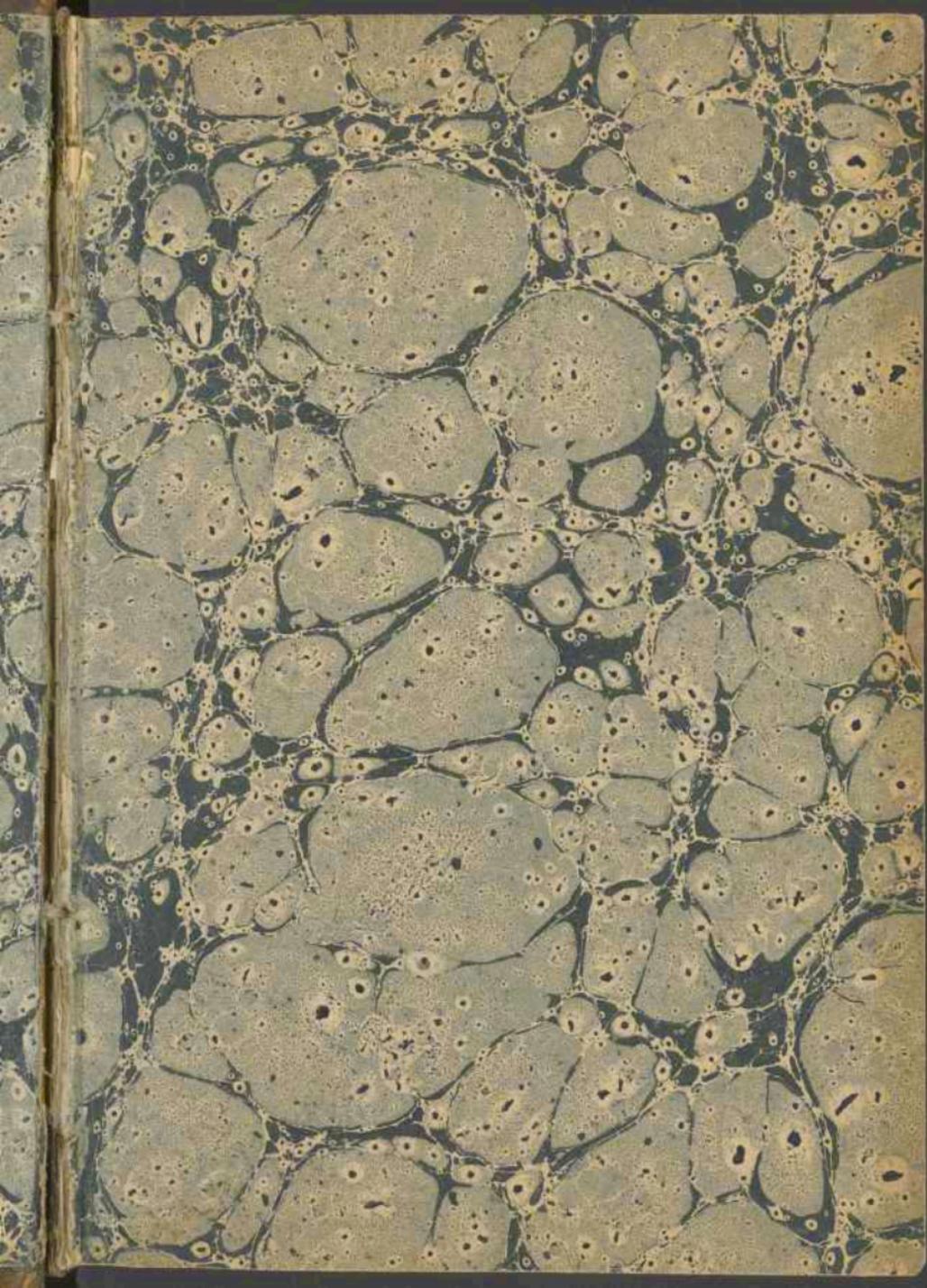


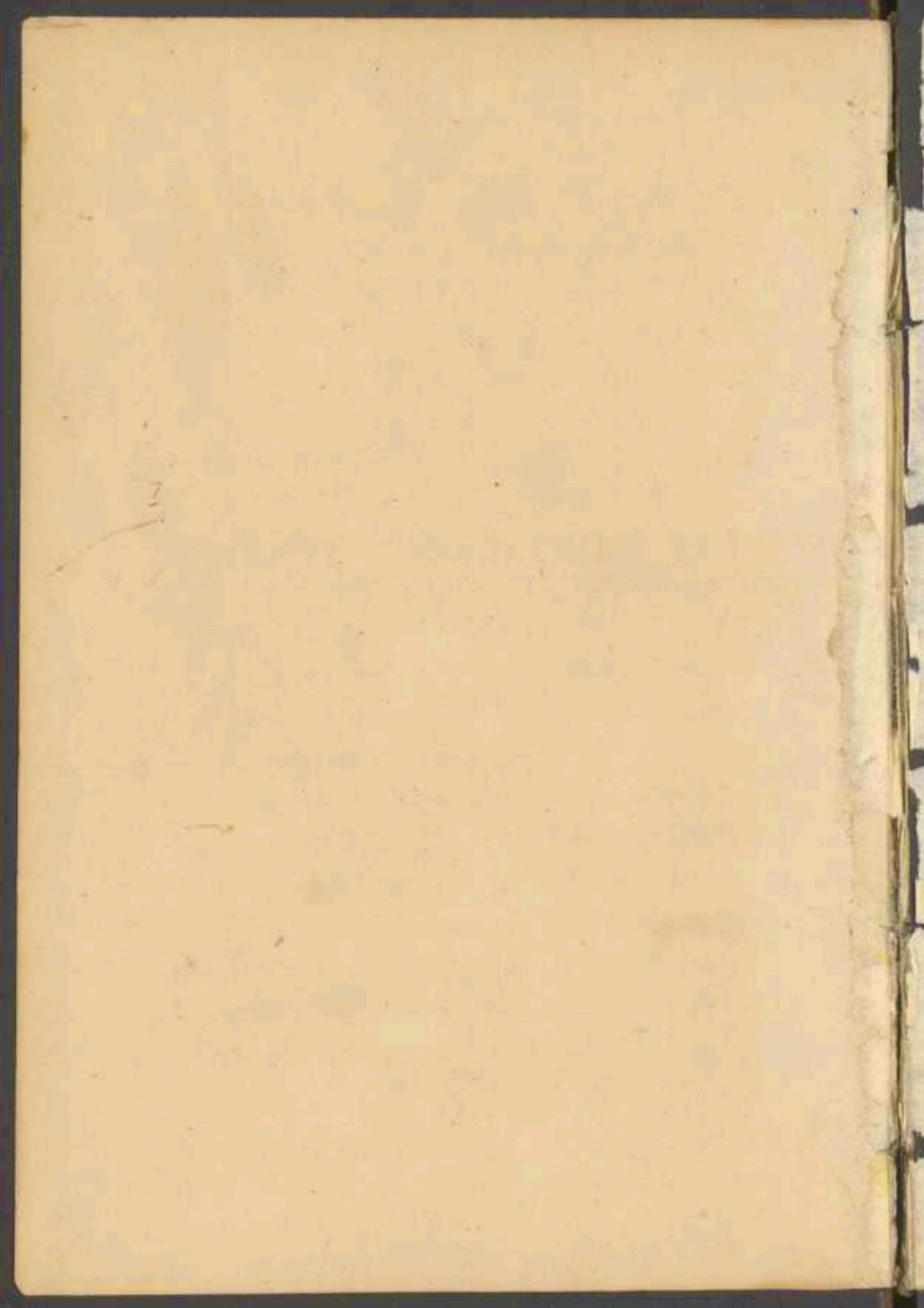
LAS HABITACIONES AÉREAS.



El sábio comprendió entonces para qué servia la calabaza.







DONACIÓN

Sign 13416

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

LAS HABITACIONES AEREAS.

RECUERDOS DE UN VIAJE

A LA REPUBLICA DE VENEZUELA

POR

ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ

TOMO I.

R. 180024



MADRID.

Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

—
1932.

C. b. 1138337

En las Librerías de Madrid y América.

LOS HABITACIONES VARIAS.

RECIBIDA EN MADRID

Es propiedad de los editores.

LIBRERÍA DE MADRID Y AMÉRICA

1897

MADRID

En las Librerías de Madrid y América.

LIBRERÍA DE MADRID Y AMÉRICA

1897

CAPITULO PRIMERO.

Dos viajeros.

El 26 de noviembre de 1869, despues de un viaje interesantísimo por las comarcas de Méjico, el Yucatan y Guatemala, el doctor don Juan Fernandez Alsina, sábio antropólogo y naturalista español, salió del puerto de Trujillo á bordo de un buque colombiano que hacia rumbo á Cartagena de Indias.

La tra vesía fué feliz, y seis dias despues nuestro sábio viajero sentaba su planta en los muelles del puerto más importante de la república de Nueva-Granada, haciendo trasladar su equipaje y los fardos que contenian sus colecciones á la conocida fonda de Italia,

establecida por los señores Pedrotti y compañía.

Instalado en una habitación cómoda y fresca, hizose servir un almuerzo confortable, se vistió, consultó en su cartera la lista de las personas á quienes tenia que visitar en Cartagena, se enteró de la hora señalada para comer en mesa redonda, y á las doce del dia salió de su alojamiento, empezando á recorrer las mal empedradas y no muy limpias calles de la ciudad.

Dedicó la tarde á hacer visitas, y poco antes de las seis volvió á la fonda, pasando enseguida al comedor.

Unas veinte personas, entre ellas varias señoras, estaban sentadas á la gran mesa de herradura que ocupaba el centro del extenso salon; y tambien se veian ocupadas algunas de las mesas particulares colocadas en los ángulos y á lo largo de las paredes.

Antes de elegir su puesto, nuestro sábio doctor recorrió con una mirada el salon, y la fijó con sorpresa y no pequeño júbilo en

un caballero, vestido con elegancia, que comía solo en una de las mesas más lejanas.

Aquel hombre era joven, alto, delgado, y tenía los cabellos y la barba sumamente rubios. Sus rasgos fisonómicos indicaban un origen germánico, y era, en efecto, M. David Viteht, conocidísimo viajero y uno de los más célebres dibujantes de Alemania.

M. David había viajado algun tiempo por España, permaneciendo más de un año en Madrid, donde le conoció el sábio don Juan. Juntos atravesaron el Atlántico, dirigiéndose á las costas de América, y en la Habana se separaron, dirigiéndose el uno á Méjico, y encaminándose el otro al rio de la Plata.

Tres años habían trascurrido desde entonces, y el doctor creía que su amigo habría ya vuelto á Europa ó estaría aun en cualquiera de las comarcas sur-americanas, cuando de nuevo le veía en la fonda de Italia.

Acercóse don Juan á la mesa donde comía M. David, que en aquel momento vaciaba con beatífica lentitud un enorme vaso de es-

quisito vino de Borgoña, y dándole una palmada en un hombro, dijo alegremente:

—Hémos otra vez reunidos, mi querido artista.

El alemán dejó el vaso sobre la mesa, alzó la vista hasta el rostro de su interlocutor, le reconoció, y presentándole la mano, dijo:

—¡Oh! ¡Vos por aquí, mi distinguido sábio! ¡Mucho me alegro de volveros á ver!

—Tambien me alegro yo, diablo,—repuso don Juan;—¿y hace mucho tiempo que estais en Cartagena?

—Muy poco: cuatro dias.

—¿Y vivís en esta fonda?

—Sí, en el número seis, piso principal; y vos, ¿cuando habeis llegado?

—Esta mañana á las nueve, y una hora despues me instalé en una habitacion cerca-na á la vuestra, en el número ocho: ya veis que somos vecinos.

—Lo que me regocija en extremo,—dijo el alemán;—pero supongo que no habeis comido, mi buen amigo.

—No por cierto.

—Sentáos, pues, y comeremos juntos, si no os desagrada.

—¡Oh! Todo al contrario.

Y don Juan se sentó en frente de su amigo, llamó á un mozo, indicó en la lista los platos y los vinos que deseaba, y empezó á comer con muy buen apetito.

Algunos vasos de esquisito Oporto animaron la conversacion, y don Juan preguntó á su antiguo compañero:

—¿Qué ha sido de vos en estos tres años, mi querido artista?

—He viajado sin cesar, mi querido sábio,—respondió el alemán;—me separé de vos para ir á Buenos-Aires, atravesé las Pampas y los Andes, estuve algun tiempo en Chile, pasé á Bolivia, visité las minas de Potosí, atravesé la frontera peruana, admiré el lago Titicaca, pasé al Cuzco, luego á Jauja, despues á Lima y al Callao, me embarqué para Guayaquil, visité el nevado del Chimborazo y el volcan de Sangay, llegué á Quito, pasé luego al

puerto de Esmeraldas, estuve en las islas del Rey, desembarqué en Panamá, crucé el istmo y en Portobelo me embarqué para Cartagena.

—¡Demonio! ¡Habeis hecho un magnífico viaje! Vuestros albums deben estar llenos de hermosos dibujos y vuestras carteras de preciosas notas.

—Y vos, mi sábio amigo,—preguntó el aleman,—¿por donde habeis andado?

—Mi excursion,—respondió el español,—no ha sido menos interesante. Me embarqué en la Habana para Nueva-Orleans, subí por el Mississipi hasta el Arkansas, visité las comarcas de Tejas, pasé á la Sonora, recorrí la California mejicana, me embarqué en Loreto, llegué á San Francisco, visité los pláceres del oro, fui á la Nueva-Jerusalem, crucé las montañas Pedregosas, conocí á los indios comanches, asisti á las cacerias de búfalos, volví á Tejas, pasé á Méjico, á Querétaro y á Veracruz, me embarqué para Mérida, recorrí la península del Yucatan, estuve en Guatemala y en Honduras, visité el volcan de Izal-

co, llegué á San José y en este puerto me embarqué para Cartagena.

—¡Oh! ¡Habeis realizado una interesante excursion!—exclamó el aleman;—vuestro diario de viaje debe estar lleno de datos preciosos, y vuestras colecciones científicas serán indudablemente dignas de atencion. ¿Y pensais continuar viajando?

—Sí por cierto. ¿Quereis acompañarme?—exclamó el sábio don Juan.

—Segun á donde vayais, —respondió M. David;—á decir verdad, estoy ya un poco cansado de correrías, y si no me ofreceis espectáculos completamente desconocidos, no saldré de Cartagena sino para volver á Europa. ¿A donde pensais dirigiros?

—Primero al lago de Maracaybo,—contestó don Juan;—quiero visitar este importante depósito de agua, estudiar las costumbres especiales de los pueblos que habitan sus márgenes, é investigar las causas de un fenómeno que se realiza en su extremo meridional, y que desde los tiempos de Colon es la admira-

cion de los curiosos y la desesperacion de los sábios.

—Y despues de visitar el lago de Maracaybo, ¿á donde ireis?

—Iré á buscar las bocas del Orinoco, subiré por este magnífico rio hasta encontrar las tribus de guaraníes, y permaneceré algun tiempo entre estos indios á fin de conocer sus costumbres.

—¿Qué son dignas de estudio?

—¡Ya lo creo! ¡Como que se trata de unos indios que tienen tanto de hombres como de monos!

—¿De veras?... —exclamó admirado el aleman.

—Tal como lo ois. Los guaraníes no viven en tierra, sino en los árboles...

—¡Oh! ¡Deben ser necesariamente unos indigenas muy interesantes! — interrumpió M. David;—pero, decidme, ¿á donde ireis despues?

—Despues continuaré por el Orinoco hasta encontrar los indios otomacos, me detendré

algun tiempo para asistir á la recolección de los huevos de tortuga, y en compañía de los mercaderes de aceite pasaré á Caracas, donde me embarcaré para España. ¿Que os parece mi programa?

—No me parece mal,—respondió M. David; —pero, ¿creeis que en esos parajes podré encontrar bellos paisajes, buenas perspectivas?...

—¡Vaya! ¡Como que vais á penetrar en los célebres bosques vírgenes, en esas selvas casi desconocidas que conservan todo la belleza salvaje de las edades primitivas! Además, las costumbres y los tipos de los indios que hemos de encontrar en nuestro camino darán á vuestros lápices magníficos asuntos.

—Os acompaño entonces,—dijo el alemán; —¿cuando quereis que nos pongamos en marcha?

—¡Bah! No tenemos prisa,—respondió el español;—descansemos algunos días, visitemos las cercanías de Cartagena, que son muy bellas, según tengo entendido, y luego nos

embarcaremos para Maracaybo, donde ha de dar principio nuestra excursión.

—Muy bien,—respondió el alemán.

Los dos amigos terminaron su comida, y luego pasaron á la habitación de M. David, que enseñó al sábio español los numerosos dibujos que habia hecho durante su largo viaje.

CAPITULO II.

De Cartagena á Maracaybo.

Nuestros dos viajeros permanecieron quince dias en Cartagena, visitando los alrededores de la ciudad, que son muy pintorescos, y de los cuales sacó M. David preciosas vistas, que unió á las ya muy numerosas de su album.

Don Juan, por su parte, hizo varias colecciones de plantas y flores, de insectos, de aves y de reptiles, y agotado todo lo que podia llamar su atencion en Cartagena, los dos amigos se prepararon á abandonar la República Colombiana.

Cartagena no es en la actualidad la magnífica poblacion que hacia honor á la domi-

nacion de los españoles en América. El número de sus habitantes ha bajado mucho desde la época de la emancipacion, y hoy no pasa de treinta mil, componiéndose de blancos, mestizos, negros y mulatos, que se ocupan en el comercio ó en diversos oficios. A pesar de todo, y sin embargo de no ser la capital, Cartagena es la poblacion más importante de la república de Nueva-Granada, á causa de la animacion mercantil de su puerto, al cual llegan diariamente buques de todas las naciones, que exportan azúcar, café, cacao, zarzaparrilla, quina, goma elástica, frutas del país, maderas preciosas y algunos minerales, dejando en cambio géneros manufacturados, trigo, vino y otros artículos de Europa.

El aspecto de la ciudad desde el exterior, especialmente desde el puerto, es bastante bello, dándole un carácter semi-fantástico la multitud de agujas y campanarios que se elevan sobre los edificios; pero en el interior se ven con desagrado sus casas destartaladas, sus iglesias ruinosas, sus calles desempedra-

das y llenas de basura y sus plāzas cubiertas de céspedes. Su sociedad no es, ni con mucho, tan distinguida como la de Lima, de Santiago ó de Buenos-Aires; el carácter de sus habitantes es bastante adusto, no hay teatros, museos ni bibliotecas, y por consiguiente, Cartagena ofrece al viajero muy pocos atractivos: á esto hay que añadir lo ardiente del clima, lo incómodo de las lluvias y la plaga asoladora de los mosquitos, que causan tormentos inconcebibles para todo aquel que no ha vivido algun tiempo en la América intertropical.

Despues de una discusion conducida con toda la calma del dibujante aleman, el sábio español pudo conseguir de su amigo que hiciesen por tierra el viaje hasta Maracaybo, primera poblacion venezolana que debian visitar, y que está situada en el extremo meridional del golfo que lleva su nombre.

Nuestros viajeros salieron, pues, de Cartagena al amanecer el dia 11 de diciembre, caballeros en dos fuertes mulas, seguidos de

otras dos que llevaban sus equipajes y los víveres necesarios para el camino, y precedidos de un guía español á quien ayudaba en el cuidado de los animales un jovencillo mestizo.

Don Juan habia aprovechado, para enviar á España sus colecciones, la oportunidad de un buque que se daba á la vela con destino á Cádiz, desembarazándose así de una multitud de fardos que le causaban no pocas incomodidades; y en cuanto á M. David, no llevaba consigo más que sus carteras, sus albums, sus lapiceros y su caja de colores, que todo ello ocupaba muy poco.

La distancia entre Cartagena y Maracaybo es de unas sesenta leguas, que nuestros viajeros esperaban salvar en diez dias. El camino es bastante bueno, y si bien hay que pasar una pequeña sierra, formada por la extremidad de una de las ramificaciones orientales de los Andes, este paso no ofrece grandes incomodidades. Nuestros amigos, pues, haciendo jornadas de seis leguas, lo que no

tiene nada de exajerado, podian llegar fácilmente al término de su viaje en el tiempo que se habian propuesto.

Tanto uno como otro iban armados con excelentes carabinas y magnificos machetes, pues en las comarcas de la América española, donde la civilizacion va á paso de tortuga, cuando no á paso de cangrejo, no es prudente salir á cierta distancia de las poblaciones sin llevar algunos útiles de defensa contra las fieras ó contra los indios.

Las dos primeras jornadas no ofrecieron incidente alguno digno de mencionarse. Se atravesaba un país cultivado, donde se veian de trecho en trecho casas de campo, ranchos de pastores y numerosos rebaños; pero al tercer dia, habiendo dejado atrás un pueblecillo llamado San Felipe, las casas de campo desaparecieron por completo, las rancherías fueron menos numerosas, y al fin dejaron tambien de verse los rebaños. Nuestros viajeros habian penetrado en una comarca desierta.

Al finalizar el cuarto dia de su viaje llega-

ron á una parada ó casa de postas, donde debían pasar la noche y cambiar de cabalgaduras. La parada se componía de una casucha destartalada y de un extenso corral, donde se encerraban unos cuarenta magníficos caballos, destinados al servicio de los caminantes.

La casucha estaba casi por completo atestada de patatas, sobre las cuales tuvieron que acostarse nuestros viajeros; la noche se pasó bien, y se hubiera pasado mejor si lo hubiesen permitido las picaduras de las chinches y los mosquitos, que en innumerables legiones infestaban la casa de postas.

Al amanecer, cuando nuestros amigos se disponían á marchar, encontraron ya esperándoles tres magníficos caballos, uno de los cuales trasportaba el equipaje y los víveres. El alquilador que los había acompañado desde Cartagena, con sus mulas y su ayudante, debía volverse desde allí; don Juan le pagó el precio estipulado, y unos y otros rompieron la marcha en distintas direcciones.

Acompañaba á los viajeros un mestizo,

criado del maestro de postas, cuyo vestido se reducía á una camisa de algodón, sujeta á la cintura por un ceñidor de cuerda, del que pendía un machete, y á un sombrero de hojas de palma, cuya forma era exactamente la de un plato puesto del revés. Se llamaba Antonio, é iba armado con un enorme fusil de chispa, cuyas municiones llevaba en una bolsa de piel colgada al cuello con una cuerda de esparto.

En aquel día empezaron los viajeros á subir las pendientes occidentales de la sierra, que por fortuna nada tenían de escabrosas. Eran, más bien, simples ondulaciones del terreno, cubiertas de abundante césped, que no produjeron el menor cansancio á las cabalgaduras.

Don Juan no pudo menos de extrañar que, siendo allí los pastos muy abundantes y de excelentes condiciones, no los aprovecharan los ganaderos de las cercanías para la alimentación de sus rebaños; las explicaciones del mestizo le sacaron, sin embargo, de su ex-

trañeza, y le hicieron comprender la causa de aquel abandono.

—Los rebaños que llegasen hasta aquí,—dijo Antonio,—nunca volverían al poder de sus dueños.

—¡Holal! ¿Y por qué razón?—preguntó con cierto tonillo de burla el sábio;—¿son acaso venenosas las yerbas de estos valles?

—No,—respondió el mestizo;—pero los guajiros robarían el ganado.

—¡Los guajiros!—exclamó el alemán;—¿qué clase de gente es esa?

—Son unos indios ladrones que viven á la otra parte de la sierra, dentro de la frontera de Venezuela, y que algunas veces hacen correrías por este territorio con el objeto de robar ganado. Así es que los pastores de las cercanías de San Felipe han tenido que dejar de traer sus rebaños á los valles de la sierra.

—¿Y estamos precisamente en el país frecuentado por esos bribones?—preguntó gravemente M. David.

—Sí, señor.

—¿Y no temes que nos ataquen?

—No; los guajiros sólo roban ganado, y rara vez atacan á los viajeros. Sin embargo, cuando lleguemos á la cumbre de la sierra tomaremos por una senda extraviada, que nos apartará de los caminos frecuentados, y en ella estaremos libres de todo temor.

—¿Acaso los guajiros desconocen esa senda?—preguntó don Juan.

—No, no, señor,—respondió Antonio;—pero como generalmente nadie marcha por ella, solo se cuidan de vigilar los caminos frecuentados por las recuas que van á Maracaybo y á Mérida y dejan completamente libres los atajos.

En efecto, al llegar al punto más elevado de la cordillera, el guía dejó el camino, y se internó por un sendero estrechísimo, estrujado entre dos lomas. El país, en aquellos lugares, presentaba un aspecto verdaderamente salvaje, y á la primera ojeada se comprendía que solo muy de tarde en tarde era visitado por pastores ó viajeros.

Dos dias despues, al dejar la sierra, y ya en territorio venezolano, los viajeros dieron en una rancheria ocupada por unos veinte guajiros, que acto seguido saltaron sobre sus caballos y salieron á su encuentro.

Nuestros amigos comprendieron que toda resistencia era imposible, y ya se consideraban prisioneros y á merced de aquella gente, cuando vieron con sorpresa que los guajiros, en vez de atacarlos, se acercaban saludándolos con amabilidad y les cedian el paso.

Los viajeros correspondieron á su saludo, cambiaron con ellos algunas palabras, deteniéndose breves momentos, que el aleman aprovechó para estudiar el tipo y los trajes de aquellos interesantes indigenas, y unos y otros continuaron luego su camino, alejándose en distintas direcciones.

Aquella noche se detuvieron los expedicionarios en una parada de postas, donde supieron que una banda de guajiros habia saqueado el dia anterior, á poca distancia de allí, una *estancia* ó establecimiento de ganaderia.

—Allá veremos.

El asado no tardó en estar á punto; don Juan lo retiró del fuego, partió una tajada y dió en ella el primer bocado.

—¿Que tal?—preguntó el alemán.

—¡Bah! No es del todo mala,—respondió el doctor;—un poco durita y algo insípida; pero con nuestros procedimientos culinarios no es posible sacar buen partido de ninguna carne.

El alemán, impelido por la curiosidad, comió un poco; pero aquel originalísimo manjar le causaba gran repugnancia y lo dejó pronto; don Juan comió algo más, aunque tampoco fué gran cosa; pero los indios parecían demostrar grande afición á la carne de boa y no dejaron una piltrafa.

Algunas nueces del sapuzaya, que son esquisitas, sirvieron de postre, y terminada aquella comida robinsonesca, los viajeros volvieron á la canoa, que adelantó otra vez por el canal, dirigiéndose al Sudeste.

A las cinco de la tarde se encontraron los viajeros en un grande espacio desprovisto de

CAPITULO III.

Preparativos de la expedicion.

La república de Venezuela, que comprende el territorio más septentrional de toda la América del Sur, á excepcion de la pequeña parte de costa que pertenece á Nueva-Granada, está comprendida entre los 12° de latitud Norte y 2° de latitud Sur, teniendo por longitud, segun el meridiano de San Fernando, de 54° á 66° Oeste. Sus límites están marcados al Norte por el mar de las Antillas ó de los Caribes; al Este por las posesiones inglesas de la Guyana y el territorio del Brasil; al Sur por el rio Coqueta, que forma la frontera septentrional de la república del Ecuador, y

finalmente, al Oeste por el territorio de Nueva-Granada.

Las comarcas de Venezuela están enriquecidas con un sistema fluvial de primer orden, contándose entre sus rios el Orinoco y el Negro, que puestos en comunicacion por un curiosísimo canal natural, llamado de Casiquari, permiten ir en barcas ó canoas desde la costa Norte de la América meridional hasta el Amazonas, y aún aprovechando el cáuce del Madera, continuar hasta cerca de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia. Los caudalosos afluentes de aquellos dos rios dan al terreno una gran fertilidad, y harian de este territorio uno de los más ricos de toda América si el trabajo del hombre regulase los esfuerzos de la naturaleza.

El sistema orográfico está formado por dos sierras, que no son otra cosa que los extremos de una ramificacion de los Andes. La más occidental de estas sierras limita la cuenca del Magdalena, que corre por el territorio colombiano, y la oriental vé nacer en sus faldas

multitud de rios que van á engrosar las corrientes del Negro y del Orinoco.

Los extremos de estas dos sierras, que forman una especie de herradura con sus últimas ondulaciones, encierran un valle no menos extenso que la mitad de España, el cual contiene en su seno un depósito de agua que ocupa la cuarta parte de su superficie; este lago es el de Maracaybo, del que nos ocuparemos en breve.

El territorio de Venezuela, fecundado por los rayos de un sol tropical, es de los más interesantes por sus producciones de todo género. Hay en él más de cien especies de distintas palmeras, entre ellas las célebres *moriches*, que constituyen la habitacion de los guaraníes; en sus bosques abundan los jubias, los caobos, el árbol de la goma, el de la quina, las maderas tintóreas, la zarzaparrilla, la vainilla, la copaiba, la coca, la planta que da el *cazabe*, especie de pan que usan los indios, venenos como el curare y el barbasco, y antidotos como el gayaco y la liana del guaco. En

los rios se ven el magnífico iris, las blancas flores del nenúfar, y la flor bella entre las bellas, que en honor de la reina de Inglaterra, lleva el nombre de *victoria régia*.

Si el reino vegetal encierra incalculables riquezas, no son menos interesantes los seres que componen el animal. El feroz jaguar, el puma y varios gatos de pintada piel, el pecari, el tapir, varias especies de roedores y algunos marsupiales, aves de pintado plumaje y melodiosos de cantos, numerosos reptiles é insectos dan animacion á los bosques, que sirven asimismo de morada á diversas especies de monos, y en los rios se ven aves acuáticas en gran número, tortugas, gigantes cocodrilos y hasta la terrible boa de agua llamada *anaconda* por los hispano-americanos.

Pero tantas riquezas no han sido aún explotadas. A cierta distancia de la costa el territorio se mantiene todavía en estado casi salvaje, y solo algunos pequeños establecimientos, alimentados por la navegacion de los

rios ó la corta de maderas, algunas chozas de pescadores á inmensas distancias, algunos rebaños de vacas ó algunos plantíos de coca, son los únicos indicios que allí acusan la presencia del hombre.

La capital de la república es Caracas, justamente célebre por su esquisito cacáo, que es el artículo más importante de explotación. La dominación española se recuerda en Barcelona, Valencia, Trujillo y Mérida, poblaciones fundadas por los antiguos conquistadores, y la ciudad más interesante por su carácter particular y lo numeroso de la población indígena, es Maracaybo, situada en la punta meridional del golfo del mismo nombre.

Maracaybo fué fundada por los españoles, que le dieron el nombre de uno de los caciques que imperaban en la costa. Su aspecto no tiene nada de hermoso; la mayor parte de los edificios son de madera, y en las calles y plazas crece libremente la yerba. En la población, que no pasa de 16.000 habitantes, domina el elemento indígena puro ó mezclado, ha-

biendo también blancos de origen español, negros y mulatos, que se ocupan en el comercio y en diversos oficios.

El hotel del Nuevo Mundo, único que había en la ciudad, albergó á nuestros expedicionarios, que acto seguido empezaron á hacer sus preparativos de viaje.

—Nos espera una excursión completamente acuática,—decía don Juan.

—Me alegro,—respondió flemáticamente el dibujante alemán;— estoy cansado de nuestro viaje á caballo, y espero que será mucho más cómodo el viaje en lancha. Supongo mi querido sábio, que se trata de navegar por algún río.

—No por cierto,—repuso el doctor;— primero recorreremos un canal sumamente curioso, y luego surcaremos las aguas de un lago que no es menos interesante.

--¿El lago de Maracaybo?

—Exactamente.

—¿Y que hay en él de particular?—preguntó M. David.

—Muchas cosas, entre ellas el extraño carácter de sus poblaciones.

—¡Poblaciones en el lago!— exclamó admirado el alemán.

—Sí por cierto.

—Quereis decir en sus orillas.

—No, no; en el lago mismo, es decir, dentro del agua,—repuso con acento afirmativo el sábio español.

—¡Ah! Como en Venecia, sin duda,—exclamó M. David.

—Exactamente; no sin una razon dieron los españoles á este territorio el nombre de Venezuela.

—Tal vez por la semejanza que encontraron entre las poblaciones del lago y los edificios de la magnífica ciudad reino del Adriático,—dijo el alemán.

—Habeis acertado, mi querido artista.

—Esas poblaciones deben ser sin duda alguna muy interesantes.

—¡Vaya si lo son! Y luego que las costumbres de sus habitantes tienen necesariamente

que diferir mucho de las de los habitantes de la tierra.

—Es natural; ¿y cuándo partiremos, distinguidísimo sábio?

—Cuando gustéis, mi querido artista,—respondió sonriendo el español.

—¿Mañana?

—Sea mañana, si no hay dificultad.

Esta conversacion tenia lugar al día siguiente de haber llegado nuestros viajeros á Maracaybo, y en tanto que, sentados uno frente á otro, almorzaban con gran apetito.

Terminado el almuerzo salieron del hotel, dirigiéndose al puerto, y el doctor reparó en una gran barca, de lo cual sacaban varios indios unas cuantas banastas de junco llenas de pescado.

—Estos peces son de agua dulce,—dijo á su amigo, que contemplaba silenciosamente á los indios.

—¿Estais seguro?—preguntó el alemán.

—Segurísimo, y me atreveria á apostar que esos indios son pescadores del lago.

— Con preguntárselo saldremos de dudas.

Nuestros viajeros se dirigieron á los indios, que eran unos mocetones altos, robustos, de color aceitunado, y cuyo traje se componía solamente de una camisa de algodón, teñida de rojo á rayas verticales, y de un sombrero de palma de la forma de una cazuela invertida.

El indio cristiano ó convertido, aunque muy lacónico en sus respuestas, circunstancia comun á todos los indígenas americanos, es bastante amable y servicial.

Don Juan lo sabia: dirigióse á los que tripulaban la lancha, hizoles algunas preguntas, y supo que eran, como habia pensado, pescadores del lago, en el cual habitaban, y que aquella misma noche pensaban regresar á sus casas.

Hizoles entonces presente su deseo de realizar una excursion por el lago, y los pescadores se ofrecieron inmediatamente á conducirle, así como á su amigo.

El ofrecimiento fué aceptado acto continuo y ni siquiera se habló de precio, pues

don Juan sabia perfectamente que los pobres indios se contentan con una miseria.

—¿A qué hora partiremos?—preguntó al patron de la barca.

—Al ponerse el sol,—respondió lacónicamente el indigena.

Separáronse, tras esto, de los pescadores, y volvieron al hotel para hacer sus últimos preparativos de marcha, que se redujeron á comprar algunos objetos de quincalla ordinaria, muy apreciados de los pobladores del lago, y á empaquetar alguna ropa en unos maletones.

El resto de su equipaje quedaba en el hotel, donde lo encontrarían á su regreso.

En cuanto á los víveres, en el lago habia pesca y caza abundante, los indios tenian maíz y cazabe, y esto bastaba á nuestros expedicionarios.

Como habian ofrecido á los pescadores, pocos momentos antes de que el sol se ocultase tras el horizonte se dirigieron al puerto, donde los esperaba la barca.

Los indios estaban ya dispuestos, embarcáronse nuestros amigos, y á un grito del patron, el ligero esquife, bajo los esfuerzos de cuatro robustos indios, se alejó de la orilla surcando rápidamente las oscuras aguas del canal.

CAPITULO IV.

El lago de Maracaybo.

Ya hemos dicho que el lago de Maracaybo ocupa la cuarta parte de un valle encerrado entre las últimas ondulaciones de las sierras de Venezuela.

Muchos han creído que el lago de Maracaybo es un brazo de mar; pero esto es un error. Este lago, unido por un canal angosto al golfo del mismo nombre, que es una parte del mar de los Caribes, es un depósito de agua dulce, á excepcion de la época de las grandes mareas ó cuando el viento Norte sopla durante mucho tiempo. Su forma, con el canal de que hemos hablado, es exactamente la de una guitarra, circunstancia que no ha pasado des-

apercibida para los españoles, que hacen frecuente uso de este instrumento.

Este lago es muy poco profundo en las inmediaciones de las orillas. Colocado á larga distancia de la cumbre de las montañas, cuyos últimos pliegues se desvanecen en el valle, cubre la base de las pendientes insensibles que se prolongan muriendo bajo sus aguas. En ciertos puntos se puede llegar andando á algunas millas de la márgen, y después, de pronto desaparece el suelo, cediendo su puesto al abismo.

En este lago se observa un fenómeno que, desde los tiempos de Colon, es la admiracion de los curiosos y la desesperacion de los sábios: es una claridad fosfórica que aparece á media noche en la punta meridional del lago. Tiene mucha analogía con los fuegos fátuos de nuestros pantanos, y probablemente reconocerá la misma causa. Como se vé á considerable distancia y aparece siempre en el mismo punto, los navegantes del lago le han dado el nombre de *Faro de Maracaybo*.

Se ha dicho que este fenómeno era producido por los efluvios de un vasto pantano situado en la desembocadura del Zulia, donde brilla precisamente la claridad misteriosa: la atmósfera es allí generalmente menos fría que en los lugares vecinos, y se supone que está fuertemente electrizada. Por lo demás, sea el que quiera su origen, la llama proyecta su luz en silencio y no ha sido nunca acompañada de explosión.

El carácter más interesante del lago Macaybo es la población que lo habita. Cuando los españoles, costeando el golfo, llegaron á la entrada del canal, descubrieron en él, no cabañas aisladas, sino pueblos enteros que, al parecer, navegaban sobre el lago, y que estaban edificados sobre estacones. Ya sabemos que, por el parecido que encontraron entre estas construcciones y los edificios de Venecia, dieron á esta parte de la costa el nombre de Venezuela, que es hoy el de toda la provincia.

Aún existen hoy algunas de estas pobla-

ciones, que contienen de cincuenta á cien familias. Muchas de ellas han aceptado las doctrinas de los misioneros españoles, por lo cual una de sus manzanas de casas tiene un edificio mayor que los demás, coronado por un campanario, que indica que á la autoridad del cacique ha sucedido la del cura. En la orilla occidental; sin embargo, el guajiro no solo conserva su independencia, sino que á veces ataca las posesiones de los curas, á quienes llama usurpadores.

Aunque de la misma raza, los habitantes del lago difieren esencialmente del guajiro por su carácter y sus costumbres; el uno es guerrero y vive de las rapiñas, los otros son pacíficos y se sostienen con el producto de su trabajo ó de su industria, que se reduce, por regla general, á la pesca y á la caza. Algunos se dedican también á la explotación de la goma.

Las aguas del lago abundan en distintas especies de peces, que son para el indio un recurso inagotable. Las lizas, doradas, vieji-

tas, doncellas y una pequenísimasardina que puebla el lago y el canal, le suministran alimento y le permiten comerciar, remitiendo á Europa gran cantidad de barriles de escabeche.

La *liza* es un pescado de mar, á cuya pesca se dedican muchos habitantes de la costa venezolana, pero que abunda mucho en las aguas dulces del Maracaybo. Sus huevos, secos al sol, son un importante artículo de comercio, y su carne es excelente.

La *dorada*, llamada así por sus reflejos; el *vagro*, pez muy feo, de gran cabeza y enorme boca orlada de bigotes; el *cavita*, de cuerpo redondo y de tres metros de contorno; el *sargo*, que es uno de los peces más delicados y esquisitos; la *viejita*, llamada así por el ruido que produce, parecido al balbuceo de una anciana, y por último los *lebranquios* y *gubinas*, suministran su contingente á la industria de nuestro pescador.

Los ánades, patos, cercetas y otras aves acuáticas le proporcionan también grandes

recursos, y ya hemos dicho que, en ciertos casos, el habitante del lago se ocupa tambien en la explotacion de la goma elástica, sustancia preciosa que procede de la savia de un árbol llamado *seringa* ó más científicamente *siphonia elástica*.

La barca que conducia á nuestros viajeros se deslizaba velozmente surcando la superficie del canal. La oscuridad de la noche impedía examinar las orillas, con no poco dolor de M. David, que temia perder bellísimos paisajes; pero en cambio, don Juan se entusiasmaba admirando los caprichosos reflejos que los rayos de la luna producian en las movedizas aguas.

—¡Cuán bella es la naturaleza hasta en sus más pequeños fenómenos!—exclamaba;—¡mirad, amigo mio, qué magníficos destellos, que estela tan luminosa deja tras sí nuestra barca! Yo sé que esto no llama vuestra atencion, porque no podeis copiarlo con el lápiz, porque el arte no puede llegar á reproducir toda la magnificencia de la naturaleza...

—El arte lo puede todo,—replicó gravemente M. David.

—¿Todo?... ¡Bah!... Intentad copiar con el lápiz ó con los colores el relámpago, el rayo, la aurora boreal, el fuego fátuo, y por mucho que trabajeis, por mucho que hagais, tendreis al fin que confesar vuestra impotencia.

M. David comprendió que su amigo, sin duda para distraer la monotonía del viaje, intentaba entablar una discusion, y como era muy poco aficionado á ellas, tomó el partido de no replicar.

No por eso calló don Juan, que entre sus buenas cualidades tenia el grandísimo defecto de ser un hablador sempiterno. Despues de enumerar en un largo discurso todas las maravillas de la naturaleza, superiores á los recursos del arte, viendo que su compañero, lejos de hacerle caso, se habia dormido, se volvió á los indios y les preguntó:

—¿Es mucha la longitud del canal?

—Siete millas,—respondió el patron, que se llamaba Antonio Quiña.

—Entonces, á las doce habremos salido del canal y nos hallaremos en el lago, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y dime, mi buen Antonio, ¿á qué hora llegaremos al pueblo?

—Después de amanecer.

—Segun eso, es de los más cercanos á Maracaybo.

—Sí.

—¿Y cuál es su nombre?

—Santa María del Lago.

—¿Y es de alguna importancia por su poblacion?

—Unas cincuenta familias.

El laconismo del patrón empezó á disgustar á don Juan, que deseaba una conversacion seguida.

—Tengo entendido,—añadió,—que vuestras casas están construidas sobre el agua.

El doctor sabia esto perfectamente, pero queria hacer hablar al indio.

—Ya las vereis,—respondió Antonio.

Esta respuesta agotó la paciencia de nues-

tro viajero, que hizo un movimiento de contrariedad y murmuró:

—¡Malditos indios! ¡No son capaces de hablar media docenas de palabras seguidas! ¡Bah! ¡Vale más dormir que hablar por monosílabos! ¡Durmamos!

Y recostándose con la comodidad posible sobre la borda de la barca, cerró los ojos y no tardó en quedarse profundamente dormido.

Cuando despertó empezaba á amanecer; la barca estaba ya lejos del canal y navegaba por el lago, cerca de la orilla occidental, en direccion á un grupo de casas que se elevaban sobre la superficie del agua.

—¿Es ese el pueblo á donde vamos?—preguntó don Juan.

—Sí,—respondió lacónicamente el patron.

Los remeros apretaron los puños, y media hora despues la barca atracó al pié de las escaleras de la casa más grande del pueblo.

no viajero, que hizo un movimiento de con-
tristez y murmuró:

— ¡Malditos indios! No son capaces de ha-

cer media docena de palmas segundas! ¡Bah!

¡Vaya más gloria!

CAPÍTULO V.

¡Dutinas!

Y recostándose con la comodidad posible

sobre la borda. Los pueblos del lago.

están en grado de profundarse dormido.

Cuando despertó empezaba a amanecer; la

luz

Las habitaciones de los indios del Mara-

caybo merecen una descripción detallada.

Cuando los maracaybos quieren edificar

una casa empiezan por buscar, como es natu-

ral, un lugar que les convenga. El agua debe

tener poco fondo; pero cuanto más lejos se

halle de la orilla mejor cumplirá con las con-

diciones apetecidas: un banco de arena ó un

isote sumergido es la mejor solución del pro-

blema.

Hallado el solar, el constructor busca cier-

to número de árboles que le han de suminis-

trar las estacas. No puede emplear una

madera cualquiera, pues no todas resisten la influencia del agua y de los insectos que pueblan el lago; pero hay en los bosques de las orillas una madera preciosa, llamada *palo santo* por los españoles, *gayaco* por los indígenas y *guayacum* por los botánicos, que parece creada exclusivamente para el objeto que los indios se proponen. El árbol que la produce tiene treinta metros de elevacion, copa en forma de sombrilla y flores de color de naranja.

Esta madera es tan dura que mella las hachas, y los indígenas creen que, teniéndola enterrada algun tiempo, acaba por convertirse en hierro. Esta creencia, tomada al pié de la letra, es equivocada, pero no tanto como á primera vista parece, pues el palo santo, enterrado en el suelo de Maracaybo ó sumergido en el lago, se petrifica en términos que los estacones de muchas casas se convierten en verdaderas columnas. Es muy frecuente hallar en la orilla trozos de gayaco petrificado.

Despues de cortados, acarreados al borde del lago y llevados luego por agua al lugar

dónde han de ser colocados, el constructor planta sus estacones de palo santo y establece sobre ellos una plátaforma de madera ligera, que abunda en las cercanías del lago, y sobre ella asienta las paredes que han de sostener el techo, las cuales se forman con bambúes, que se clavan separados entre sí, pues siendo el frío desconocido en el país no hacen falta muros gruesos ni cerrados.

Hay, sin embargo, una época en que llueve á torrentes; pero es fácil preservarse de la lluvia por medio de anchas hojas de *enca*, que suple las tejas ó pizarras. La naturaleza, en aquellos países, es pródiga con el hombre y le suministra hasta las cuerdas que necesita para unir las piezas de la armazon de su casa. Estas cuerdas, formadas por lianas verdes, se aprietan al secarse, y adquieren una fuerza imponderable, capaz de resistir lós esfuerzos de la tempestad más desencadenada.

Así estaban construidas todas las casas que formaban el pueblo. La barca se detuvo al pié de la escalera de la principal, contigua á la

iglesia, y en la que vivía el cura, que estaba asomado á una ventana cuando llegaron los viajeros.

El sacerdote salió á la escalera á recibir á los dos amigos, que salieron de la barca, y les dijo con la amabilidad peculiar á los hispano-americanos:

—Señores, siento mucho que mi pobre casa no os ofrezca grandes comodidades; pero tal como es, está á vuestra disposición.

—Mil gracias, señor cura,—respondió don Juan;—y como suponemos que en este pueblo no habrá una miserable posada, aceptamos con gusto vuestra hospitalidad, aunque no quisiéramos causaros la menor molestia.

—Todo al contrario,—repuso el cura;—me causais un placer: mi vida es aquí tan monótona que espero siempre con impaciencia que llegue algun viajero con quien tener algunos ratos de conversacion. ¡Ya veis! ¡Metido entre estos indios, que son lo más silenciosos y taciturnos del mundo, tengo necesariamente que aburrirme!

—Os creo, os creo sin dificultad,—respondió don Juan;—no he pasado yo más que una noche á su lado, y estaba ya completamente aburrido; no he podido hacer, desde Maracaybo hasta aquí, que hablen media docena de palabras.

Los viajeros, siguiendo al cura, habían penetrado en una especie de sala, amueblada con una gran mesa, un enorme armario, un sillón frailuno y algunas sillas de paja. El pavimento estaba cubierto con una estera, y las paredes eran de tablas perfectamente unidas: aquella casa había sido construida con más esmero que las restantes del pueblo.

—Supongo, señores, que estareis en ayunas,—dijo el cura.

—Suponeis perfectamente,—respondió sonriendo el doctor.

—Permitidme entonces que vaya á mandar que os dispongan el almuerzo.

El cura salió, y don Juan, volviéndose á su amigo, que no había despegado los labios, le preguntó:

—¿Qué os parece todo esto, mi querido artista?

—Me parece muy bien,—respondió el flamenco alemán;—la existencia de estas gentes es muy extraña y sus costumbres deben ser muy interesantes. Yo no podía figurarme que hubiese un pueblo que pasase su vida, lejos de la tierra, entre el cielo y el agua.

La vuelta del cura hizo general la conversacion, y poco después entró un indio que cubrió la mesa con un blanco mantel, poniendo sobre ella algunos platos con huevos fritos, peces del lago, frutas y pan de cazabe.

—No puedo ofreceros vino, señores,—dijo el cura;—en estos pueblos no se usa más licor que el aguardiente ó la chicha.

—¡Bah!—respondió el español;—no paseis pena por eso, mi buen amigo: así como así, este almuerzo tiene un carácter tan americano que me enamora.

Diciendo esto, los dos amigos se sentaron á uno y otro lado de la mesa, empezando su almuerzo con los huevos fritos,

El primer bocado arrancó al doctor una exclamacion de sorpresa: aquellos huevos tenían un sabor especial, sumamente agradable, pero que le era completamente desconocido.

No os sorprendais,—dijo el amable cura, comprendiendo al momento la causa de la exclamacion del sábio;—ni esos huevos son de gallina ni están fritos con aceite. Son huevos de las aves acuáticas del lago, que se recogen en las orillas, y están fritos con aceite de tortuga.

—¡Ah! ¡No creia yo que el aceite de tortuga tuviese un gusto tan agradable!

—Es exquisito,—repuso el alemán.

—Nosotros,—añadió el cura,—le usamos en vez de la manteca de cerdo ó de vacas, que es más pesada, y del aceite de olivas, que aquí escasea mucho.

A continuacion el buen cura dió á los viajeros algunos detalles muy interesantes acerca de la fabricacion de aquel aceite, que se estrae de los huevos de las tortugas, y que es

uno de los más importantes artículos de la industria india.

La conversacion, por un giro cualquiera, recayó luego en las habitaciones aéreas del lago, y el alemán dijo:

—Sin duda estos indios se han establecido de tan extraña manera para huir de los ataques de alguna tribu enemiga.

—No, señor,—respondió el cura;—es verdad que los guajiros atacan algunas veces las poblaciones de las orillas; pero no es el temor á esos bandidos lo que ha dado lugar á que se construyan estas extrañas habitaciones.

—Entonces será el temor á las fieras que pueblan los bosques.

—Exactamente; pero no creais que han sido los jaguares ni los reptiles ponzoñosos los que han reducido á estos pobres indigenas á tal extremidad: su enemigo es un animal tan pequeño, tan despreciable en la apariencia, que os vais á sonreir al pensar que tan humilde y diminuta criatura ha podido poner en fuga á toda una nacion.

—¿Se trata acaso de los mosquitos?—preguntó don Juan.

—Habeis acertado, amigo mio,—respondió el cura;—no creo que en parte alguna abunden tanto esos incómodos insectos como en las orillas del lago; los hay de todas especies: zancudos, jejenes, tempraneros, y están siempre sedientos de sangre. Aparecen á distintas horas del dia ó de la noche, *entran de guardia*, como dicen los indios, y apenas dejan intervalo entre sus ataques.

—¿Y no llegan hasta aquí?—preguntó el dibujante.

—No señor; los mosquitos se alejan rara vez de la orilla, viven á la sombra de las hojas ó plantas acuáticas y solo dejan la tierra para revolotear sobre el lago cuando el viento los arrastra.

—Pero esta existencia esencialmente acuática,—dijo el aleman,—debe ocasionar grandes enfermedades: seguro estoy de que las tercianas y los dolores reumáticos hacen estragos en estas poblaciones.

—No por cierto,—respondió sonriendo el cura;—estos indios tienen una organización que se puede llamar de hierro, y por otra parte, están acostumbrados á este género de vida. Si se tratase de europeos, sería otra cosa muy distinta.

La conversación continuó durante algunos momentos, al cabo de los cuales el cura se separó de sus huéspedes para ir á decir su misa cotidiana.

La iglesia estaba edificada por el mismo sistema que las casás: no había en ella más que un altar, con una imágen de la Virgen del Cármen, ante la que pendía una pequeña lámpara de bronce, y comunicaba por un pequeño y grosero puente de tablas con la casa del cura.

Sobre su techumbre se alzaba un agudo campanario, también de madera, rematado por una cruz, y en el que había un esquilon, cuyo tañido llamaba á los feligreses al oficio divino.

No tardaron en llegar algunas canoas al

pié de la escalera que daba acceso á la puerta de la iglesia; penetraron en el templo los indios é indias que en ellas venian, púsose el sacerdote en el altar y empezó la misa, durante la cual nuestros amigos, que se habian trasladado á la iglesia, observaron en los indígenas una devocion y un recogimiento que no siempre se vé en los pueblos católicos de Europa.

CAPITULO VI.

La vaca marina.

Dos días después nuestro viajero tuvieron el gusto de presenciar una de las pescas más interesantes que llevan á cabo los indios de la América tropical.

La tarde anterior algunos pescadores habían vuelto al pueblo con la importante noticia de que en la desembocadura de uno de los más caudalosos rios que desaguan en el lago, habían aparecido algunas vacas marinas.

Inmediatamente se pensó en pescarlas, pues la captura de estos corpulentos animales proporcionaba á los habitantes del pueblo una enorme cantidad de carne, y cada cual

dispuso su canoa y sus aparejos de pesca, compuestos de un harpon unido á una larga cuerda, á cuyo otro extremo se sujeta un pedazo de madera llamado *flotador*.

Los dos viajeros, el cura y dos indios se metieron en la mayor de las canoas; las otras fueron ocupadas por el resto de los pescadores, y cuando el sol apareció en la línea del horizonte la flotilla estaba ya bastante lejos del pueblo.

—Vais á ser testigos,—decía el cura,—de una de las pescas más interesantes que se hacen en el lago.

—Y á satisfacer uno de mis más ardientes deseos,—añadió don Juan;—he leído mucho acerca del *manatí* ó vaca marina y de la destreza que los indios tienen para pescarle, y hubiera sentido mucho salir de América sin haber presenciado ese espectáculo.

Las canoas se habian acercado á la orilla del lago, y avanzaban silenciosamente hácia la desembocadura del rio, donde se creia encontrar á los manatíes.

La que montaban nuestros amigos iba mucho más cerca de tierra que el resto de la escuadrilla, lo que permitía al sábio don Juan examinar la magnífica vejetacion de la márgen y al dibujante aleman contemplar de cerca un bellissimo paisaje.

En las inmediaciones de la tierra, el agua estaba literalmente cubierta de hojas y plantas acuáticas, entre las cuales eran de admirar las magníficas flores blancas, parecidas á las cúpulas de un edificio chinesco, de la *victoria régia*.

Algunas aves zancudas y palmípedas, como ibis, grullas, flamencos de color de fuego, patos y ánades, saltaban ó se deslizaban entre las hojas; pero lo que más excitó la atencion de los viajeros fueron dos aves, del tamaño de una gallina, de plumaje oscuro y alas rojizas con reflejos metálicos que brillaban á los rayos del sol.

Estaban bastante cerca de aquellas aves para que nuestros viajeros no pudiesen descubrir en ellas algunas particularidades, en-

tre otras un singular apéndice de cuero en la base del cuello, gruesas protuberancias espinosas en el arranque de las alas, patas largas y delgadas con tarsos muy prolongados, relumbrando por la parte exterior del hueso como estrellas de cuatro ródios que se reflejasen horizontalmente en la superficie del agua.

Pero no eran estas zancas ni el plumaje de las aves lo que excitaba el interés de nuestros viajeros, sino el hecho casi inexplicable de que aquellas aves ni estaban en actitud de nadar ni á flote, sino que se mantenian derechas sobre sus patas, pareciendo que se apoyaban sobre la superficie del agua, como si hubiera sido sobre hielo.

Y más extraño todavía fué que, mientras las miraban, abandonaron de pronto su actitud inmóvil y comenzaron á correr de un lado á otro como si se encontrasen sobre un terreno firme y sólido.

El dibujante lanzó una exclamacion de sorpresa y exclamó:

—¡Oh! ¿Esos pájaros andan sobre el agua?

—¡Ah, diablo!—dijo á su vez el sábio español con el acento del que recuerda algo que tenía olvidado;—¡ya sé qué aves son esas!

—Los *jácanas*,—dijo el cura.

—Exactamente; ¡cómo no los conocí al momento!

—¿Y andan sobre el agua?—volvió á preguntar el alemán, cuyos conocimientos zoológicos no eran muy extensos.

—No, amigo mío, no,—contestó don Juan;—pero las hojas de la *victoria régia*, que son fuertes y tienen seis ó siete piés de diámetro, flotan sobre la superficie y sostienen el peso de la *jácana*.

Las aves, asustadas por una causa cualquiera, levantaron el vuelo, alejándose de allí, y la atención de nuestros amigos se fijó en otros objetos.

Las canoas de los pescadores les habían sacado una gran ventaja, y ya el cura iba á mandar á los indios que apretasen los puños á fin de alcanzar á sus compañeros, cuando uno de ellos abandonó el remo, se enderezó

sobre el banco y se puso á mirar con gran atencion hácia tierra.

Los viajeros y el cura dirigieron sus miradas al mismo sitio.

La orilla formaba allí una profunda y angosta escotadura, y en ella una tupida alfombra de yerbas acuáticas ocultaba la superficie del agua.

Sobre aquel fondo verde se destacaba un cuerpo oscuro, que se movia lentamente á un lado y otro, y el indio, indicándole á los viajeros, dijo á media voz:

—Una vaca marina.

La canoa se acercó silenciosamente y don Juan pudo entonces reconocer al *manati* ó *pece boy*, como le llaman los brasileños.

Por sus formas parecia una foca; pero era de distintas dimensiones, esto es, mucho más grande. Desde el hocico á la cola media más de diez piés y su grueso era proporcionado. Tenia cabeza de toro con ancho hocico, los labios pendientes y gruesos, los ojos muy pequeños, y en vez de orejas, dos cavidades re-

dondas en la parte superior de la cabeza. Su cola era ancha y aplastada, pero no en sentido vertical, como la de los peces, sino en direccion horizontal como la de los pájaros. Su piel era tersa y sin pelo, á excepcion de algunas cerdas que, á manera de bigotes, le rodeaban el hocico, y su color gris oscuro, con manchas blancas en el cuello y á lo largo del vientre.

Lo que más llamó la atencion de los viajeros fué un par de aletas de un pié de longitud que el animal movia como si fuesen remos, sirviéndose de ellas para avanzar en el agua, como hacen los peces.

Uno de los indios, recomendando con una seña á los viajeros que guardaran silencio, cogió el harpon y se colocó en la proa, en tanto que el otro dirigia la canoa hácia la entrada de la escotadura.

El manatí, sin notar la aproximacion de los pescadores, continuaba mordiendo la yerba que esmaltaba la superficie del agua, y á semejanza de lo que se vé en las vacas comu-

nes, cogia el césped con la boca, ayudándose de la fuerza prénsil de su lengua.

Quando la canoa estaba ya cerca de ella, la vaca marina notó su aproximacion é hizo un movimiento, tal vez para sumergirse y escapar, pero era tarde; el diestro indio habia lanzado su punzante harpon, que se hundió en el cuerpo del cetáceo, el cual, despues de moverse violentamente, se sumergió arrastrando consigo la cuerda.

El flotador cayó al agua y fué remolcado por el manatí, que se aventuró por el extenso lago. Entonces comprendieron los viajeros que aquel pedazo de madera servia para indicar el sitio donde se hallaba la bestia herida, al mismo tiempo que para dificultar su fuga.

Media hora duró la persecucion; al cabo de este tiempo los indios alcanzaron la cuerda, el cetáceo apareció en la superficie, y el harponero le hirió mortalmente con su lanza.

Habia terminado la pesca.

El manatí, llamado *lamantin* por los franceses, *peve boy* por los portugueses y brasile-

ños; *vaca marina* por los españoles y *manatus amazonicus* por los naturalistas, habita los rios caudalosos de la América intertropical, habiéndosele encontrado tambien en las costas de Cuba y de la Jamáica, donde por primera vez le vieron los descubridores de América.

Hay varias especies de manatíes, y las que habitan las costas de Guyana son mucho mayores que las del Amazonas y otros rios de la América del Sur, siendo aquellas á veces de veinte piés de longitud, mientras que estas últimas rara vez miden más de diez.

Una de las particularidades características de este animal es el tener pulmones, con lo que se explica su naturaleza anfibia; pero la más importante es indudablemente la de que da de mamar á su hijuelo sosteniéndole y estrechándole sobre su pecho con las aletas natatorias. Este espectáculo no puede ser más interesante, y los mismos indios del Amazonas y del Orinoco, que pasan una gran parte de su vida cazando manatíes, no pueden acabar de convencerse de que haya un pez que dé de

mamar á sus hijos, pues creen que el manatí es un pez y no un cetáceo.

Estos indios y otras tribus sur-americanas encuentran en el manatí un gran recurso para su alimentación, por lo que se dedican á su pesca con grande encarnizamiento y no menos destreza.

Durante la época de las lluvias, en que los rios se salen de madre é inundan el territorio en una considerable extension, no se encuentran muchos animales de esta clase, pues se dispersan por la dilatada superficie de las selvas sumergidas y por rara casualidad se ven, en cuyo caso su pesca cuesta mucho tiempo y no menos trabajo; pero cuando bajan las aguas y los rios y lagos se reducen á sus límites ordinarios, los manatíes se dejan ver con frecuencia y los indios se entregan á su caza durante muchas semanas.

El manatí es muy abundante en grasa, y derritiéndola, se tiene un aceite tan estimado en el comercio, que muchos buques de distintas naciones acuden á los puertos del Bra-

sil para exportarlo. Los indios cambian este aceite por cuchillos, artículos de quinca-lla y licores, á que son excesivamente aficionados.

La expedicion en que tomaron parte nues-tros viajeros no pudo ser más afortunada, pues se mataron unos veinte manatíes, que he-chos pedazos y perfectamente limpios fueron trasportados al pueblo.

CAPITULO VII.

El árbol de la leche.—El oso hormiguero.

Algunos días después del en que habia tenido lugar la pesca de manatíes, nuestros viajeros tuvieron ocasion de conocer una de las maravillas más sorprendentes de los bosques americanos.

Habian ido á tierra, acompañados del amable cura, con intencion de pasar un día de caza, y por consiguiente, tanto el sacerdote como sus huéspedes iban armados con sus escopetas y provistos de suficientes municiones.

Habian penetrado en un bosque no muy espeso, y durante algunas horas se entrega-

ron con placer á las destructoras emociones de la caza; el cura era un gran tirador, sus huéspedes no le iban en zaga, y como las piezas no escaseaban, al cabo de algun tiempo sus morrales estaban verdaderamente atestados de cotorras, papagayos, palomas y pollas silvestres, á más de un magnífico flamenco rojo que habia muerto el doctor, destinándolo á su coleccion de ornitología.

Satisfechos sus instintos venatorios, los cazadores se reunieron en un claro cercano á la orilla del agua, y pensaron en satisfacer tambien las necesidades de su estómago.

El doctor desplumó tres palomas; el alemán hizo un hoyo en el suelo, y en tanto el cura recogió una buena cantidad de ramas y hojas secas, con las que se llenó el agujero hecho por M. David, prendiéndolas fuego enseguida.

Cuando la hoguera se hubo consumido, aquel horno de carácter primitivo ofrecia una temperatura muy elevada. El doctor le limpió perfectamente; luego puso en él las tres

aves, envueltas con anchas hojas, las cubrió de ceniza, y encendió sobre ellas otra hoguera.

Media hora despues el asado estaba á punto y nuestros cazadores saboreaban con delicia la delicada carne de las aves. Durante el almuerzo, don Juan contemplaba con un interés que podemos llamar de sábio los magníficos árboles que tenia ante sus ojos, algunos de los cuales alcanzaban dimensiones verdaderamente extraordinarias.

Uno de ellos llamó especialmente su atención, y en verdad que era digno de que se le admirase. Su tronco, derecho como el asta de una lanza, se elevaba á una altura de treinta metros, coronándose allí con un frondoso toldo de follage, impenetrable á los rayos del sol, y el doctor, indicándolo á su compañero, dijo:

—¡Ved qué árbol tan hermoso! ¡Si en Europa viesen nuestros paisanos un ejemplar de estos gigantescos vegetales, se admirarian!

—¡Oh! ¡Ya lo creo!—respondió con su frialdad característica el alemán.

—Y se admirarían mucho más,—añadió el cura,—si conociesen sus cualidades.

—¿Que son importantes?

—Y mucho: sus frutos, en primer lugar, son esquisitos.

—¿Y en segundo lugar?

—Su madera, que es preciosa para los trabajos de ebanistería; pero no es esto lo más interesante.

—¡Hola!

—Sí; lo que ha dado á este árbol la fama de que goza no es su madera ni sus frutas, sino su savia.

—¡Su savia!—exclamó con extrañeza el alemán.

—Ni más ni menos, su savia,—repuso el cura;—¿no habeis traído vuestros vasos de camino?

El alemán sacó de su morral un vaso de cuero y lo presentó al cura.

Tomóle éste, y dijo:

—Vais á beber, por via de postres, la savia de este árbol.

—¡Ah!—exclamó don Juan dándose una palmada en la frente;—¿es acaso el árbol-vaca?

—Exactamente; y ya vereis como merece su nombre.

Diciendo esto, el sacerdote, con el vaso en una mano y su cuchillo en la otra, se acercó al árbol, hizo una profunda incision en la corteza, é inmediatamente empezó á brotar de la cortadura un líquido blanco, que recogió en el vaso.

—Probadlo,—dijo presentándolo á sus compañeros.

Tomó don Juan el vaso, bebió algunos sorbos del líquido que contenia, lo paladeó lentamente, y luego dijo:

—¡Diablo! ¡Esta leche es exquisita! ¡Tan buena como la de vacas!

Y apuró el contenido del vaso: el blanco licor continuaba brotando; el cura volvió á llenar el cubilete, presentándolo á M. David,

y cuando este lo hubo vaciado, llenólo por tercera vez y bebió.

Como se puede suponer, durante mucho tiempo los cazadores no hablaron de otra cosa que del *árbol-vaca*.

Este curioso é interesante vegetal es conocido tambien con el nombre de *árbol de leche*, y ha sido descrito por el ilustre Humboldt bajo la gráfica denominacion de *galactadendron*.

Es uno de los árboles más corpulentos que ha producido la naturaleza, puesto que alcanza hasta doscientos piés de altura. De su tronco se han cortado tablones de más de cien piés de longitud, sin raja ni abertura alguna, y su madera es muy dura y tiene muy fino el grano, sin más inconveniente que el no poderse proporcionar gran cantidad de ella, porque á semejanza de otros muchos árboles de las selvas sur-americanas, habita solitario con relacion á los de su propia especie, y en el contorno de una milla solo pueden encontrarse dos ó tres y á lo más media docena.

Se le distingue fácilmente de los demás árboles por su corteza rojiza, resquebrajada y rugosa, de la cual, tratándola con agua cocinando, extraen los indios un color rojo muy oscuro. Sus frutos son una especie de manzanas sumamente agradables al paladar y muy estimadas de los americanos.

Pero el más singular, así como el más importante producto del árbol-vaca, es su savia lechosa, que al brotar del tronco en copioso chorro tiene el color y casi la consistencia de la crema, y que, sin su olor ligeramente balsámico, podría confundirse con la verdadera leche.

Exponiéndola un rato al aire, se coagula formando una sustancia que los indigenas llaman *queso* y á que son muy aficionados. Mezclada con agua no se cuaja con tanta facilidad, y esto es lo que se hace generalmente antes de servirla.

Los indios usan esta leche mojando en ella su pan de cazabe, y tambien se la emplea con el té, el chocolate y el café, habiendo

muchas personas que la prefieren á la verdadera leche, á causa de su sabor aromático.

La leche vegetal se busca mucho en todos los países donde crece el árbol que la produce, así en las naciones americanas de origen español como en el Brasil; en Venezuela es generalmente usada por los negros, y se ha notado que durante la estación del año en que la beben se ponen mucho más gruesos. Lo cierto es que nunca ha sido nociva, por lo que puede considerarse al árbol-*vaca* como una de las producciones más singulares y útiles de la próspera naturaleza.

Antes de volver á la barca tuvo el doctor ocasión de conocer uno de los animales más interesantes que pueblan las selvas americanas.

Tratábase de un magnífico oso hormiguero ó tamandua (*myzomecophaga jubata* de los naturalistas), que atravesó el claro á poca distancia de los cazadores y desapareció entre la espesura antes de que pudiesen enviarle una bala.

Nuestros amigos le buscaron durante algun tiempo, aunque inútilmente, con no poco dolor del sábio español, que hubiera querido apoderarse de él para aumentar con tan hermoso animal su coleccion zoológica.

—¡Bah! No lo sintais tanto,—le dijo el cura; —los hormigueros son muy abundantes en estos bosques, y no pasarán muchos dias sin que podais satisfacer vuestros deseos.

Aunque el tamandua habia desaparecido con bastante rapidez, M. David habia tenido tiempo de hacerse cargo de sus formas, y sacando sus lápices y su cartera, trazó en pocos momentos un bellissimo dibujo.

El tamandua grande ú oso hormiguero tiene el tamaño de un perro de Terranova, aunque sus formas son más rechonchas, y el pelo pardo-oscuro, muy largo y grosero, con una raya blanca en el cuello, partiendo de los ojos, y una ancha faja negra que se extiende por los costados. Su gran cola, cubierta de largos pelos, se levanta por encima del lomo, á manera de sombrilla; pero el rasgo más singular

de este animal es el hocico, que tiene medio metro de largo y tres centímetros de grueso, terminando en una pequeñísima boca, totalmente desprovista de dientes: esta forma particular y la falta de dentadura se explican sabiendo que el tamandua se alimenta exclusivamente de hormigas, que recoge con su larga lengua impregnada de una saliva viscosa.

Las patas tienen también su particularidad; anchas y vigorosas, parecen las de atrás mucho más cortas que las anteriores, porque este animal es *plantigrado* de las primeras, es decir, que apoya en el suelo toda la planta del pié, como hacen únicamente los osos y algún otro cuadrúpedo. Las patas delanteras son muy distintas; las cuatro uñas de cada una, en vez de extenderse como las del gato ó del perro, están replegadas hácia adentro, y el animal, para evitar el apoyarse sobre ellas, anda sobre un costado del pié, como sobre un muñon, lo que le impide caminar de prisa y le da un aspecto extraño. Estas uñas le sirven para romper el durísimo cemento con que las

termitas ú hormigas blancas construyen sus enormes edificios, se enderezan cuando quieren servirse de ellas, y entonces tienen la posición de los dientes de un rastrillo.

El tamandua es un animal nocturno y la luz del sol le ofusca y le hace sufrir; por esta razón, cuando una causa cualquiera le obliga á salir de día, levanta su cola en penacho, y se forma con ella un quitasol para atenuar la vivacidad de los rayos solares. Los indios creen que también se sirve de ella en los casos de lluvia para no mojarse, pero esto no pasa de ser una preocupación.

Además del gran tamandua hay en América otras dos especies de hormigueros, el uno del tamaño de un gato y el otro pequeño como una ardilla; ambas especies viven en los árboles y están provistos de cola prensil como los monos.

Hablando de las extrañas costumbres del hormiguero, los tres cazadores entraron en su barca, y dando por terminada su expedición venatoria, se dirigieron al pueblo.

CAPITULO VIII.

La caza de ánades.

La caza de los ánades es una de las ocupaciones más lucrativas del indio del Maracaybo, que la lleva á cabo con una destreza y una habilidad superiores á toda exageracion.

El ánade salvaje de América no es de gran tamaño y su peso rara vez pasa de tres libras. Se parece por su color al ánade papudo de Europa; tiene la cabeza de un color castaño-oscuro y el cuello negro, pero el lomo y la parte superior de las alas presentan una superficie de un color gris azulado, listada de negro. Su carne, delicada y sabrosa, es universalmente apreciada, y los aficionados á vo-

latería la prefieren á la de todas las demás aves.

Como la mayor parte de las aves acuáticas de América, el ánade salvaje es un ave de paso, pero en los países intertropicales se le encuentra durante todo el año, á causa de que en estos climas apenas es sensible el cambio de estaciones.

Los medios que se emplean para obtener buenos resultados en la caza de los ánades son muy variados, pero no hay ninguno más singular que el que usan generalmente los indios del lago de Maracaybo.

Uno de nuestros viajeros tuvo el placer de ser testigo de esta caza, y por cierto que la habilidad del indio le causó no poca admiración.

Hallábase don Juan una mañana asomado á una ventana de la casa del cura, cuando vió cruzar á poca distancia una canoa, en la cual iba uno de los indios de la aldea.

Dentro de la canoa habia una gran cantidad de calabazas procedentes de la planta lla-

mada por los botánicos *cucúrbita lagenaria*, y don Juan reparó que estaban sujetas por medio de sipos cuyo otro extremo se ataba á una gruesa piedra.

Aquella circunstancia llamó su atención, y como al pasar la canoa por delante de la casa el indio le saludara cortésmente, don Juan le preguntó:

—¿A dónde vas, Regino?

—Voy á cazar ánades, señor,—respondió sonriendo el indio.

—¡A cazar ánades! ¿Y para eso llevas tantas calabazas?—exclamó con no poca extrañeza el sábio.

—Sí, señor; sin ellas no podia hacer nada.

—¡Bah!

—¿Quereis venir conmigo? Es una caza muy divertida.

—Pues acepto tu invitacion; arrima la canoa á la escalera.

En tanto que el indio atracaba su barquichuela al pié de la escalera, don Juan buscó á su amigo, y le encontró sobre el tejado de

la casa ocupado en hacer un gran dibujo de la orilla occidental del lago.

—¿Quereis venir de caza?—le dijo.

—No,—respondió el alemán;—me gusta más dibujar que matar pájaros.

—Ved que se trata de una cacería de ánades con calabazas.

El alemán creyó que aquello era una de las muchas ocurrencias del español, y repuso:

—No me animo; id con Dios y que él os proteja.

—Hasta luego, pues; os perdeis un bonito espectáculo.

—Adios.

Abandonó el sábio el observatorio de su amigo, salió de la casa y entró en la barca, sentándose en la popa, en tanto que el indio manejaba vigorosamente los remos.

—¿Con que, según parece, aquí cazais los ánades con calabaza?—dijo don Juan, que, como sabemos, no podía estar mucho tiempo callado.

—Sí, señor;—respondió el indio.

—Pues mira, no llevais ninguna ventaja á los gaterillas de mi tierra, que cogen los grillos con jeringa.

El indio, que evidentemente no comprendió la ocurrencia del sábio, se encogió de hombros y no replicó.

Un cuarto de hora tardó la canoa en acercarse á la orilla.

Regino buscó entonces un lugar que tuviese las condiciones requeridas, es decir, en el cual nada pudiese asustar á las aves, que el agua estuviese turbia, y que su profundidad no pasase de metro y medio.

No tardó en encontrarlo: era una pequeña ensenada donde abundaban las plantas acuáticas, especialmente los *celaris*, cuya raíz gusta mucho á los ánades. Había allí más de un centenar de estas aves, que surcaban rápidamente las cenagosas aguas ó se zambullían en ellas: el indio, sin cuidarse de no espantarlas, condujo su canoa al centro de la ensenada y echó allí sus calabazas, que se espar-

cieron á todo lo largo de las cuerdas que las retenian.

Inmediatamente Regino echó la canoa fuera de la ensenada, condújola á alguna distancia de ella, saltó en tierra con el doctor, y abriéndose paso por medio de la maleza, fueron á colocarse en un sitio desde el cual podian ver perfectamente los ánades y las calabazas.

Las aves parecian mirar con desconfianza y hasta con temor aquellos cuerpos redondos y amarillentos que se habian introducido en sus dominios y no se acercaban á ellos.

—Se me figura,—dijo don Juan,—que los ánades tienen miedo á tus calabazas.

—Sí, señor,—respondió el indio;—pero no tengais cuidado; pronto perderán todo temor, la curiosidad les hará acercarse, y cuando se convenzan de que no les sucede ningun daño, irán y vendrán por medio de ellas sin el menor recelo.

—¿Y entonces?

—Entonces es el momento de obrar.

—Sí; pero ¿cómo harás para apoderarte de los ánades?

—Ya lo vereis.

Don Juan sabia que los indios tienen la costumbre de no revelar sus astucias hasta el momento de ponerlas en práctica, y aunque la curiosidad le pinchaba, no insistió.

Trascurrió poco mas de media hora, y los anuncios del indio se cumplieron punto por punto.

Los ánades, que, como hemos dicho, habian mirado en un principio con cierto temor las calabazas, se envalentonaron viéndolas flotar sin hacer daño alguno; los más valerosos se acercaron, la curiosidad impulsó al resto de la banda, y algunos momentos despues, perdido todo recelo, convencidos de que aquellas bolas eran completamente inofensivas, cruzaban por medio de ellas sin hacerles el menor caso.

Habia llegado el momento oportuno.

—Permaned aquí,—dijo el indio á su acompañante,—y prestad atencion.

—Pero, ¿qué vas á hacer?—preguntó el curioso español.

—Ya lo vereis,—respondió el indio.

Y se alejó.

Algunos instantes despues, don Juan, que no separaba su vista de la ensenada, notó que una de las calabazas se movia lentamente de un lado á otro entre los anades, causándole no poca extrañeza que todo ánade al cual se acercaba aquella calabaza, desaparecia en el acto, no chapuzándose como de costumbre, empezando por hundir la cabeza en el agua, sino como si le tiraran de los piés y tan rápidamente que no tenia tiempo de lanzar un leve graznido.

Don Juan siguió con la vista todas las evoluciones de la errante calabaza, y cuando habia desaparecido algo más de una docena de ánades, la vió hundirse de pronto para reaparecer á los pocos momentos en la salida de la ensenada.

El sábio, dominado por la impaciencia, no quiso esperar más; abandonó su apostade-

ro y se dirigió al sitio donde había quedado la barca.

Regino, chorreando agua, acababa de sentar el pié en tierra.

Alrededor de su cintura, sujetos por el cuello con una correa, tenía unos cuantos ánades, en la mano izquierda otros dos, y en la derecha una calabaza completamente vacía y cortada de modo que se podía meter en ella la cabeza.

Cogióla don Juan, en tanto que Regino desprendía los ánades de su cinturón, y al ver en ella tres agujeros que correspondían á los ojos y á la nariz, adivinó al momento el secreto de la caza.

—¡Ah!—exclamó con admiración;—¡ya comprendo como cazas los ánades!

—¡Bah!—respondió el indio;—no hay nada más sencillo: me cubro la cabeza con la calabaza, nado entre dos aguas hasta el sitio donde están los ánades, que no manifiesten temor alguno, saco la cabeza cubierta con mi casco, voy acercándome á una de las aves, la

cojo por los piés, tiro de pronto para que no pueda chillar, la sujeto al cinturon y luego hago lo mismo con las otras.

—Sí, sí,—exclamó el español;—veo que en materias de caza no hay quien aventaje á los indios americanos; pero se me ocurre una dificultad, Regino.

—Decid, señor.

—La calabaza te oculta la cabeza, pero nada más; ¿cómo te compones para que los ánades no se espanten al ver tu cuerpo?

—Es que no lo ven.

—¡Cómo!—exclamó admirado el sábio.

—No señor; para evitar esa dificultad se elige un sitio donde el agua esté turbia y cenagosa; si estuviera cristalina no se podría hacer nada.

—Es verdad,—repuso don Juan;—¡veo que nada se os escapa!

El hábil cazador volvió á echarse al agua, despues de encajarse la calabaza, y una hora despues la canoa se dirigia al pueblo llevando los cadáveres de más de un centenar de ánades.

Don Juan iba admirado, y cuando M. David supo por él los sorprendentes detalles de aquella caza maravillosa, se dió á todos los diablos por no haber asistido á ella.

—¡Ahorcáos!—le dijo para consolarle el sábio;—habeis perdido un magnífico asunto para vuestros dibujos.

CAPITULO IX.

La goma elástica.

Hacia un mes que los viajeros permanecían en el pueblecillo aéreo del lago, y ya pensaban volver á Maracaybo para llevar sus investigaciones á otra comarca cuando el cura les anunció que los indios preparaban una expedicion importante.

—Detenéos algunos dias más,—añadió,—y podreis asistir á ella; no os pesará.

—¿Y de qué se trata?—preguntó don Juan.

—De la recoleccion de goma elástica,—respondió el sacerdote.

—La cosa vale la pena de que la veamos,—dijo don Juan.

Y volviéndose á su compañero, añadió:

—¿Qué os parece, amigo mio?

—Esperemos, —respondió lacónicamente el alemán.

Cuatro dias despues, la mayor parte de los habitantes del pueblo se dispuso para la proyectada expedicion.

Al amanecer, unas treinta barcas, tripulada cada una por tres indios, salieron de la acuática aldea, y atravesando el lago, se dirigieron á cierto lugar donde eran bastante abundantes los árboles de goma.

Este lugar estaba algo lejos, y los expedicionarios no pudieron llegar antes de las cuatro de la tarde: inútil es decir que los dos viajeros y el amable cura se hallaban entre ellos.

Apenas desembarcaron, los indios se esparcieron por el bosque buscando los árboles que eran objeto de la expedicion.

En tanto, algunas mujeres que los acompañaban quedaron en la orilla del agua, y recogiendo arcilla, se ocuparon en fabricar

un gran número de copas, cada una de las cuales podría contener dos cuartillos.

Hechas las copas, empezaron la construcción de algunos moldes, cuya figura era de botella, de zapato, de barrilito, y en tanto que las copas se colocaron en un lugar húmedo para que no se secasen, los moldes fueron expuestos al calor de una hoguera á fin de que se endureciesen.

El árbol que los indios buscaban era el *siphonia elástica*, del orden de las euforbiáceas, ó sea árbol de la goma elástica, que se cria en los países tropicales de la América del Sur.

No se crea que el *seringa* (con este nombre se le conoce vulgarmente) es el único árbol que produce esta sustancia tan universalmente conocida y que en los últimos años ha operado una verdadera revolución en las artes, en las manufacturas y aun en la economía doméstica de la vida civilizada. Existen otros árboles en el antiguo y en el nuevo mundo, muchos de los cuales pertenecen á la familia de las higueras, que proporcionan en

más ó menos cantidad el *caotchuc* del comercio. De todos ellos, sin embargo, el de siphonía es el mejor y el que con preferencia compran, aún á más alto precio, los que trafican en este artículo.

Los brasileños, portugueses é hispano-americanos le dan el nombre de *seringa*, á causa del uso que primitivamente hicieron de los tubos elásticos del *caotchuc*, de los cuales se servían los indios como de geringas, despues de haber separado los tubos naturales formados por la savia alrededor de los tallos.

Aun hoy se emplean con este objeto por los brasileños de todas clases, que construyen aquel aparato moldeando la savia cuando se encuentra en estado líquido sin más que echarla en unos barrilitos é introduciendo un palo por el cuello.

El siphonía no tiene un aspecto muy notable, y á no ser por su preciosa savia pasaria desapercibido en las selvas de América, donde tantos y tan magníficos árboles llaman la atención. El color de su corteza y la figura de

sus hojas le dan una gran semejanza con el fresno de Europa, del que solo se diferencia en su mucha altura y en que no se separan las ramas hasta treinta ó cuarenta piés de la tierra.

Cuando hubieron encontrado un número suficiente de árboles, los indios hicieron en ciertos lugares de los troncos algunas incisiones, de las cuales empezó á brotar enseguida un líquido lechoso; por medio de pequeñas cuñas hicieron que las incisiones se mantuviesen abiertas, y bajo ellas colocaron, para recoger la preciosa savia, las copas de arcilla que habian fabricado las mujeres, y que estando aún blandas, se adherian perfectamente al tronco.

Era ya casi de noche cuando se terminó esta operacion, que para producir buenos resultados debe hacerse á la puesta del sol, pues la savia del seringa mana con más abundancia durante la noche que por el dia.

Los indios se reunieron entonces en el sitio elegido para establecer el campamento;

se encendieron hogueras, no con objeto de librarse del frío, pues la temperatura era bastante alta, sino con el de ahuyentar las fieras, que en aquellos bosques abundaban más de lo conveniente, y cada cual se ocupó de preparar su cena.

La de los indios se componia, por regla general, de cazabe ó pan de yuca y pescado seco; los viajeros y el cura podian disponer de manjares más suculentos.

Designados los que, por riguroso turno, debian quedar en vela para guardar el campamento, el resto de los expedicionarios se entregó al sueño, y media hora despues se elevaba del bosque un formidable concierto de sonoros ronquidos, acompañados á veces por el chisporroteo de las hogueras, los gritos de las aves nocturnas ó el feroz rugido del jaguar.

La salida del sol puso fin al descanso.

Despues de almorzar rápidamente, los indios fueron recogiendo las copas de arcilla, que durante la noche se habian llenado de sa-

via, y vertieron su contenido en una gran caldera colocada en el campamento. El líquido lechoso conservaba su color blanco; pero había adquirido la consistencia de la crema, y estaba, por consiguiente, en disposición de ser amoldado.

Inútil es que digamos que los viajeros, especialmente don Juan, observaban estas operaciones con la atención más escrupulosa.

El moldeo no puede ser más sencillo.

Sumérgense los moldes, sean botellas, zapatos ó barrilillos, repetidas veces en el líquido, y con esta operación va creciendo la capa de goma elástica hasta adquirir el espesor que se desea. Después de haber dado la última capa, los indios, valiéndose de un punzon, trazan líneas y dibujos en la superficie todavía blanda.

Entonces las mujeres encendieron una gran hoguera con leña de palmeras de distintas especies y los indios expusieron los objetos de goma á la acción del humo. El doctor vió que con esto la goma perdía su color blan-

co para adquirir un hermoso matiz oscuro. Ya endurecida la goma, habia que sacar de ella los moldes sin que los objetos sufriesen deterioro, y el sábio español, que tenia en la mano un zapato, se preguntaba, sin hallar respuesta satisfactoria, cómo se habia de resolver aquel problema.

—No tardareis en verlo,—le dijo el cura.

En efecto, los objetos de goma fueron sumergidos en el agua, donde se dejaron por espacio de una hora. Al cabo de este tiempo los sacó, y habiéndose ablandado la arcilla de los moldes, se los pudo extraer con facilidad, raspando y lavando luego los objetos de goma.

Ya estaban en disposicion de ser entregados al comercio.

La recoleccion de la goma debia durar algunos dias; pero nuestros viajeros habian visto ya lo que deseaban, y acompañados del cura regresaron al pueblo, llevándose algunas muestras de aquella interesante industria de los indios.

Los dos días después, despidiéndose de su amable huésped, abandonaron las habitaciones aéreas del lago y regresaron á Maracaybo, para llevar á otra comarca sus interesantes investigaciones.

CAPITULO X.

Otra expedición.

Apenas nuestros viajeros se encontraron en la fonda, M. David preguntó á su amigo:

—Y ahora, ¿á dónde nos hemos de encaminar?

—A Barcelona,—respondió don Juan,—Barcelona está situada en la costa de Cumana, cerca de las bocas del Orinoco, y en esta ciudad encontraremos medios de transporte para ir á las aldeas de los guaraníes.

—Perfectamente; ¿y haremos el viaje por tierra ó por mar?

—Por mar; la distancia que separa á Maracaybo de Barcelona es de ciento treinta le-

guas, y me parece demasiado largo el viaje para hacerlo á caballo.

—Necesitaremos, entonces, buscar un buque.

—Sí; afortunadamente vienen á Miracaybo buques de todos los puertos de la costa y es seguro que habrá en la bahía más de uno dispuesto á hacerse á la vela para Barcelona: yo me encargo de encontrarlo.

Efectivamente, don Juan pasó en el puerto todo el día siguiente y tuvo la fortuna de encontrar una goletilla que se dirigia á Barcelona con cargamento de goma elástica. Entró en relaciones con el capitán, se arreglaron en poco tiempo las condiciones del pasaje, y aquella misma noche nuestros viajeros quedaron instalados á bordo con todos sus enseres y equipajes.

La goleta se dió á la vela al amanecer, y cuando nuestros amigos abandonaron sus camarotes y subieron á cubierta habia ya salido del golfo de Maracaybo y se dirigia al Este impulsada por una fuerte brisa.

Cuatro días después daba fondo en la rada de Barcelona y nuestros amigos se instalaban en la fonda Venezolana.

Barcelona es uno de los puertos más importantes de la república de Venezuela, y su comercio, compuesto en su totalidad de productos indígenas, es bastante activo. La ciudad es fea, las casas son de madera y adoves y las calles están muy sucias y sin empedrar. No hay paseos, teatros, museos ni bibliotecas, las gentes son poco sociales, y por consecuencia, Barcelona no ofrece distracción alguna al viajero. La población no pasa de veinte mil almas, y se compone de blancos, mestizos, negros y mulatos que se ocupan en el comercio o en industrias de poca importancia.

—Esta ciudad,—decía don Juan,—no vale siquiera la pena de que alcemos los ojos para mirarla.

—Pues salgamos de ella lo más pronto posible,—respondió M. David,—y emprendamos cuanto antes nuestra nueva expedición. ¿A donde hemos de ir?

—A la desembocadura del Orinoco.

—¿Y que hay allí de particular?

—Los indios guaraníes.

—¿Que son dignos de interés?

—Ya lo creo; como que se mantienen todavía en estado salvaje.

—Es decir, que conservan su carácter y sus costumbres primitivas.

—Exactamente.

—¿Y viven tambien en habitaciones aéreas?

—Tambien; pero sus edificios son muy distintos de los que hemos visto en el lago de Maracaybo.

—¿Y en qué se diferencian?

—En que están edificados sobre árboles: una plataforma sostenida en los troncos de las palmeras sirve de habitacion á los guaraníes, y por techo les bastan unas cuantas hojas colocadas de modo que escurran el agua.

—De modo que esos hombres viven entre las ramas de los árboles?

—Sí.

—¿Como los monos?

—Exactamente.

—¿Y por qué es eso?

—Porque el territorio que habitan está inundado durante la mayor parte del año, y en los otros meses está tan cenagoso que es imposible andar por él.

—¿Cómo van entonces de un punto á otro?

—En cañoa.

—¿Y cuando la inundacion está baja?

—Por las ramas de los árboles.

—¡Oh!—exclamó el alemán;—eso es extraño, muy extraño, tan extraño que no puedo creerlo, mi distinguido sábio.

—Bueno; cuando veais, creereis, como Santo Tomás,—respondió sonriendo don Juan.

La conversacion terminó aquí, y los viajeros empezaron á hacer los preparativos de su nueva expedicion.

Dos dias despues, provistos de todo lo necesario, estaban dispuestos á emprender su viaje.

Tenian que dirigirse al pueblecillo de Machapí, situado sobre la márgen izquierda

del Orinoco, y salieron de Barcelona caballeros en mulas y acompañados de dos indios con direccion á aquel pueblo, donde podrian encontrar medios fáciles de comunicacion con las aldeas de guaraníes.

Todo el que conoce un poco la geografia de América sabe que el Orinoco es uno de los mayores rios del Nuevo-Mundo. Si desde la desembocadura se le remonta hasta sus fuentes, se recorrerán dos mil quinientos kilómetros, siguiendo, no una línea recta, sino una en forma de seis, cuya parte superior es la desembocadura del rio. El Orinoco nace en las montañas de Venezuela, corre primero hácia el Este, pasa despues por todos los rumbos de la brújula, vuelve de nuevo al Este y continúa en esta direccion hasta llegar al Atlántico.

El Orinoco, antes de desembocar en el mar, se divide en cincuenta brazos ó bocas, que abrazan un delta casi tan grande como la mitad de Inglaterra. Aunque cada una de estas ramas tienen su nombre, solo tres ó cua-

tro permiten que los buques las surquen, y nadie más que algunos prácticos del país conoce el laberinto que forman.

El mismo curso del río nos sería desconocido sin la magnífica obra de Humboldt. Hace cerca de setenta años que se publicó tan preciosa relación de viajes, y desde entonces nada nuevo hemos aprendido sobre la región que nos pinta. Verdad es que se han operado en ella muy pocos cambios: el comercio languidece, la industria no da señales de existir, y la civilización, en lugar de echar raíces en aquella tierra, parece huir de ella.

El Orinoco, como otros muchos caudalosos ríos, está sometido á crecidas periódicas, y aunque en otro tiempo estas crecidas se atribuyeron al derretimiento de las nieves, por nacer en los Andes algunos afluentes del Orinoco, se ha reconocido despues que la verdadera causa es el agua derramada todos los años por las lluvias tropicales. El río empieza á crecer en los primeros días de noviembre y en marzo alcanza su máximum de altu-

ra, comenzando entonces su decrecimiento.

El nivel máximo del río, aunque es variable de un punto á otro, es siempre idéntico para el mismo sitio. En frente de la villa de Angostura hay un islote coronado por un árbol, y cuando la crecida está en su máximo solo el árbol queda descubierto. Esta circunstancia ha hecho dar al islote el nombre de *Orinocómetro*, ó *Medida del Orinoco*.

La inundacion es, naturalmente, más notable hácia la desembocadura.

En febrero, cuando está en toda su fuerza, el país queda sumergido en una extension de muchas leguas y los brazos del río se confunden unos con otros. Entonces se ve el extraño espectáculo de selvas cuya parte inferior está sumergida, en tanto que las ramas superiores se elevan libremente sobre las aguas.

En estas selvas habitan algunas tribus indias, pertenecientes á la nacion de los guaraníes, que se refugiaron en ellas huyendo de la dominacion española. Forman un pueblo de

ocho ó diez mil almas; pero el medio especial en que viven les ha obligado á adoptar un método de existencia y unas costumbres tan distintas de las que tienen los otros indios de su misma nacion, que bien se les puede conceder una autonomía completa.

Estos indios son los que vulgarmente se conocen con el nombre de *habitantes de las palmeras*, y á su extraño país se dirigian entonces nuestros viajeros.

CAPITULO XI.

Los bosques pantanosos.

Nuestros viajeros llegaron á Machapi diez dias despues de haber salido de Barcelona, y dieron con sus huesos en la mejor casa de la poblacion, contigua á la iglesia y que servia de morada al cura.

Aquella casa era de madera y adoves, de un solo piso y con techo de pizarra; el resto de la aldea, á excepcion de la iglesia, era un conjunto de cabañas de ramaje, cubiertas con hojas de palmera, y en cada una de las cuales vivia una familia india.

La iglesia era una construccion de ladrillo con un campanario en el que habia un esqui-

lon; su techo de pizarra dejaba pasar libremente las lluvias torrenciales del invierno, y en su único altar, construido toscamente, se veneraba una imagen de la Virgen de los Dolores, ante la cual ardía constantemente una sencilla lámpara de cobre.

Aquella pobre aldea era el único resto de una poblacion fundada en otros tiempos por los misioneros españoles, en cuya época habia llegado á adquirir cierta importancia; pero habiendo decaido rápidamente desde que se realizó la independencía de las colonias, no era ya más que un miserable aldeúcho, cuyos escasos habitantes, pertenecientes á la nacion guaraní, vivian exclusivamente de la pesca y de la caza, cultivando apenas algunos trozos de tierra en que plantaban yuca y patatas.

El cura, que recibió á los viajeros con esa cordial y franca amabilidad peculiar á los hispano-americanos, era, respecto á sus feligreses, todo lo contrario de lo que nuestros amigos habian visto en el párroco del lago de

Maracaybo. El cura de Machapi trataba á sus pobres sometidos con un despotismo exajerado; les cobraba con una exactitud que podia tacharse de avaricia los diezmos que correspondian á la iglesia; los obligaba á trabajar casi continuamente en los dilatados terrenos que tenia en el cultivo, pagándoles el irrisorio jornal de *medio real*, con el que tenian que mantenerse, y nuestros amigos no tardaron en conocer que, lejos de atacar y censurar el horrendo vicio de la embriaguez, que tanto domina á los indios, el tal sacerdote lo fomentaba cuanto podia, proporcionando á sus feligreses, con deplorable frecuencia, vino de palmera y *chicha* ó aguardiente de maíz.

Si esto sorprende á nuestros lectores, más les sorprenderá seguramente saber que el cura del lago de Maracaybo era una excepcion de su regla, y que, por el contrario, el párroco de Machapi era el verdadero tipo de los curas sur-americanos.

Uno de los residuos, tal vez el peor, que la dominacion española ha dejado en Améri-

ca, es el clero ignorante y ambicioso que domina á la poblacion india convertida y que la mantiene en un deplorable estado de embrutecimiento muy próximo al idiotismo. El cristianismo de los indígenas sometidos no es más que un conjunto de supersticiones groseras y absurdas, tal vez más absurdas que las de sus religiones antiguas, y el clero, lejos de atajar el mal y de enseñar á sus sencillos feligreses el camino de la verdadera civilizacion, solo se cuida de celebrar dias y dias de fiesta, con pretextos ridículos las más de las veces, á fin de que los embaucados indígenas paguen con exceso y frecuencia los derechos de pié de altar, *ultima ratio* de aquellos mal llamados sacerdotes.

Esto, que á muchos parecerá una exageracion, ó tal vez una idea engendrada por cierta antipatía á la clase sacerdotal, es, sin embargo, una verdad tan grande como triste. Muchos ilustres viajeros lo han consignado así en sus relaciones, entre ellos los profesores que compusieron la expedicion es-

pañola enviada á América en 1862 (1), y en cuanto á nosotros, no podemos dudar de ello, *porque lo hemos visto.*

Don Juan, á pesar de no ser muy aficionado á la gente de iglesia, era uno de los que creían que las relaciones de los viajeros pecaban en este punto de exajeradas; pero no tardó en tener que convencerse de la realidad, y despues de haber presenciado la fiesta del domingo, que terminó con una borrachera general de todos los habitantes de Machapi, no pudo menos de decir al cura:

—Me parece muy censurable vuestra conducta, amigo mio.

—¡Censurable! — exclamó sorprendido el cura;—¿y por qué?

—Os lo diré con franqueza: porque no pensais más que en aumentar vuestro peculio,

(1) Don Manuel de Almagro: «Breve descripción de los viajes hechos en América por la comisión científica enviada por el gobierno de S. M. C. durante los años de 1862 á 1866,» página 90.

descuidando, ó por mejor decir, olvidando por completo la educacion de vuestros pobres feligreses.

—¡Bah!—exclamó el cura;—¿quereis acaso que me tome cuidados por estos miserables pieles rojas?

—No hariais más que cumplir vuestro deber,—repuso con gravedad el aleman;—de otro modo será completamente imposible que la raza india pueda formar algun dia un pueblo civilizado.

El cura no replicó, ofendido sin duda por la severidad de los viajeros, y la conversacion no pasó adelante.

Al dia siguiente emprendieron éstos una expedicion á los magníficos bosques que, no lejos del pueblo, cubrian la orilla del rio.

Guiábalos un indio é iban armados con carabinas, rewólvers y machetes, pues no es conveniente penetrar en el interior de las selvas americanas, donde pululan fieras espantosas, sin ir perfectamente equipado con todo lo necesario para la defensa.

Al llegar á cierto sitio, el guia, indicándoles algunas señales marcadas por las aguas, dijo:

—Hasta aquí llega todos los años la inundacion.

—Ya lo veo,—respondió don Juan, á cuyos experimentados ojos no podrian escaparse ciertas señales indudables;—estos pequeñísimos moluscos pegados á los troncos de los árboles demuestran claramente que durante algun tiempo han estado cubiertos por las aguas.

Y al decir esto, el sábio indicaba una especie de lapas casi microscópicas que en ciertos sitios cubrian la parte inferior del tronco de los árboles.

—¿No sucede,—preguntó al indio,—que al retirarse las aguas queden en seco algunos peces?...

—Sí, señor,—respondió al momento el guia, comprendiendo la intención de la pregunta del sábio;—pero es inútil que os canséis en buscar los restos de alguno: las harpías, los milanos y los buitres se los comen todos.

—¿Y cuánto hace que empezó la bajada de la inundación?—preguntó el alemán.

—Poco más de un mes,—respondió el guía.

—¿Y cuánto ha bajado en ese tiempo?

—Hay ya cerca de dos leguas de terreno en descubierto,—contestó el indio.

—¿A qué distancia está, pues, la verdadera margen del río?

—A diez leguas largas.

—¿Y podremos acercarnos,—preguntó don Juan,—al punto á donde hoy llegan las aguas?

—No, señor; los terrenos que últimamente han quedado en descubierto están convertidos en verdaderos pantanos, y nos atascaríamos en ellos; pero podremos ir por otro sitio.

—¿Por dónde?

—Yendo á buscar á una legua de aquí, al Sur, un río que desagua en el Orinoco, embarcándonos en una canoa, y dejándonos llevar por la corriente.

—Bueno,—dijo el doctor;—mañana emprenderemos esa expedición; por hoy nos contentaremos con visitar los bosques pantanosos.

—Marchemos, pues,—dijo el alemán.

—Y guiados por el indio, los viajeros penetraron en la selva.

El aspecto de aquel bosque era imponente y magnífico. Sitios había en que, siendo imposible á la luz solar atravesar las espesas frondas de los árboles, que se enlazaban y entrecruzaban formando verdaderos toldos de verdura, los viajeros se encontraban en una semi-oscuridad, teniendo que esperar á que sus pupilas se dilatasen para poder examinar los objetos que los rodeaban y seguir al indio á través de la espesura.

La vegetación era verdaderamente colosal. Se veían arbustos cuyas hojas tenían tres ó cuatro metros de diámetro, árboles al lado de los cuales nuestros más elevados pinos no serían más que arbolillos enanos, cañas y juncos que parecían lanzas, flores de gran ta-

maño y de bellísimos matices, y por fin, lianas, sijos y otras muchas plantas trepadoras que, enlazándose á los troncos de los árboles y pasando de unos á otros, formaban una verdadera red, tan espesa en algunos puntos que era necesario cortarlas con los machetes para abrirse paso.

De pronto se veía salir de entre la espesura un animal cualquiera, un pecasí, un agutí ó un paca, que volvía á ocultarse rápidamente; en las ramas de los árboles saltaban, chacharreando sin cesar, cotorras, asas, guacamayos y tucanes, y entre las flores de los arbustos revoloteaban infinitas mariposas, en cuyas brillantes alas habia reunido la naturaleza todos los colores del iris.

Los viajeros avanzaron, admirando aquellas maravillas de la naturaleza tropical, y no tardaron en notar que el suelo era á cada paso más blando; sus piés se hundian en una espesa capa de barro, y la ténue brisa de la selva traía hasta ellos las húmedas emanaciones de la inundacion.

—No debemos ir más allá,—dijo el guía;— sería peligroso.

—Volvámonos entonces,—repuso el prudente alemán.

Nuestros viajeros emprendieron la vuelta, y á las tres de la tarde llegaron al pueblo muy satisfechos de su excursión.

CAPITULO XII.

Los bosques inundados.

Aquella misma tarde el aleman dijo á su compañero:

—Supongo, amigo mio, que no hay ningun motivo importante que nos obligue á prolongar nuestra permanencia en este pueblo.

—Por mi parte, ninguno,—respondió don Juan;—estoy dispuesto á marchar cuando querais: así como así, la sociedad de este cura no tiene nada de agradable y no sentiré perderle de vista. Si yo hubiera sabido qué clase de pez era no nos hubiéramos aposentado en su casa.

—He visto muchos sacerdotes como este en

el Perú y en el Ecuador,—dijo M. David,—y si hiciérais una excursion por aquellas comarcas os sorprenderia y os indignaria el estado de embrutecimiento y de ignorancia en que tienen á los pobres indios sometidos.

—Entonces,—repuso don Juan,—no debe ser exajerada una observacion que han hecho varios viajeros.

—¿Y esos viajeros dicen...—exclamó M. David.

—Que se encuentra más inteligencia, más energía y más valor en el indígena americano independiente ó salvaje que en el indio convertido.

—En lo que yo he visto, esa observacion es ciertísima.

—Y yo tengo vivísimos deseos de encontrarme entre los guaraníes que viven en las palmeras, para compararlos con sus hermanos de esta aldea y ver por mis propios ojos si el cristianismo predicado por el clero católico es en estas comarcas un elemento civilizador, ó es, por el contrario, un obstáculo que

se opone á la marcha del progreso. ¿Quereis que partamos mañana mismo?

—Si no teneis inconveniente...

—Ninguno, ya os lo he dicho.

—Entonces, ocupáos de buscar una canoa; yo me dedicaré á arreglar nuestros equipajes y á hacer una provision de víveres suficiente para algunos dias.

—Corriente.

Separáronse los dos viajeros, y al ponerse el sol volviéronse á reunir.

Don Juan habia contratado una canoa con su tripulacion, compuesta de dos indios, y el aleman habia comprado una buena provision de tasajo ó carne seca y de pan de maiz, por lo que pagó al ambicioso cura una regular cantidad.

Al amanecer el dia siguiente, nuestros amigos se encontraban en pié y dispuestos á marchar. Despidiéronse del cura, y precedidos de dos indios que llevaban los víveres y el equipaje, emprendieron el camino del rio.

Una hora tardaron en llegar á su márgen.

Habia allí unas veinte canoas, grandes y chicas, en una de las cuales entraron nuestros expedicionarios.

Los indios cogieron los remos é impulsaron la embarcacion al centro del rio.

—Hé nos ya en marcha,—dijo alegremente don Juan.

El aleman, ocupado en construir con su manta un toldo que le librase de los ardientes rayos del sol, no respondió.

Don Juan se dirigió entonces á los indios.

—¿Llegaremos pronto,—les preguntó,—á los terrenos inundados?

—Muy pronto, señor,—respondieron;—antes de dos horas estaremos en ellos.

El sábió se tendió bajo el toldo que acababa de armar su compañero, encendió su pipa, y mecido blandamente por los balanceos de la canoa, no tardó en quedarse profundamente dormido.

Cuando M. David le despertó, la canoa estaba ya en los terrenos inundados, que ofrecian un aspecto magnífico y extraño.

El sábio echó una mirada en torno suyo, vió las copas de corpulentos árboles, cuyos troncos estaban ocultos por la inundacion, elevándose sobre la superficie del agua, y empezó un rosario de expresiones admirativas que no duró menos de media hora.

Y en verdad que nada tenia de exajerada la admiracion de nuestro sábio.

Pocas personas habrá que no hayan visto una porcion de terreno inundado por el desbordamiento de un rio.

Estas inundaciones son comunes en nuestro continente, pero no se verifican con mucha frecuencia. La crecida dura poco tiempo, las aguas no tardan en volver á sus cáuces ordinarios, y los árboles reaparecen de nuevo en tierra firme, así como los prados que los rodean.

Pero una selva sumergida es cosa bastante diferente; aunque de análogo carácter, el fenómeno es mucho más raro.

No se trata aquí de algunos arbustos cubiertos por el agua, sino de una vastísima ex-

tension de terreno, cuyo horizonte verdadero está mucho más allá de los límites de la vision, poblado de bosques seculares y primitivos sumergidos casi por completo, no solo dias y semanas, sino por espacio de algunos meses y á veces de dos ó tres años.

Imagínese el lector una inundacion de este género y tendrá una idea aproximada de la que se efectúa en el delta del Orinoco.

Aquella selva sumergida ocupa centenares de millas de extension, siendo su interior tan desconocido como los cavernosos cráteres de la luna ó los océanos glaciales que rodean los polos.

Totalmente desconocidos á los hombres civilizados, pero no así á los salvajes, el indigena de aquellas regiones ha poblado de maravillas los vastisimos terrenos inundados.

Esos indios dicen muchas cosas reales y otras inverosímiles. Hablan de árboles extraños que crecen allí y producen maravillosas frutas que no se encuentran en ninguna otra parte, de asombrosos cuadrúpedos que solo

existen en aquella extraña comarca, de aves desconocidas, de monos monstruosos y de repugnantes reptiles.

De la misma manera citan seres humanos que habitan de continuo la selva sumergida, tienen por morada unas chozas construidas sobre las copas de los árboles, se trasladan de un punto á otro con canoas ó balsas toscamente construidas y se alimentan de manatíes, peces, aves, reptiles, insectos, monos y frutas cogidas en los tallos de numerosas plantas acuáticas.

Estos extraños pormenores, que refieren los indios que han penetrado en aquella que pudiéramos llamar tierra *acuática*, podrán ser ó no ser dignos de crédito, pero lo cierto es que ellos creen firmemente lo que relatan.

No es de suponer que estos bosques inundados sean impenetrables. Por el contrario, hay varios caminos que conducen á través de ellos, indicados frecuentemente por marcas ó entalladuras practicadas en los árboles; pero no obstante estas indicaciones, los navegantes

se pierden con frecuencia entre la espesura, siéndoles muy difícil volver á encontrar su ruta.

A trechos se encuentran grandes espacios desprovistos de árboles y que son lagos constantemente llenos de agua, aún en la época del reflujo más bajo de la inundacion. Estos lagos tienen dimensiones muy diversas, siendo algunos tan grandes que se les podría dar el nombre de mediterráneos, y en su superficie aparecen algunas ramillas, que podrían tomarse por plantas acuáticas y que son en realidad las copas de árboles cuyas raíces se encuentran á cuarenta piés ó más bajo la superficie del agua.

Cuando hay que atravesar estos mares es necesario consultar el sol, y una vez oculto este astro, lo que sucede con frecuencia, se corre gran peligro de perder el rumbo verdadero.

Al encontrarse cerca de la ribera, un tronco de forma especial ó un árbol más corpulento que los otros sirve de observatorio y

guia al navegante para acercarse al punto á que se dirige.

[No todo lo que se encuentra en este océano es tranquilizador, porque allí tambien hay brumas, torbellinos y huracanes, y las embarcaciones pueden estrellarse contra gigantescos troncos, ó zozobrar con sus tripulantes, que mueren en un abismo de bosques y agua.

LAS HABITACIONES AERREAS.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

para el desarrollo para hacerse el por lo
 que se dice.
 No todo lo que se encuentra en este oc-
 curre es singularidad, porque hay también
 sus primas, sus hermanas y sus
 emparentados que se encuentran como es-
 tructuras raras, o raras con sus tri-
 butas que tienen en su forma de bosque
 y agua.

Revista Literaria - Mensual y Quincenal editada

LAS HABITACIONES AÉREAS.

REVISIÓN DE D. V. V. V.

A LA COMISIÓN DE VIGILANCIA

LAS HABITACIONES AÉREAS.

REVISIÓN DE D. V. V. V.

TOMO II.

MADRID.

Imprenta de la Compañía Española.

1900.

1900.

LAS HABITACIONES AÉREAS.

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

LAS HABITACIONES AEREAS.

RECUERDOS DE UN VIAJE

A LA REPUBLICA DE VENEZUELA

POR

ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

TOMO II.

MADRID.

Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1972.

Galena Librería - MEXICO y MEXICO EDITORES

LAS HABITACIONES ARRAS.

RECORDOS DE UN VIZO

Es propiedad de los editores.

1892

AMERICAN BOOKS AND PAPER CO.

TOMO II

MEXICO

Imprenta de la Galena Librería

Colonia A.

1892

CAPITULO PRIMERO.

Un enemigo formidable.

Dos horas hacia que los viajeros navegaban por los estrechos canales de la selva inundada cuando encontraron cerrado el paso, á un lado y otro por las frondosas ramas de los árboles, y delante por el enorme tronco de un árbol colosal, cuya copa se elevaba sobre las de sus compañeros. El gigantesco vegetal, extendiendo sus grandes ramas, parecia decir: *non plus ultra.*

Aquel titánico guardian del bosque pertenecia á una especie de la que ya nuestros amigos habian visto durante aquel dia algunos individuos y era el célebre nogal del Bra-

sil, llamado por los botánicos *bertholletia excelsa*.

Este árbol se produce en los terrenos bajos de la América intertropical, especialmente en las comarcas sujetas á inundaciones, donde se le observa con frecuencia con su tronco de cuarenta piés sumergido bajo el agua. Produce flores de bellos matices y grandes pericarpos con veinte y más frutas; pero aunque aquellas van seguidas de éstos, suele suceder, como con el naranjo y otros árboles del mismo clima, que la flor y el fruto se observan al mismo tiempo y en la misma rama.

Las nueces del *juvia*, que este es su nombre vulgar, constituyen uno de los principales artículos del comercio en los rios de la América ecuatorial, y se las conoce demasiado bien para que necesitemos hacer de ellas una descripción minuciosa, pues en pocas casas de Europa habrán dejado de comerlas.

En la selva, donde no pertenecen á nadie, las coje aquel que quiere tomarse este trabajo, principalmente los indios y los mestizos

que viven en las cercanías de los terrenos inundados. La recolección se efectúa mientras dura el tiempo seco, bien que algunas tribus salvajes van á cogerlas en sus canoas en la estación de la crecida. Las mejores nueces, sin embargo, se cojen cuando vá bajando la inundación y los árboles vuelven á quedar en seco.

Entonces es cuando tribus enteras de indios marchan en masa á los sitios en que se encuentran estas frutas, desparramadas al pié de los árboles que las producen; pero al verificar esta recolección tienen los trabajadores que emplear ciertas precauciones, cubriéndose la cabeza con un casquete de madera, parecido al que usan algunos soldados, con el objeto de resguardarse del golpe de las cápsulas ó pericarpos, tan grandes y tan pesados como los cocos.

Los monos que pueblan las selvas suramericanas son muy aficionados á las nueces de juvia; pero protegidas como están por una dura cubierta leñosa, que no pueden romper

con sus dientes, tienen que esperar para comerlas á que algun otro animal, provisto de más fuerte dentadura, les ahorre este trabajo.

Prestan tal servicio varias especies de roedores que viven en las orillas de los rios, como el chiguire, el aguti y el paca, y es uno de los espectáculos más divertidos que pueden verse en los bosques sur-americanos el de un grupo de monos acechando los movimientos de un paca cuando roe algun pericarpio y lanzándose de repente para arrebatárselo por la fuerza el grueso fruto cuando el agujero es ya bastante grande para poder extraer su contenido.

El inesperado obstáculo que á la marcha de la canoa presentaba aquel gigante de las selvas, hizo que los dos indios dejasen de remar y que los viajeros, algo contrariados, se mirasen uno á otro como consultándose mutuamente.

—No podemos pasar,—dijo el sábio español.

—Ya lo veo,—respondió flemáticamente M. David.

—¿Qué hacemos, pues?

—Volver atrás; es el único remedio que nos queda.

—Tomemos antes un bocado, si os parece bien,—repuso el alemán;—este canal no puede ser más hermoso y su belleza me ha abierto el apetito.

El doctor no pudo comprender qué había de comun entre la belleza del canal y el estómago de M. David, pero contestó:

—Comamos, pues, y veamos si para postres podemos hacernos con uno de los frutos de este juvia.

—¡Oh! Nada más fácil,—repuso el alemán.

Y poniéndose de pié sobre la proa de la barca, engancho con su carabina uno de los pericarpos, que se desprendió de la rama.

El alemán lo cogió en el aire.

No sin algun trabajo y valiéndose de su machete pudo abrirle para estraer las frutas, y terminado este trabajo, dijo:

—A comer.

Salieron á luz el tasajo y el pan de maiz, manjares no muy apetitosos, pero sobradamente buenos para quien no tiene otros, y con ellos restauraron sus fuerzas los viajeros y los dos indios.

Las nueces de juvia fueron declaradas excelentes, y terminada la comida, la canoa viró de bordo para volver por el mismo camino que había recorrido.

El canal, que no era muy largo, salia á un pequeño descampado, especie de encrucijada de donde partian otros tres ó cuatro callejones, y cuando la canoa se encontró en él, don Juan consultó una brújula para conocer la direccion que convenia seguir.

—Se nos presentan dos rutas,—dijo á uno de los indios, que parecia más inteligente que su compañero;—¿cuál de ellas debemos tomar?

El indio examinó durante un momento los troncos y las ramas de los árboles, como si quisiera encontrar en ellos una indicacion que

le guiase, y respondió señalando un estrecho canal que se dirigia al Sudeste.

—Por ahí.

El canal de que acababan de salir tenia una direccion oriental.

—Adelante,—dijo el doctor.

Inclináronse los indios sobre los remos y la canoa cortó rápidamente la superficie del agua.

—¿A qué distancia estamos de la orilla?—preguntó el aleman.

—No puedo decíroslo, amigo mio,—respondió el doctor;—las infinitas vueltas y revueltas que hemos dado no me permiten calcular el camino que hemos recorrido; pero puede ser que nos lo digan los indios.

Y trasladó la pregunta á uno de los remeros, que respondió lacónicamente:

—Estamos á tres leguas de la orilla.

—Segun eso, ¿cuánto nos separa del curso del rio?

—Unas cinco leguas.

—Perfectamente; ¿creo que las aldeas de

guaraníes se encuentran antes de llegar á él?

—Sí.

El español se volvió á su amigo y le dijo:

—Me parece que no concluirá el día sin que veamos el término del viaje.

—Muy bien,—repuso el alemán;—pero decidme una cosa, mi querido amigo.

—Preguntadme, mi querido artista.

—Esos guaraníes independientes á quienes vamos á visitar, ¿son un pueblo pacífico y hospitalario, ó nos veremos en el caso...

—¡Bah!—interrumpió don Juan;—no tengais cuidado alguno; hace mucho tiempo que los guaraníes tienen la mejor reputacion, y no conozco ni un solo caso en que esta se haya desmentido.

—Más vale así,—repuso M. David;—sentiria verme en la precision de derramar sangre.

En aquel momento se oyó á poca distancia un silbido especial, y con no poca sorpresa de los viajeros, los indios palidecieron y dejaron de remar.

La barca, terminado el impulso adquirido, se detuvo.

—¿Qué es eso?—preguntó don Juan.

Los indios, que se habian puesto de pié y que examinaban con cuidadosa atencion las frondosas ramas que constituian las paredes del canal, no contestaron.

El sábio español iba á repetir su pregunta cuando uno de los remeros, dejando ver en su semblante el terror más exajerado, exclamó con acento tembloroso:

—¡Virgen María! ¡Un anaconda!

CAPITULO II.

La gran boa de agua.

La palabra *anaconda*, pronunciada por el indio con acento de verdadero pavor, demostró á don Juan el peligro que les amenazaba.

—¡Un anaconda!—exclamó;—¿dónde está?

—¡Allí! ¡mirad!—respondió el indio.

É indicaba las ramas de un árbol cuyo tronco asomaba fuera del agua, á una distancia de quince metros de la barca.

El sábio miró con toda atencion y vió algo que se movia en medio del follaje; en un principio no pudo distinguir los contornos, pero fijándose más pudo reconocer el cuerpo de una serpiente, grueso como el muslo de un

hombre y de color amarillento salpicado de grandes manchas negras.

El reptil se arrastraba por las ramas, y no tardó en dejar ver su chata cabeza, de forma casi triangular, entre cuyas mandíbulas se agitaba su roja y brillante lengua.

Aquella serpiente era enorme; su longitud no pasaba de diez metros.

Don Juan reconoció en ella á la gran boa de agua llamada *anaconda* por los hispano-americanos; comprendió la gravedad de la situación y dijo á los remeros:

—Virad á bordo.

La canoa rápidamente dió la vuelta, y los indios permanecieron inmóviles con los remos en la mano.

Don Juan indicó el reptil á su compañero y le dijo:

—Tíradle á la cabeza.

—Es difícil acertar,—respondió con su calma suprema el alemán.

Tomó, no obstante, su carabina, apuntó cuidadosamente, disparó, y don Juan, que no

separaba su vista del reptil, pudo ver que habia errado el tiro.

Un movimiento de la boa la habia salvado; la bala habia pasado á pocas líneas de su cabeza y se habia perdido, despues de causarle una pequeñísima herida en la espalda.

—¡Bogad! ¡bogad!—gritó don Juan á los remeros.

Cayeron los remos al agua, y la canoa se deslizó velozmente á lo largo del canal, volviendo por el mismo camino que habia recorrido.

La enorme boa, irritada por la pequeña herida que habia recibido, al ver que se escapaba su presa lanzó un lúgubre silbido, desenroscó rápidamente sus elásticos anillos, se balanceó al extenso de una rama para tomar impulso y se lanzó al agua en la misma direccion que la canoa.

—Nos persigue,—dijo don Juan;—forzad los remos, hijos míos; la vida de uno de nosotros depende de vuestros puños.

En efecto, la anaconda, que se habia su-

mergido en el primer momento, volvió á aparecer en la superficie del agua y nadaba rápidamente en pos de la canoa.

El doctor, apuntándola cuidadosamente, disparó su carabina; pero los repetidos zigzags de la anaconda al nadar no le permitieron fijar bien la puntería, y su bala, sin haber tocado al reptil, se sumergió inofensiva en las aguas.

Los dos indios remaban con todas sus fuerzas y la canoa volaba, más bien que corria; pero, á pesar de esto, la anaconda ganaba sensiblemente ventaja.

—Nos alcanza,—dijo con su calma suprema el alemán.

—¿Y qué hacemos?—preguntó el doctor.

—¿Qué hemos de hacer? Luchar, puesto que no podemos huir.

Y diciendo esto armó su machete, á manera de bayoneta, en el cañon de su carabina, que habia vuelto á cargar.

El sábio le imitó, dispuesto á todo.

La situacion era terrible.

Algunos momentos despues la serpiente estaba á dos metros de la cañoa.

Habia llegado el momento de la lucha y el aleman se aseguró bien en la popa, preparando su arma para hacer uso de ella segun conviniera.

Don Juan fué á colocarse á su lado.

—Déjadme,—le dijo el artista;—estoy seguro de matarla.

El español se mantuvo inmóvil, con su carabina preparada para ayudar á su compañero.

La anaconda llegó al fin á tocar en la barca, y por un poderoso esfuerzo de su musculatura y de sus vértebras sacó la cabeza y una parte del cuerpo fuera del agua, abriendo su horrible boca y agitando su roja y acerada lengua que brillaba al sol como una llama.

Iba á lanzarse sobre la barca.

M. David, que esperaba aquel momento con una serenidad y una sangre fria admirables, tiró un tajo con su machete, cortante

como una navaja de afeitar, y separó del cuerpo la cabeza de la serpiente.

—¡Bravo!—exclamó don Juan.

El cuerpo de la boa se retorcia en el agua y su cola la flagelaba con terrible violencia. Era de temer, sin embargo, que se hundiera una vez extinguida la fuerza vital, y para evitarlo, don Juan le echó con gran destreza un lazo ó nudo corredizo.

Un cuarto de hora despues los movimientos habian cesado por completo y los viajeros metieron el cuerpo en la barca para quitarle la piel.

La anaconda ó *sacuraja*, que este es el nombre que la dan en el Brasil (*eunectes murinus* de los naturalistas), habita comunmente en el Brasil, Venezuela, las Guyanas y algunas otras comarcas de la América ecuatorial. Solo los pitones, entre todos los ofidios hoy conocidos, llegan á alcanzar dimensiones tan colosales como las de estas serpientes, pues muchos viajeros aseguran haber visto individuos de esta especie de veinticinco y treinta piés de

longitud. No nos parece que haya exageracion en estos asertos, porque el museo de Berlin posee un ejemplar que mide veintiun piés y se comprende que no será de los mayores.

M. Fermin, en su *Historia natural de la Guyana*, dice: «Una serpiente de veintitres piés de longitud, perteneciente á la especie llamada *aboma* (anaconda vulgar), tenia en su estómago, cuando la abrí, un gran perezoso, una iguana de un metro y un tamandua mediano, todos tres en el mismo estado que si acabaran de ser muertos á balazos.»

Estas son las únicas noticias que se tenían de la anaconda antes que el principe Maximiliano de Neuwied publicase las interesantes observaciones que vamos á transcribir:

«En el Brasil recibe el *éunectes murinus* el nombre de *cucurin* y el de *sacuraja*. He visto individuos de veinte piés, y los botocudos me aseguraron que alcanzan un tamaño mucho mayor en los sitios incultos é inhabitados. Las aguas son la morada ordinaria de esta serpiente, la cual reposa en ellas acostada en un fondo

alto, teniendo solamente la cabeza sumergida. A fuer de hábil buzo se zambulle para no asomarse á veces en la superficie hasta despues de largo rato. Ora corre con velocidad en todos sentidos, nadando á la manera de las anguilas; ora abandona su cuerpo rígido é inmóvil á la corriente más ó menos rápida de los rios. A veces se queda tendida no lejos de la orilla, sobre la arena ó las rocas, ó bien enroscada al tronco de un árbol, y espera á que algunos mamíferos, al ir á apagar su sed, pasen cerca de ella. Los animales que de ordinario caen presos son agutis, pacas, chiguire, y hay quien dice que tambien come peces.

»El arco y el fusil son las armas de que se sirven los indígenas para cazarla, á no ser que la encuentren en el suelo, en cuyo caso la matan á palos, pues se mueve en tierra con mucha lentitud. La piel sirve para fabricar calzado y bolsas de viaje; su grasa tiene diferentes aplicaciones médicas, y los indios brasileños comen su carne.»

El monstruoso tamaño de la anaconda ha dado lugar, entre los indios del Brasil y de Venezuela y tambien entre los colonos y cazadores españoles y portugueses, á mil leyendas en que hay, preciso es confesarlo, algo de real y positivo, pero que en su mayor parte son mero parto de la imaginacion de los ignorantes indigenas.

Tal es la que refieren los habitantes indios del interior del Brasil acerca de una anaconda de gigantesco tamaño á quien llamaban la *Madre de las aguas*, y respecto de la cual abrigan un temor supersticioso superior á toda exageracion.

Basta, por ahora, de historia natural.

CAPITULO III.

La noche en la selva.

Una vez metido en la cañoa el cuerpo de la anaconda don Juan le despojó de su piel, que queria conservar, y la extendió para que se secase.

El alemán iba á arrojar el cuerpo al agua cuando el sábio le detuvo exclamando:

—He oido decir que los indios comen la carne de la anaconda; ¿quereis que la probemos?

—Probémosla,—respondió el alemán, que hizo, no obstante, un gesto de repugnancia.

Cortó don Juan un buen trozo de la parte que le pareció mas tierna y el resto fué arrojado al agua.

—¿Y como la hemos de asar? No tenemos fuego,—dijo el aleman.

—El fuego se enciende, compadre,—respondió jòvialmente el doctor.

—¿Dentro de la canoa?

—No por cierto; en el tronco de un árbol: ya vereis.

Acercóse la canoa á un corpulento sapuzaya, especie de nogal muy semejante al juvia, se la sujetó á las ramas, y encaramándose por ellas los viajeros, se colocaron en la bifurcacion del tronco, que formaba una plataforma de metro y medio de diámetro.

No faltaban en el árbol hojas y ramas secas, de lo que se hizo una buena provision, y pronto se vió encendida una brillante lumbre, á cuya llama, atravesada con un palo, se expuso la carne de boa.

—Hé aquí,—decía el doctor,—que vamos á hacer una comida esencialmente americana.

—Y con un marcadísimo carácter salvaje,—añadió el aleman;—me parece, sin embargo, que no hemos de quedar enamorados de ella.

—Allá veremos.

El asado no tardó en estar á punto; don Juan lo retiró del fuego, partió una tajada y dió en ella el primer bocado.

—¿Que tal?—preguntó el alemán.

—¡Bah! No es del todo mala,—respondió el doctor;—un poco durita y algo insípida; pero con nuestros procedimientos culinarios no es posible sacar buen partido de ninguna carne.

El alemán, impelido por la curiosidad, comió un poco; pero aquel originalísimo manjar le causaba gran repugnancia y lo dejó pronto; don Juan comió algo más, aunque tampoco fué gran cosa; pero los indios parecían demostrar grande afición á la carne de boa y no dejaron una piltrafa.

Algunas nueces del sapuzaya, que son esquisitas, sirvieron de postre, y terminada aquella comida robinsonesca, los viajeros volvieron á la canoa, que adelantó otra vez por el canal, dirigiéndose al Sudeste.

A las cinco de la tarde se encontraron los viajeros en un grande espacio desprovisto de

árboles y donde la corriente se hacia sentir bastante; su direccion era de Sur á Norte, y don Juan comprendió que se hallaban en uno de los brazos del Orinoco.

Consultó á los indios, que confirmaron su opinion, y luego preguntó:

—¿Dónde están las primeras aldeas de guaraníes?

—Allí,—respondió el indio.

Y señaló hácia el Este una línea de árboles que limitaba el horizonte y que era indudablemente el principio de otro bosque sumergido.

La canoa evolucionó para cortar la corriente y se dirigió con la posible rapidez al punto indicado por los indios.

No avanzaba gran cosa, y por consecuencia, no fué posible llegar á la línea de los árboles antes de la puesta del sol.

—¿Nos quedamos aquí para pasar la noche ó quereis que nos internemos un poco en la selva?—preguntó el alemán á su compañero.

—Permanezcamos aquí,—respondió don Juan;—estos árboles me indican que estamos muy cerca de las aldeas que buscamos, y si penetrásemos en el bosque podríamos tropezar con alguna en medio de las tinieblas, lo que no sé si sería conveniente.

—¿Pues qué árboles son estos?—preguntó el alemán.

—Morichés,—respondió don Juan.

—¡Ah! ¡Son las palmeras que sirven de habitación á los guaraníes!

—Exactamente; mirad, todo el bosque se compone de la misma especie de árboles.

En efecto, al contrario de lo que sucedía en los bosques que habían atravesado durante aquella mañana, donde todas las especies estaban confundidas, el que tenían delante se componía únicamente de una sola clase de árboles, de *morichés*, palmeras de abanico, de tronco liso y cuya elevación no baja de cuarenta metros.

Los viajeros aprovecharon los últimos momentos de luz, pues en la zona tórrida la

noche sigue inmediatamente á la puesta del sol, sin crepúsculo alguno, para buscar un lugar á propósito donde pasar la noche.

Pronto encontraron una especie de caleta, ó ensenada, formada por los mismos árboles; penetraron en ella, amarraron la canoa al tronco de una palmera y pensaron en cenar.

El tasajo y el maíz, únicos víveres de que disponian los expedicionarios, hicieron el gasto de la colacion: cuando la cena terminó era ya completamente de noche, la canoa estaba en la oscuridad más profunda, y los dos indios se echaron á dormir.

Don Juan y su compañero, con los cigarros encendidos, permanecian despiertos, escuchando con atención los extraños rumores que se elevaban de la selva.

Estos rumores eran semejantes á los que suele producir el viento entre los árboles, mezclados con gritos de todos los animales que pueblan los bosques sumergidos.

Como estos ruidos eran muy confusos, no podia conocerse bien á qué debian su origen:

sólo era evidente que se producian á considerable distancia.

Sin embargo, el alemán creyó distinguir entre ellos algunos gritos humanos.

—Bien puede ser,—respondió el doctor, á quien comunicó su observacion;—debemos estar cerca de alguna aldea de guaraníes, y en estos sitios el sonido se propaga con una intensidad maravillosa.

Poco despues, el sábio creyó distinguir una luz ténue, como el resplandor de una hoguera, que brillaba á gran distancia entre los árboles.

Otra y otra brillaron luego, y media hora despues parecia que el interior del bosque era preso de un incendio.

—¿Qué será eso?—preguntó sorprendido el alemán.

—¿No lo adivináis?—dijo el español.

—No por cierto.

—Pues no es otra cosa que una aldea de guaraníes establecida en el interior del bosque: esas hogueras indican indudablemente

que sus habitantes están ocupados en preparar la cena.

—¿De veras?

—No hay la menor duda: vereis como, dentro de algun tiempo, las hogueras se apagan y el bosque vuelve á quedar en tinieblas.

El sábio no se engaño; una hora despues el resplandor que iluminaba la selva comenzó á disminuir de intensidad, y á las diez de la noche el bosque habia quedado en la oscuridad más profunda.

—¿Que hacemos?—preguntó M. David.

—Dormir,—respondió el español;—pero es necesario que uno de los indios se quede en vela; no sabemos lo que puede suceder.

Don Juan despertó á uno de los remeros, le encargó la más exculpulosa vigilancia y que se hiciese relevar por su compañero despues de media noche, y acto seguido los dos expedicionarios se entregaron al descanso.

CAPITULO IV.

El moriche y sus habitantes.

Antes de conducir á nuestros viajeros á la aldea de los guaraníes digamos algunas palabras acerca de este pueblo singular y de los árboles que le sirven de habitacion.

Un célebre viajero y escritor inglés, el capitán Mayne-Reid, en su bellísima obra titulada *Los pueblos salvajes*, nos proporciona datos preciosos acerca de este asunto, y en obsequio á nuestros lectores, que seguramente ganarán en el cambio, vamos á consignar aquí algo de lo que dice el ilustre novelista de Inglaterra (1).

(1) Mayne-Reid: «Los Pueblos Salvajes.» Cap. XIV. «Guaraníes ó habitantes de las palmeras.» Este libro nos sirve de guia para escribir la presente obra.

«Si se remonta uno de los mas pequeños canales que forman los bosques inundados por las crecidas del Orinoco, se observará, al llegar la noche, un espectáculo sorprendente. Delante del observador se extenderá un bosque, y entre las cimas de sus árboles verá brillar hogueras, no procedentes de un incendio, sino alimentadas regularmente como las de las chimeneas, que exparcen un resplandor tranquilo sobre la enramada y sobre el agua que, al parecer, les sirve de base.

»El que entonces se acerque, distinguirá ollas ó calderas colgadas sobre la llama, hombres y mujeres que las rodean, sombras que pasan de uno á otro árbol, y en la superficie del agua una escuadrilla de piraguas amarradas á los árboles.

»Aquellas hogueras aéreas, aquellas criaturas humanas que van y vienen, gesticulando, gritando y riendo, os indican que teneis á la vista un pueblo de guaraníes.

»Aproximáos á él con precaucion y observad sus costumbres. En primer lugar se os

ocurrirá esta pregunta: ¿de qué viven sus habitantes? Están á muchas millas de la orilla, han de trascurrir algunos meses antes de que las aguas se retiren, y cuando el rio vuelva á su cáuce las tierras quedarán convertidas en pantanos.

»Tienen canoas, en las cuales pueden llegar á la orilla; pero esta se halla lejos y no convendria ir á ella todos los dias para traer el alimento cotidiano. Sirven para hacer excursiones, pero solo cuando es preciso trocar ciertos objetos por utensilios indispensables. Fuera de estos casos el guaraní no se aleja de su bosque, donde tiene tranquilidad, buena cena y buena cama.

»Sin duda os ocurre la idea de que puede vivir de la pesca. Pero la época de la inundacion no es la de pescar, y si el guaraní come manatí ó tortuga, es despues que la inundacion ha terminado. Afortunadamente, su habitacion, ó por mejor decir, el bosque en que vive, es una despensa innagotable.

»¿No adivináis? Estudiemos el bosque y

veremos que puede proveer á todas las necesidades del pueblo.

»El bosque se compone de una sola especie de árboles, cosa extraña en la zona tórrida, donde todas las especies se confunden. Un solo vegetal, sin el menor cultivo, suministra alimentos, utensilios, barcos, vestidos, cuerdas, casa y hasta vino.

»¿Cómo se llama tan maravilloso árbol? Se llama *ita* entre los guaraníes; *moriche* entre los otros indios y los españoles de las márgenes del Orinoco. Su nombre científico es *mauritia flexuosa*; pero no hay que incurrir en el error de creer que este nombre se deriva del indígena, pues la semejanza es puramente casual: es el nombre latinizado del príncipe Mauricio de Nassau.

»Pero esto no dice que los moriches componen un género de palmeras que contienen muchas especies. Se las encuentra en muchos puntos de la América tropical; unas tienen el tronco liso y otras lo tienen espinoso; algunas no pasan de tres metros de altura y

otras son colosales; las hay que se crían en los terrenos secos y áridos, mientras otras, como el *ita*, no se producen sino en los lugares inundados.

»El moriche es una palmera de abanico, es decir, que sus hojas, en lugar de ser pennadas ó enteras ó de tener sus foliolas dispuestas á ambos lados del tallo como las barbas de una pluma, se componen de foliolas reunidas por sus bases y que se van separando como las varillas de un abanico.

»Doce de estos enormes abanicos, agrupados en lo alto de un tronco liso, de treinta metros de altura y uno y medio de diámetro, de modo que presentan sus puntas en todas direcciones constituyen el *ita* de los guaraníes.

«Algunos *itas* tienen el tronco más grueso hácia el centro, pero la generalidad lo tienen perfectamente cilíndrico. Si alguna fronda cae al agua, un nuevo capullo le reemplaza y el calor del sol lo hace abrirse, de modo que un nuevo abanico reemplaza al que ha sido arrastrado por la inundación.

»El peciolo del *ita* tiene tres metros y medio de longitud, y forma en su punto de union con el tronco una taza de treinta centímetros de ancho. En la base del peciolo se vé un *espato*, especie de estuche del largo de algunos piés, que se desgrana dejando ver un enorme ramo de flores dispuestas en dos filas á ambos lados de su tallo; estas flores se convierten en fruto, produciendo cada flor una especie de piña cuyas escamas pardas cubren un cuerpo carnosos que tiene dentro un hueso. Un solo racimo puede dar piñas para cargar á dos hombres.

»Tal es el moriche de los guaraníes; veamos ahora á que uso lo dedican.

»Cuando el guaraní quiere edificar una casa no establece sus cimientos en la tierra, que es demasiado esponjosa ó está cubierta de agua, sino que elige un lugar en el cual la crecida ha marcado en los troncos el limite de su altura y coloca el suelo de su casa tres ó cuatro metros más arriba. Algunos moriches derribados le dan las vigas que necesita, cuya

longitud depende de la distancia á que se hallan entre sí cuatro hermosas palmeras que forman un cuadrado y han de ser las columnas angulares del edificio. En estas columnas se hace una muesca, precisamente en el punto correspondiente á la altura á que debe estar la casa, y en estas muescas se sujetan las vigas por medio de cuerdas. Sobre estas vigas se colocan otras trasversales, tambien sujetas con cuerdas, y queda construido el piso. Sobre la madera se extiende una capa de cieno, que se obtiene con solo bajarse á cogerlo, y el sol seca muy pronto este embaldosado, permitiendo encender fuego encima. Uno de los piés derechos de la casa, por medio de muescas, queda constituido en escalera.

La casa tiene ya piso; paredes no, pero al inquilino le importa poco, pues la nieve no ha de entrar en su habitacion por los costados ni la lluvia tampoco, porque en aquel país cae verticalmente. Para preservar su cabaña de los ardores del sol y de los torrentes de la lluvia, se coloca á algunos metros del piso otra

armazon de madera ligera, cubierta de esteras tejidas de antemano con los foliolos del moriche.

»La casa está construida y todos sus materiales, á excepcion del cieno, proceden del moriche, porque las cuerdas son los tallos de sus hojas, que tienen una longitud de cuatro metros y un ancho de veinte centímetros.

»Despues de haberse alojado el guaraní recuerda que tiene hambre; si no tiene pescado, manatí ó cocodrilo, come pan, pues siempre lo tiene en abundancia; el tronco del moriche le proporeiona una médula harinosa, que molida ó raspada y mezclada con agua forma un sedimento muy parecido al sagú, con el cual nuestro indio fabrica tortas, que tostadas sobre las ascuas, constituyen el pan llamado *yoruma*.

»Despues de comer el *yoruma* nuestro hombre echa un trago, no de agua, sino de un licor sabroso y fuerte, que es la savia del moriche fermentada.

»Si el guaraní es borracho puede tratarse

como un lord; pero si solo trata de apagar la sed pone algunas nueces de moriche en infusion en un vaso de agua, y filtrándola despues por un tamiz hecho con fibras de *ita*, tiene á su disposicion una bebida sana, dulce y agradable.

»Lo mismo este refresco que el licor se bebe en un vaso, y este vaso es de madera de *ita*, porque este árbol da la madera con que el guaraní fabrica todas las piezas de su vajilla, platos, tazas, cucharas, etc.

»Las herramientas que necesita para sus trabajos las compra á mercaderes europeos que se las proporcionan en cambio de alguna estera ó de algun tejido de fibras de palmera; de modo que, en último resultado, las paga con el *ita*. Pero si todas sus relaciones comerciales desaparecieran, el guaraní construiria hachas de sílice y cuchillas de obsidiana, como hacia antes de la llegada de los españoles.

»Con el tallo de las hojas del moriche fabrica su arco y sus flechas y las puntas de sus

harpones y de su lanza; en el tronco del moriche ahueca su ligera canoa, y sus redes, sus aparejos de pesca, su hamaca, sus vestidos, es decir, la especie de túnica que ciñe sus caderas se hacen con las fibras de las foliolas del moriche.

»Hicimos, pues, bien en asegurar que un solo árbol satisfacía todas las necesidades del guaraní, y no puede negarse que los misioneros estuvieron muy oportunos al dar á este árbol el nombre de *árbol de la vida*.

»¿Por qué el guaraní se reduce á semejante existencia cuando tiene en torno suyo vastas regiones donde podría establecerse para vivir con más abundancia?

»A esta pregunta solo se puede responder con otra: ¿por qué los esquimales permanecen en su helado país? ¿por qué las tribus de las montañas áridas no descienden á los llanos fértiles? ¿Por qué hay habitantes en el desierto, habiendo países fecundos inhabitados? Sin duda los guaraníes, arrojados de su tierra natal por un enemigo poderoso, buscaron un re-

fugio en aquellos lugares cenagosos, sacrificándolo todo por conservar la libertad, que es el primero de los bienes y el más preciado de los lujos.

»Triste es decirlo; pero en la actualidad el guaraní se veía sometido á la esclavitud si se alejara demasiado de sus pantanos. En su retiro aéreo vive tranquilo; nadie le molesta, pues un enemigo, aunque fuera un indio, no podría seguirle por aquel terreno pantanoso é inundado, por el cual, gracias á la costumbre, se desliza con la ligereza de un pájaro.

»Por estas razones, á despecho de todo lo que le falta, permanecerá aún durante mucho tiempo en medio de sus palmeras.»

CAPITULO V.

Una aldea guaraní.

Quando las rosadas tintas de la aurora empezaron á teñir las frondas de los árboles los viajeros abandonaron las dulzuras del sueño.

En torno suyo se extendían aún las tinieblas, á causa de la gran sombra producida por las ramas y el follaje de los árboles; también el bosque permanecía oscuro, y mirando con atención vieron al fin brillar algunos fuegos entre la espesura, al mismo tiempo que llegaron á sus oídos confusos rumores que anunciaban que la vida y el movimiento volvían á reinar en la selva.

—La poblacion se pone en pié y esos fuegos demuestran que los habitantes se ocupan de preparar sus almuerzos,—dijo don Juan.

—¿Y qué hacemos?—preguntó M. David.

—Primeramente almorzar; en tanto, se hará completamente de dia y formaremos nuestro plan.

—¿Temeis algo?

—No por cierto: los guaraníes tienen bien sentada su reputacion de pueblo pacífico; pero las precauciones nunca están demás.

—Corriente; pero ¿no me habeis dicho que esos salvajes sostienen algunas relaciones mercantiles con los habitantes de las aldeas cercanas?

—Sí.

—Entonces bien podria ser que nuestros remeros tuviesen ahí algunos conocimientos...

—Lo hubieran dicho.

—Preguntadles, sin embargo; ya sabeis que estos malditos no dicen una palabra como no se les interrogue.

—Hablabremos en tanto que almorzamos.

Salieron del saco que los contenía el tajo y las tortas de maíz, y nuestros viajeros, mano á mano con los dos indios, se pusieron á almorzar.

—Conoce alguno de vosotros esa aldea de guaraníes que tenemos cerca?—preguntó entonces el doctor.

—Sí, señor,—respondió uno de ellos.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y qué carácter tienen sus habitantes?

—¡Oh! Muy pacífico.

—¿De modo que no corremos peligro aunque nos encontremos con ellos?

—No, señor.

—Perfectamente. Pero ¿no tienes, por casualidad, algunos amigos ó conocidos en esa aldea?

—Sí; tengo varios.

—¿Y te sería posible ponernos en relaciones con ellos?

—Eso es muy fácil.

—Ya lo oís,—repuso el sábio volviéndose á

su compañero;—Candelario tiene amigos entre los guaraníes y asegura que nada hay que temer.

—Bueno,—repuso el alemán;—busquemos, pues, un canal que nos lleve al interior del bosque y aproximémonos á esa aldea.

—No,—dijo el indio.

—¿No? ¿Y por qué?

—Nos tomarían por enemigos, creerían que tratábamos de sorprenderlos y nos atacarían,—respondió el indio.

—¿Qué hemos de hacer, pues?—preguntó el sábio español.

—Salir á ese espacio libre de árboles y permanecer en él sin alejarnos mucho de este sitio. Algunos guaraníes vendrán por aquí á pescar, nos verán, nos hablarán y ellos mismos nos conducirán á su aldea.

—No me parece mal,—dijo el sábio.

Term nó el almuerzo con algunas frutas que se cogieron de un moriche, en las que nuestros viajeros encontraron un sabor muy parecido al de la manzana, y algunos momen-

tos despues los dos indios, haciendo uso de los remos, sacaron la canoa de entre los árboles.

Cortando al sesgo la corriente situóse la piragua á cierta distancia del bosque de palmeras, y los remeros, bogando perezosamente, la hicieron avanzar con lentitud río arriba.

A una milla próximamente del sitio donde habian pasado la noche vieron un estrecho canal que penetraba en el bosque, en la direccion en que debia hallarse la aldea aérea, y uno de los remeros dijo entonces:

—Este estrecho conduce á la aldea.

—¿Estás seguro?—preguntó el alemán.

—Sí, señor; ocultémonos cerca de él entre los árboles, y no tardaremos en ver alguna canoa de guaraníes que vayan á pescar.

Siguieron el consejo del indio metiéndose entre los árboles, y esperaron con la vista fija en la entrada del canal.

No habia pasado media hora cuando apareció en ella una piragua.

Montábanla tres indios, que se ocupaban en pescar, y absortos en esta operacion dejaban que la corriente la arrastrase con lentitud.

Aquella piragua ó canoa tenia unos diez metros de longitud por uno y medio de anchura en su parte más gruesa, que era el centro; los dos extremos estaban igualmente aguzados y la daban la forma exacta de una lanzadera.

—¿Qué os parece esa canoa?—preguntó en voz baja el doctor á su compañero.

—Me parece,—respondió el aleman,—que debe andar con una velocidad increíble; está hecha indudablemente con el tronco de un árbol.

—Exactamente; con un tronco de moriche ahuecado,—repuso don Juan.

Los guaraníes, con sus sedales de fibras de palmeras en la mano y la vista fija en los flotadores, se habian alejado bastante del canal llevados por su canoa, que obedecia al perezoso impulso de la corriente.

—Y bien,—dijo el doctor;—¿salimos ya de nuestro escondite?

—Salgamos,—respondió Candelario.

Empuñaron los remos los dos indios y la canoa salió de entre los árboles, deslizándose en la misma dirección que la de los guaraníes.

No tardaron éstos en verla, y el doctor, que los observaba atentamente, notó que abandonaban los sedales y que se armaban con arcos y flechas, preparándose á la defensa.

—¿Hablan español esos indios?—preguntó á los remeros.

—Sí, señor,—respondió Candelario;—tienen frecuentes relaciones con los negociantes blancos y han aprendido su idioma.

Entonces el doctor se puso en pié, y dirigiéndose á los indios pescadores, gritó, al mismo tiempo que agitaba en el aire su sombrero, como señal de paz.

—¡Eh! ¡no huyais! ¡no queremos haceros mall! ¡somos amigos!

Los guaraníes, dos de los cuales habían ya cogido los remos para huir, renunciando á la lucha al ver que los viajeros llevaban armas de fuego, se detuvieron al oír los gritos del doctor.

—¿Quiénes sois?—preguntó uno de ellos en regular castellano.

—Somos viajeros, hombres de paz,—respondió don Juan.

—¿Y qué queréis?

Queremos visitar vuestra aldea y ser vuestros amigos.

En tanto que se cambiaban estas palabras, la canoa de los viajeros había acortado la distancia que la separaba de la piragua india y Candelario pudo reconocer á uno de los tripulantes.

—¡Cayagua!—gritó,—¡Cayagua!

Este era indudablemente el nombre del guaraní.

El indio así llamado abandonó su remo, se puso la mano sobre los ojos para evitar la luz solar y reconoció á su amigo.

—¡Ah! ¡Candelario!—dijo.

Y volviendo á su compañero, añadió:

—No hay que temer: son amigos.

Un momento despues las canoas estaban pegadas la una á la otra.

—¿Que buscais aquí?—preguntó entonces Cayagua á Candelario.

—Estos señores,—respondió el remero indicando á los expedicionarios,—desean visitar vuestra aldea y pasar algunos dias con vosotros.

—¿Son comerciantes?

—No; pero traen consigo un gran fardo de objetos y os regalarán bien.

No fué necesario decir más. Los tres guaraníes se dirigieron á los viajeros, y poniéndose la mano en el pecho, forma de saludo adoptada entre ellos, dijeron:

—Sed bienvenidos.

Poco tardaron en ser íntimas las relaciones. Algunas baratijas que los viajeros regalaron á los indios les captaron por completo su voluntad, desvaneciendo los últimos restos

de su recelo, y los tres guaraníes, despues de conocer los deseos de los expedicionarios, abandonaron su pesca para guiarlos hasta la aldea.

El canal de que hemos hablado y que á ella conducia terminaba bruscamente despues de describir una curva hácia el Norte. Estaba limitado á un lado y otro por el bosque de palmeras, y al llegar al sitio en que terminaba, los viajeros vieron una escuadrilla de piraguas, exactamente iguales á la que montaban sus guias, amarradas á los troncos de los árboles.

En aquellos árboles se sostenian, á algunos piés sobre el agua, varias plataformas, cubiertas á cierta altura por techos de hojas de palma, y sobre las plataformas se veian hamacas, utensilios domésticos, y finalmente, una poblacion compuesta de hombres, mujeres y niños, que saludaron la llegada de los viajeros con grandes gritos de alegría.

Aquella era la aldea de los guaraníes.

CAPITULO VI.

La salutación de la aurora.

Nuestros viajeros invirtieron el día en visitar á aquella poblacion aérea, que les inspiraba un grande interés, y al ver lo bien dispuesto de las plataformas y de los techos, los ligeros puentecillos que hacian comunicar unas con otras las distintas casas, las armas y utensilios construidos con la madera y las fibras del moriche, el doctor no pudo menos de decir:

—¡Debian estar locos los que tacharon de estúpidos á los indígenas americanos!

—¿Por qué?—preguntó el alemán.

—Porque lo que vemos demuestra clara-

mente que poseen una gran inteligencia, y nada tiene de estúpido un pueblo que sabe sacar tan buen partido de los recursos que le presta la naturaleza. Seguro estoy de que, metidos en este bosque muchos hombres civilizados muy orgullosos de su industria y de sus conocimientos, se morirían de hambre antes de que se les ocurriese que estas palmeras podían proporcionarles alimento sano y agradable.

—¡Bah! ¡Exagerais!

—¡Que exajero! Pues bien; vos mismo, si yo no os hubiera hecho la historia científica de estos árboles preciosos, los miraríais como pedazos de madera que para nada sirven ó cuando más creeríais que solo podríais aprovechar sus frutos. Y ved aquí que los indios, que sacan de él pan, vino, utensilios y vestidos, son más industriosos que vos y saben más que vos, que no haríais más que comer las nueces.

La ocurrencia del sábio hizo asomar una sonrisa en los lábios de su amigo.

Y la verdad es que, aparte de la exageración propia de su carácter, don Juan tenía razón. No se puede llamar estúpido á un pueblo que, abandonado á sus propios recursos, viviendo en una esfera especial y en lucha con la naturaleza, sabe vencer sus rigores y crearse medios abundantes de existencia allí donde tal vez los hombres más inteligentes de una sociedad distinta se creerían abandonados á una muerte inevitable.

Los guaraníes de las bocas del Orinoco viven en reuniones de ochenta ó cien familias bajo la dirección de un cacique cuya autoridad es casi nominal. Bien es verdad que, siendo el carácter de sus súbditos extremadamente pacífico, no necesitan nunca hacer uso de ella. Sus costumbres son sencillas y patriarcales; adoran á un Dios omnipotente, á quien llaman el Grande Espíritu, y la única ceremonia de su culto es el saludo al sol cuando aparece sobre el horizonte; admiten la poligamia, aunque generalmente no la practican; hablan una lengua bastante bella,

derivacion del idioma de los caribes, y sus ocupaciones habituales son la pesca y la caza y al principio de la primavera la recoleccion de los huevos de tortuga, con los cuales hacen un esquisito aceite que venden luego á los comerciantes.

Los viajeros se alojaron en la misma casa de Cayagua, si casa se puede llamar á una plataforma de madera, sin paredes y con un techo de hojas; dos hamacas colgadas de los troncos de las palmeras les sirvieron de lechos, y tuvieron el gusto de comer manjares esencialmente indígenas aderezados segun los sencillísimos procedimientos culinarios de la cocina india.

El dia les pareció corto; pero no terminó sin que hubiesen proyectado para el dia siguiente una partida de caza, en la cual debian acompañarlos Cayagua y Candelario.

Trascurrió la noche sin que ocurriese la más pequeña novedad, y apenas las ténues tintas de la aurora empezaron á enrojecer el horizonte del Este, todos los habitantes de la

aldea abandonaron las dulzuras del sueño.

—Mirad,—dijo don Juan á su compañero;— vamos á ser testigos de la ceremonia más poética que podeis figuraros.

—¿Qué ceremonia?—preguntó el alemán.

—La adoracion de la aurora,—respondió el sábio.

En efecto, apenas el sol apareció sobre el horizonte, iluminando con sus magníficos resplandores el bosque y las aguas, todos los guaraníes, hombres, mujeres y niños, se volvieron hácia Oriente, se arrodillaron, bajaron por tres veces su frente hasta el suelo, y luego entonaron un canto monótono y triste, pero lleno de poesía.

Los viajeros no pudieron menos de sentirse impresionados por aquel acto con que un pueblo salvaje demostraba su agradecimiento al astro que le daba luz, calor y medios de existencia, y don Juan dijo á su compañero:

—¡Esto es magnífico!

—¡Oh! ¡Es un cuadro admirable!—dijo el alemán;—¡un pintor que supiese comprender

toda la poética belleza de esta escena haría con ella un lienzo de primer orden!

—¿Por qué no lo haceis vos?

—Pensaré en ello,—respondió gravemente el artista.

Terminada aquella poética ceremonia, levantáronse los indios, y un momento despues ardian fuegos sobre todas las plataformas, preparándose á su calor el almuerzo de todos los habitantes.

El de nuestros amigos se compuso de unos trozos de manatí asados con aceite de tortuga y terminó con un vaso de vino de palmera, que no era otra cosa que la savia del moriche fermentada.

—¡Oh!—dijo el alemán paladeando aquel licor especial;—¡este vino es exquisito!

—¿Mejor que el del Rhin?—preguntó sonriendo don Juan.

—Mejor no, pero sí más puro y más fuerte; es una lástima que este vino no se exporte á Europa, porque seria un importante artículo de comercio.

—Aún tenemos otro licor más agradable,—
dijo entonces Cayagua.

—¡Oh! Pues quiero probarle,—repuso el
aleman.

El guaraní llenó entonces los vasos de un
liquido color de ámbar sumamente cristalino,
y los viajeros lo bebieron lentamente.

—¡Esto es sidra! dijo don Juan.

—Si, señor; una sidra hecha con las frutas
del moriche,—respondió Cayagua;—la usa-
mos para refrescar, y es tan sana como agra-
dable.

Terminó el almuerzo y con él la conversa-
cion; Cayagua se armó con su arco y sus fle-
chas, los viajeros tomaron sus carabinas, y
acompañados de Candelario, saltaron á la ca-
noa y adelantaron por el canal.

CAPITULO VII.

Un día de caza.

A dos millas de distancia de la aldea, marchando contra la corriente del río, terminaba el bosque de itas y empezaba una selva de distinto carácter, donde todas las especies de árboles tropicales estaban confundidas y en la cual habia grandes espacios de agua descubiertos.

—Aquí,—dijo Cayagua,—encontraremos toda la caza que queramos.

En efecto, entre las ramas de los árboles se veían aras, tucanes, palomãs tornasoladas, cacatúas, cotorras y papagayos, cuyo chacharreo daba gran animacion á la selva, y en tor-

no de las flores que cubrían casi por completo los sijos y las bignonias se veía un número incalculable de pájaro-moscas ó chupa-flores, avecillas sumamente pequeñas y de esplendido plumaje, que son, sin disputa, los animales más preciosos de la creación.

Saltaban de rama en rama con extraordinaria ligereza, introduciendo su afilado pico en las corolas de las flores para extraer su azucarado jugo, y más que aves parecían insectos, habiendo podido creérseles abejas de los bosques.

Cayagua dió algunos curiosos pormenores acerca de estos pajarillos y de sus costumbres, y dijo que había dos grupos de aquellas aves, que, aunque rivales en pequeñez, belleza y brillante plumaje, son muy distintos en sus costumbres.

Unos, á cuya clase pertenecían los que estaban viendo, se alimentan exclusivamente del jugo de las flores y frecuentan los campos abiertos y las selvas no muy espesas, siendo también general hallarlos en las

plantaciones y en los claros de los bosques, porque solo allí encuentran en número suficiente las flores que necesitan para su alimentación.

—Generalmente,—añadió el guaraní,—no habitan en esta comarca, y si ahora los ves es porque estamos precisamente en la época en que brotan las flores de los sapos, cuyo jugo les gusta en extremo.

—¿Es decir,—exclamó don Juan,—que esta especie de pajarillos pertenece á la tierra firme?

—Si, señor, y no tardarán en volver á ella. El otro grupo, por el contrario, vive siempre en las grandes selvas sumergidas y no se alimenta de flores; si se los vé alrededor de un árbol florecido es porque van persiguiendo los mosquitos y cazándolos por entre las hojas. No gustan del sol como las otras aves y así es que permanecen siempre á la sombra entre el espeso follage de los bosques.

Don Juan no ignoraba estas particularidades que distinguen el un grupo de pájaro-mos-

cas del otro, porque los ornitólogos, despues de observaciones detenidas, han clasificado á estas avecillas en dos familias: los *trochilencæ* y los *pitæorninæ*.

Oia, sin embargo, con gusto las explicaciones del indio, y por él supo que los pájaromoscas construyen sus nidos entre las ramas, suspendiéndolos de ellas y eligiendo siempre las que miran al árbol. Estos nidos tienen forma de bolsa; están contruidos con fibras tejidas expresamente y hechas de una especie de algodón que sacan de los frutos de un árbol llamado *samauma*, y en ellos ponen tres huevecitos tan diminutos como un guisante.

Ya habian sido muertas algunas aves, bien por los perdigones de los viajeros, bien por las flechas del indio, y nuestros cazadores se encontraban bastante internados en la selva, cuando oyeron á bastante distancia un ruido tal que solo se podia comparar á un coro de diablos.

—¿Qué es eso?—preguntó sorprendido el aleman.

—¡Bah! ¿No lo adivináis?—exclamó el sábio español.

—No por cierto.

—Pues son los monos ahulladores, llamados así por sus descomunales gritos, debidos á una especie de trompeta que tienen en la garganta y que hace el efecto de un pito de órgano.

—Son guaribas,—dijo Cayagua.

—Precisamente los más alborotadores de toda la tribu,—añadió don Juan;—esos malditos son capaces de hacerse oír de un sordo de nacimiento.

—No será difícil que los veamos,—repuso el indio;—tomemos por ese canal y creo que los encontraremos; sus gritos suenan en esa direccion.

Dirigióse la canoa al sitio indicado por el indio, avanzando por el estrecho callejon que dejaban libre los troncos de los árboles, y no pasó mucho tiempo sin que los viajeros viesen un corpulento sapuzaya, especie de nogal parecido al juvia, entre cuyas ramas ha-

bia un centenar de negros monos, ocupados en comer los frutos del árbol, á los cuales son extremadamente aficionados.

Aquellos monos tenían el pelo de un negro súcio, á excepcion de las manos, que están cubiertas de pelos amarillos, lo que ha dado lugar á que algunos naturalistas les den el nombre *stentor flavimanus* (ahulladores de manos amarillas.) Eran bastante grandes, sumamente feos, y estaban provistos de una larga cola, desnuda por debajo y por la extremidad, de la cual se servían para colgarse de las ramas y también para coger las nueces del sapuzaya.

Estos monos, llamados vulgarmente *guaribas*, viven en grandes agrupaciones capitaneadas generalmente por un macho viejo, al cual prestan todos absoluta obediencia. Su carácter es bastante apacible; pero en el estado de cautividad se ponen muy tristes y no tienen la menor gracia.

Durante algunos momentos los viajeros pudieron observarlos, complaciéndose en con-

templar sus saltos extraordinarios y sus ridículos gestos; pero al fin las diabluras de los monos hicieron á don Juan soltar una carcajada, y aquel insólito ruido llamó la atención de los guaribas, que vieron á los viajeros y huyeron hácia la espesura lanzando atronadores gritos.

Iba ya á desaparecer el último cuando M. David, que habia cogido su carabina, disparó rápidamente, y el pobre mono, despues de exhalar un chillido de dolor, cayó de cabeza al agua.

No tardó, sin embargo, en volver á aparecer en la superficie, y ya la canoa se acercaba rápidamente para que los cazadores recogiesen el cadáver, cuando apareció entre los árboles un animal horrible, un gigantesco cocodrilo, que batiendo el agua con su poderosa cola y abriendo sus formidables mandíbulas, se dirigió tambien al mono con ánimo de apoderarse de él.

Por mucha que fuese su rapidez la canoa llegó primero, y don Juan recogió el mono al

mismo tiempo que Cayagua, que acababa de ver al terrible sáurio, gritaba con acento de alarma.

—¡Cuidado! ¡Un cocodrilo!

El móntruo estaba solamente á tres varas de la canoa.

CAPITULO VIII.

Los cocodrilos americanos.

Volviéronse rápidamente los viajeros y vieron al repugnante anfibio, que habiéndose detenido al ver que le arrebataban una presa que ya creía suya, fijaba en la canoa una mirada feroz y falsa.

—¡Qué animal tan horrible!—exclamó don Juan.

—¡No puede ser más repugnante!—repuso M. David;—voy á enviarle una bala.

—Hacedlo; pero tened en cuenta que si no le acertais en un ojo ó en el arranque de los brazos, únicos puntos donde la herida puede ser mortal, vuestro proyectil no producir á efec-

to alguno en la impenetrable coraza de escamas que defiende el cuerpo de ese monstruo.

El aleman, sin hacer caso de esta advertencia, tomó su carabina, cuyo segundo cañon estaba cargado con bala explosible, y esperando á que el reptil abriese sus formidables mandíbulas, le metió el proyectil por la boca.

—¡Buen tiro!—exclamó don Juan.

Lo era, en efecto. El reptil, dejando oír un sordo gruñido, se revolvía en las convulsiones de la agonía; poco despues habia muerto, y su cuerpo, obedeciendo á una sencilla ley física, volvió hácia arriba el abdómen mostrando el color blanco amarillento de su vientre.

—¡Hé ahí un animal que hará honor á mis colecciones zoológicas!—dijo don Juan;—¡es un ejemplar magnífico! Remolquémosle, amigos mios.

Cayagua hizo pasar un lazo escurridizo por la cabeza del sáurio, enganchándolo en sus cortos brazos, y de este modo fué remolcado por la canoa.

No hay en la creacion una figura más horrible y repugnante que la del cocodrilo y basta verle para sentir una aversion invencible hácia él. Sus terribles mandíbulas, sus ojos sanguinolentos, su cabeza deprimida, sus oscuras y desiguales escamas, sus cortas patas, todos sus rasgos, en fin, hasta la semejanza verdadera, aunque indeterminada, que tiene con la figura humana, contribuyen á hacerle odioso y antipático.

Hay muchas más especies de cocodrilos que las que el vulgo cree y se hallan repartidas en América, Africa, Asia y Océania, conociéndoselas con los nombres de *gaviales*, *cocodrilos*, *aligatores*, *caimanes*, y *bavas*. Difieren en el tamaño, pues el cocodrilo negro del Amazonas alcanza á veces veinte piés de longitud, al paso que el *jacara-tinga* apenas pasa de medio metro; pero sus costumbres y su carácter son tan parecidos que los naturalistas verdaderamente prácticos no admiten para ellos más que un solo género.

Los cocodrilos que habitan los grandes

rios de América, como el Amazonas y el Orinoco, que están sujetos á crecidas periódicas, se encuentran en gran número en la estacion seca, no porque entonces sean más numerosos, sino porque se reúnen en los sitios donde el agua es permanente. Tan luego como empieza la crecida, los sáurios se dispersan por las tierras inundadas y entonces es más difícil encontrarlos.

Tanto en el Amazonas como en el Orinoco, donde muchos lagos quedan secos en la estacion de la baja, muchos cocodrilos permanecen sepultados entre el lodo, dormidos ó aletargados. La tierra que los cubre se seca y endurece y los animales no pueden salir de aquella prision hasta que las aguas vuelven á reblandecerla.

Los cocodrilos hacen sus nidos en tierra seca cubriendo los huevos con una gran pila cónica de hojas y lodo y encargándose el sol de la incubacion. Los huevos del cocodrilo negro son tan grandes como cocos y tienen tambien forma oval. La cáscara es gruesa y

fuerte y produce bastante ruido cuando choca contra un objeto resistente. Si la hembra no está lejos del nido y se la quiere hacer acudir no hay más que frotar los huevos uno contra otro.

Estos animales se alimentan generalmente de pescados, porque es lo que encuentran con más frecuencia y cogen con más facilidad. También comen carne de cuadrúpedos y de aves y en general todo lo que pueden atrapar. Si se les arroja un hueso levantan la cabeza y lo cogen en el aire, devorándolo como hacen los perros; y si la presa es demasiado grande y no les cabe bien en la boca, la arrojan al aire hasta que la cogen de un modo más conveniente.

A veces traban terribles combates con los jaguares; pero estos animales no suelen atacar á los cocodrilos grandes y solo emprenden la lucha con los pequeños.

En general, los cocodrilos hacen la guerra á todo ser que encuentran á su paso y sobre todo á las tortugas pequeñas, de las que de-

voraban algunos miles cada año. Tan voraces son que los machos llegan á comerse á sus propios hijos cuando la hembra no está allí para defenderlos. Lo que prefieren especialmente son los perros, y así es que, cuando oyen ladrar á alguno, recorren grandes distancias con objeto de apoderarse de él. Con frecuencia se ocultan entre los juncos esperando á que pase un bando de peces, y los cogen con sus mandíbulas ó los matan á coletazos, produciendo violentas conmociones en el agua. Algunas veces llegan á tragarse las piedras, como se ha visto encontrándolas en su estómago despues de muertos; pero esto lo hacen únicamente con el objeto de aumentar un peso específico y poderse sumergir con más facilidad.

Si los cocodrilos pudieran volverse con rapidez serian más peligrosos; pero afortunadamente tienen el cuello demasiado rígido y necesitan algun tiempo para describir un círculo. Con mucha frecuencia se detienen en tierra firme ó van andando despacio; pero

pueden apresurar su marcha cuando los atacan ó cuando persiguen una presa. Lo más temible de su cuerpo es la cola, pues es tal la fuerza que en ella tienen que de un solo golpe pueden matar á un hombre.

Los cocodrilos gustan de descansar tendidos sobre los bancos de arena á orillas de los rios, reuniéndose muchos y poniendo las colas unas sobre otras. Permanecen inmóviles durante muchas horas como dormidos ó asoporados, con las bocas abiertas, y no falta quien dice que lo hacen para atrapar las aves y los insectos que vayan á posarse entre sus mandíbulas; pero esto es una exageracion, ó por mejor decir, un error hijo de la ignorancia, pues basta tener una ligera idea de la natural inteligencia de los animales para comprender que ni el cocodrilo esperaria llenar su estómago con insectos ni las aves irian á meterse entre aquellas terribles fauces. Lo único que hay de cierto es que, mientras yace en esa postura, suelen pararse sobre su dorso ó sobre su cabeza algunas aves, como grullas,

ibis, flamencos y otras, que se pasean tranquilamente por encima del animal sin que salga de su letargo. Es verdad que tampoco podría apoderarse de ellas aunque lo intentara, porque la rigidez de la escamosa coraza que le cubre le impide volver la cabeza; y de esta circunstancia se aprovechan por cierto algunas aves de rapiña, como el buitre-papa, que posándose sobre su cráneo puede arrancarle los ojos sin el menor peligro.

Hay algunos cocodrilos más terribles que otros, siendo los peores los que han llegado á probar carne humana. Estos no se apartan mucho de las aldeas indias situadas en las orillas de los rios y acechan los sitios donde los habitantes suelen bañarse ó á donde las mujeres y los niños acostumbran á ir por agua. Cuando causan alguna víctima, todos los hombres de la aldea, embarcados en sus canoas, dan caza al mónstruo y por lo general logran matarlo.

En todos los pueblos ribereños del Amazona, del Orinoco y de otros rios sur-america-

nos se encuentran bastantes individuos estropeados por cocodrilos, y nada determina á los indígenas á pasar á nado un rio infestado de aquellos reptiles.

No hay otro medio de salvacion, al ser cogido por uno de ellos, que meterle violentamente los dedos en los ojos, lo que les obliga á soltar la presa, pues los asusta en extremo verse atacados de este modo; pero se comprende fácilmente que es necesario una serenidad poco comun para usar este procedimiento, sobre todo sabiendo que el reptil no solamente destroza á la víctima con sus afilados dientes sino que le arrastra antes al fondo del agua, donde pierde el conocimiento. Sin embargo, algunas veces consiguen los indios, y aun algunas mujeres, escapar de este modo de las horribles mandíbulas del cocodrilo.

Las armas que se usan para su caza son el fusil, la flecha y el harpon, pero es necesaria una gran destreza á causa de que solo son vulnerables el nacimiento de la cola, el ar-

ranque de los brazos, unas pequeñas cavidades que tiene tras de los ojos, y los ojos mismos. Los guaraníes y algunos otros pueblos indígenas, lo pescan con un garabato de madera ó un fuerte anzuelo en el que ponen un pedazo de carne.

El que habian cogido los viajeros era un cocodrilo negro de los mayores de su especie, pues media veintidos piés de longitud. Don Juan, apenas volvió á la aldea, lo despojó cuidadosamente de la piel, que queria conservar para empajarla, y los indios se repartieron su carne, de la cual comen ciertos trozos escogidos.

CAPITULO IX.

Las tortugas.

Un mes permanecieron nuestros viajeros en la aldea de los guaraníes, haciendo interesantes excursiones por las selvas inundadas, enriqueciendo sus albums M. David con bellísimos dibujos, y aumentando don Juan sus colecciones botánicas y zoológicas con plantas acuáticas peculiares de aquella region y pieles de magnificas aves y reptiles.

Tambien habia reunido una numerosa coleccion de monos, entre ellos algunos vivos, siendo los más notables el capuchino del Orinoco y el pequeño titi ó mono-ardilla, y el buen sábio se llenaba de orgullo al ver en su

imaginacion á aquellos animales encerrados en las jaulas de la Casa de fieras del Retiro, formando las delicias de las niñeras y chiquillos de la capital de España.

El capuchino del Orinoco (*brachyurus chiripotes* de los naturalistas) tiene un metro de altura, es más robusto que los monos pertenecientes á la tribu de los ahulladores, y su cola larga y poblada no es prensil como la de éstos. Vive en los árboles, y su cabeza y su cara le distinguen esencialmente de sus congéneres, pues no hay en toda América un mono cuyas facciones tengan tanta semejanza con las del hombre: tiene en la frente un mechón de pelos formando tupé, bigotes y una gran barba que le cae hasta el pecho, en la misma forma que la de los orientales.

Esta especie no vive en sociedad, sino dividida en familias, y la hembra se distingue por su menor tamaño y su barba más corta. Ambos parecen muy orgullosos por este adorno que les caracteriza y que es para ellos objeto de un cuidado especial, y con frecuencia

el macho se la acaricia como lo podria hacer un elegante preocupado con sus patillas á la inglesa.

Estos monos beben muchas veces, pero sin meter los lábios ó la lengua en el agua como los demás animales, sino cogiéndola con el hueco de la mano, de cuya costumbre procede su nombre de *chiripotes* (el que bebe con la mano), y llevándola á la boca con el mayor cuidado á fin de que no les caiga una sola gota en la barba.

En algunos sitios de las comarcas que habitan los llaman *monos bebedores*, á causa de la costumbre que tienen de beber con frecuencia.

El *titi* ó *saimiri* es un precioso monito del tamaño de un conejo, y no nos entretendremos en hacer su descripcion porque no habrá seguramente ninguno de nuestros lectores que no haya visto alguno de estos animales, muy conocidos en nuestro país. Es de un carácter muy apacible, sumamente gracioso, con un hermoso pelaje de color verde-

so, y sus grandes y expresivos ojos tan pronto se llenan de lágrimas como brillan de alegría como los de un niño.

Pensaban ya los dos viajeros abandonar la hospitalaria aldea de los guaraníes para dirigirse á Angostura y unirse allí á los comerciantes que compran el aceite de tortuga á los indios otomacos, cuando Cayagua les hizo saber que tambien los guaraníes se ocupaban en la fabricacion de este importante artículo de comercio, y que antes de muchos dias se dirigidrian á una de las playas arenosas del Orinoco, donde las tortugas acostumbraban todos los años hacer sus posturas, para recoger los huevos y proceder á la fabricacion del aceite.

—En ese caso,—dijo el aleman,—es inútil que nos vayamos de aquí: cuando estos indios emprendan su expedicion iremos con ellos y podreis satisfacer vuestra curiosidad sin tantas incomodidades.

—Teneis razon,—respondió don Juan;—pero siento no conocer á los otomacos, que

forman uno de los pueblos más interesantes de América.

—Ya los conoceréis en otra ocasión: no será este el último viaje que emprendais, y cuando volvais á América podreis entablar relaciones con ellos.

El doctor se resignó á no conocer por entonces á los miserables otomacos, una de cuyas costumbres, la de comer tierra, no deja de ser singular, y no volvió á hablar de ellos.

Algunos dias despues la inmensa mayoría de los habitantes de la aldea se dispuso á marchar al punto donde las tortugas hacian su postura.

Este paraje era uno de los sitios que quedaban en seco desde los primeros meses de la bajada de las aguas, y estaba en la orilla izquierda de uno de los grandes islotes que dejan entre sí los brazos del Orinoco.

Distaba de la aldea poco más de veinte leguas, y una mañana, despues de la salutación de la aurora, casi todos los guaraníes, hombres, mujeres y niños, embarcados en

sus canoas y llevando consigo una porcion de vasijas y calderos para fabricar el aceite, dejaron el bosque de las palmeras y empezaron á atravesar el rio.

Tan solo algunos viejos y mujeres quedaron en la aldea para guardarla durante la ausencia de los indios.

Dos dias de travesía fueron suficientes para alcanzar la playa frecuentada por las tortugas, que era una gran extension de arena descubierta por la bajada de las aguas.

Apenas desembarcaron los indios conocieron que la postura aun no habia tenido lugar, y para no asustar á las tortugas, que talvez no estarian muy lejos, se retiraron con sus canoas y sus utensilios á un espeso bosque situado media legua de la orilla, dejando, no obstante, dos ó tres vigías para que avisasen la llegada de las tortugas.

Trascurrieron siete dias sin que ocurriese la menor novedad, y ya empezaba á agotarse la paciencia de nuestros viajeros, cuando al amanecer el octavo llegó uno de los vigilantes

con la noticia de que las tortugas estaban depositando sus huevos en la playa.

Todos los indios corrieron inmediatamente á la orilla del rio, y al llegar vieron innumerables bandos de tortugas, que despues de hacer su postura se arrojaban al agua para esperar á que naciesen los pequeñuelos.

No eran pocas, sin embargo, las que, habiendo llegado algo tarde, estaban aún ocupadas en aquella importante operacion y tan absortas en ella que no se apercibieron de la llegada de sus enemigos.

—¡Las locas! ¡Las locas!—exclamaron alegremente los indios.

Y corriendo á aquellas pobres imprudentes, en un momento estuvieron vueltas sobre el lomo más de trescientas tortugas, que ofrecian á los expedicionarios bocados esquisitos.

Don Juan vió que pertenecian á una especie muy comun en el Orinoco y muy célebre por su pasmosa fecundidad. Tenian la concha de un verde oscuro, y el vientre ana-

ranjado con las patas amarillas, y eran, en efecto, *carapas*, que este es el nombre que dan los hispano-americanos á las grandes tortugas del Orinoco.

Las carapas se reúnen todos los años formando grandes ejércitos, y cada una de estas numerosas legiones escoje un sitio favorable para depositar sus huevos, eligiendo generalmente las playas arenosas, que van á visitar muchos dias seguidos antes de la postura, levantando únicamente la cabeza sobre el agua y prestando grande atencion á este exámen preliminar. Cuando están seguras de que el sitio escogido presenta las condiciones apetecidas abordan á él por la noche en bandas numerosas, y cada tortuga escava en la arena, con las ganchudas uñas de sus patas posteriores, un agujero de medio metro de profundidad y uno de diámetro, en el cual deposita sus huevos, cuya cantidad varia de ochenta á ciento veinte por cada individuo. Los huevos son blancos, algo más pequeños que los de gallina, y tienen la cáscara muy dura.

La tortuga los cubre con arena, cuya superficie apisona cuidadosamente para que nada pueda denunciar el precioso tesoro á los buitres, los jaguares y otros enemigos. Cuando está concluida la operacion vuelve al rio aquella multitud y se dispersa en todas direcciones; el sol se encarga de la incubacion, y seis semanas despues de la postura se arrastran por la arena las tortugas pequeñas, arrojándose inmediatamente al agua.

Habitan primero los estanques y los lagos cuyo lecho es poco profundo, con frecuencia bastante lejos del lugar de su nacimiento, estando demostrado que no pasan sus primeros años en el rio. En cuanto á saber si las tortugas pequeñas descubren aquellos lagos y si van á ellos por sí mismas ó si son conducidas por sus madres, como acontece con los cocodrilos y los caimanes, se ignora todavía. Respecto de estos reptiles, es más fácil, puesto que cada hembra deposita sus huevos en un sitio aparte; pero se comprende que nó es posible adivinar como reconocen las tortu-

gas sus hijos entre aquellos millares de pequeños que nacen en el mismo sitio y se arrojan al agua á la vez. Parece increíble que pueda distinguir sus hijos propios en medio de aquella aparente confusion, y sin embargo, el instinto maternal la conduce y la impide extraviar su ternura.

CAPITULO X.

El comercio de los indios.

Algunos indígenas encendieron fuego y pusieron á asar las carapas que habian cogido, sirviéndoles de cacerola su misma concha; la carne de la carapa, aunque no tan esquisita como la del tekeray y otras tortugas pequeñas, no deja de ser un buen bocado, y los viajeros participaron con no poco gusto del almuerzo que improvisaron los indios.

Empezó enseguida la recoleccion de los huevos, que dió resultados incalculables; don Juan valuó en doscientos mil el número de los que se habian recogido en aquel primer dia.

Este cálculo no tenía nada de exagerado. El número de huevos que los indios emplean en la fabricación del aceite es verdaderamente increíble, y el de los que ponen las tortugas todos los años supera á todo lo que se pueda imaginar. Se ha calculado que en las orillas del Orinoco se recogen, solamente en tres sitios, cuarenta millones de huevos por año, y se valúa en ciento cuarenta millones el número total de los que se emplean en la fabricación del aceite de tortuga.

Imaginen ahora nuestros lectores lo que sucedería si no existiera esta destrucción y lo que resultaría si nacieran todos los años ciento cuarenta millones de animales que, cuando han adquirido su completo desarrollo, pesan de veinticinco á treinta kilogramos, y que se reproducen con tan pasmosa fecundidad. Si se multiplica este resultado por el número de años que forman la edad de la tortuga se vé que el cáuce de los ríos estaría obstruido al cabo de cierto tiempo por una multitud que, como dijo el viejo P. Gumilla, se-

ria tan difícil de contar como los granos de arena de las orillas del Orinoco.

Sin embargo, la naturaleza ha evitado este inconveniente creando á las tortugas una infinidad de enemigos, como jaguares, cocodrilos, grullas, buitres y otros muchos que hacen su presa de los huevos y las crias, siendo entre todos el hombre el que demuestra más encarnizamiento.

Recogidos todos los huevos, cuyo número, segun don Juan, no bajaba de ocho millones, los indios los cascaron, echando su contenido en grandes calderas que se pusieron al fuego, y batiéndolo perfectamente con espátulas de palo. Despues de cierto tiempo se las retiraba del fuego, dejando la mezcla expuesta al sol, hasta que sobrenadaba la parte oleaginosa, que constituye el aceite.

Este se encerraba en botijas de barro, construidas á todo intento, y así se entregaba al mercado.

Dos ó tres dias antes habian llegado algunos comerciantes de Angostura y Guyana-

Vieja con grandes fardos de telas, artículos de quincalla, cuchillos y herramientas diversas, y apenas el aceite estuvo en disposición de ser vendido empezaron las transacciones mercantiles.

Don Juan y su compañero pudieron conocer entonces toda la sórdida avaricia de los mercaderes, que por una gran cantidad de aceite daban un objeto de valor casi nulo. Cayagua dió una botija llena, que podría contener dos arrobas, por un cuchillo con mango de madera, y esto hizo exclamar al buen doctor:

—¡Vergüenza tengo de que estos infames comerciantes sean descendientes de españoles! ¡Cualquiera los creería hijos de judíos!

Sus exclamaciones de indignación estuvieron á punto de producirle un sério disgusto con uno de los mercaderes, que oyó por casualidad los epítetos poco lisonjeros que les aplicaba; pero la intervención de M. David y la actitud amenazadora de los guaraníes, que se pusieron resueltamente al lado

de su huésped, hicieron que el ofendido negociante dominase su cólera y cortaron por completo la cuestion.

—¡Habeis hecho mal en intervenir!—dijo luego don Juan á su compañero;—ese hombre es un caribe y hubiera tenido el gusto de darle lecciones de humanidad á cachete limpio.

—¡Bah!—exclamó M. David;—dejadle: los guaraníes le castigarán y tambien á sus compañeros.

—¿Cómo?

—Porque vuestras exclamaciones les han abierto los ojos, y ahora no darán á los comerciantes una botija de aceite sino por un precio tres veces mayor que el que aceptaban ayer.

—¿De veras?

—Como lo oís.

—Pues me alegro, me alegro mucho: es verdaderamente una lástima que yo no pueda permanecer un par de años entre estos pobres indigenas para enseñarles otras muchas

cosas y hacer de ellos un pueblo industrial y rico.

Cuando la mayor parte del aceite estuvo vendido y todas las mercancías de los negociantes habían pasado á poder de los indios, éstos empezaron á preparar sus canoas para volver á la aldea y aquellos se alejaron del río llevándose su cargamento.

El objeto de la expedición no estaba, sin embargo, alcanzado por completo, y los guaraníes tenían aún que permanecer allí algunos días.

—¿Y para qué?—preguntó don Juan á Cayagua.

—Para dar tiempo á que nazcan las tortugas pequeñas, porque no es posible recoger todos los huevos y apoderarnos de ellas. Su carne es muy buena; se la frie en el aceite de los huevos y así se conserva todo el año.

—Una especie de escabeche,—dijo muy sério el alemán;—no son tan estúpidos estos indios cuando saben hacer conservas.

Don Juan no pudo menos de sonreirse

ante aquel positivismo germánico y murmuró:

—Estos malditos son capaces de apreciar la civilización de un pueblo por los adelantos de su cocina.

Pocos días después empezaron á salir de la arena pequeñas tortugas, del tamaño de un platillo de café; salían incesantemente y acto seguido los guaraníes se apoderaban de ellas, las quitaban la concha, las partían por la mitad, freíanlas, y luego ponían los pedazos en barriles de aceite.

Cuando se hubo hecho una provisión suficiente para satisfacer las necesidades de toda la aldea, los guaraníes embarcaron sus utensilios y sus víveres, entraron en sus canoas y se alejaron de aquel lugar hasta el año siguiente.

—Después del destrozo que habeis hecho, ¿creéis que el año que viene encontrareis tortugas?—preguntó M. David á Cayagua.

—¡Ya lo creo!—respondió el indígena;—á pesar de los huevos que hemos roto y de las

crias que hemos cogido, dentro de un año vendrá medio millon de tortugas á hacer su postura en el mismo sitio.

—¿E irán los mismos comerciantes á compraros el aceite?—preguntó don Juan sonriendo con intencion.

—Los mismos ú otros,—respondió el indio;—pero os aseguro que no lo conseguirán á un precio tan bajo como los años anteriores. Si hasta ahora nos han explotado como han querido, en adelante no sucederá lo mismo.

Don Juan hizo un gesto de alegría y murmuró:

—Tenia razon M. David: los mismos guaraníes se encargan de castigar á esos miserables comerciantes.

Dos dias despues llegó la escuadrilla al bosque de palmeras, y los guaraníes se instalaron en sus habitaciones aéreas para descansar de las fatigas de la expedicion.

Don Juan encontró sus monos y sus pájaros en el mejor estado, y no pudo menos de

dar las gracias á los indios por el cuidado que habian tenido con ellos.

Los viajeros estaban en extremo satisfechos de lo que habian visto, y preciso es consignarlo, tambien los indios lo estaban de sus huéspedes, pues gracias á ellos, especialmente á los consejos del doctor, los productos que alcanzaron en aquel año fueron más cuantiosos que los de los años anteriores.

CAPITULO XI.

Otro proyecto.

Dos dias despues de su regreso á la aldea aéreo-vegetal de los guaraníes, el aleman dijo á su compañero:

—Me parece que hemos visto aquí cuanto se puede ver.

—¡Bah!—exclamó el sábio español;—¿tan pronto quereis abandonar la compañía de estos interesantes indígenas? ¿Y á dónde ireis que esteis más á gusto?

—A cualquier parte donde pueda encontrar otras costumbres, otros hábitos, otro carácter; á donde pueda estudiar algo nuevo, algo desconocido...

—Eso quiere decir que estais dispuesto á emprender una nueva expedicion.

—Indudablemente.

—¿Y á dónde hemos de dirigirnos?—exclamó el sábio don Juan.

—Hé ahí un punto que habeis de decidir vos,—respondió M. David;—si mal no recuerdo, antes de salir de Cartagena hablásteis de hacer una excursion al país habitado por los indios otomacos.

—Ese pensamiento tenia, en efecto.

—¿Y habeis desistido de él?—preguntó el dibujante.

—En cierto modo, sí, porque la causa que me impulsaba á visitar á esos indios no existe ya,—respondió don Juan.

—Esa causa era la recoleccion de los huevos y la fabricacion del aceite de tortuga,—dijo M. David con su calma característica.

—Exactamente; y como eso lo hemos visto ya entre los guaraníes...

—Sin embargo, algo más habrá entre los otomacos que pueda llamar nuestra atencion

y excitar nuestro interés; alguna costumbre especial, algun rasgo característico...

—¡Oh! ¡Indudablemente! Los otomacos forman uno de los pueblos indígenas más interesantes de estas regiones.

—¿Habitan muy lejos de esta comarca?

—No; aunque varían con frecuencia de domicilio, por cuya razón se los puede comprender en la categoría de los pueblos nómadas, nunca se alejan de las orillas del río y generalmente se los encuentra en los llanos de la confluencia del Apuro, no muy lejos de Angostura.

—¿Y podremos trasladarnos fácilmente á esa población?

—Sí por cierto; subiendo el río en una canoa que nos proporcionarán los guaraníes; el mismo Cayagua nos acompañará, si lo deseamos.

—Y una vez en Angostura, ¿nos será difícil trasladarnos á la residencia de esos salvajes?

—Por el contrario, nos será facilísimo; en

esa poblacion hay muchos negociantes que compran á los otomacos aceite de tortuga y de manatí, y podremos unirnos á una de sus expediciones.

—¿Qué inconveniente hay entonces para que no os resolvais á emprender ese viaje?— preguntó el aleman.

—Ninguno, y lo emprenderemos ya que así lo quereis,—respondió don Juan.

—¿Queda resuelto?

—Completamente.

—Muy bien; ahora, hacedme el favor de darme algunas noticias acerca de esos indígenas: he oido hablar algo de ellos y tengo entendido que forman uno de los pueblos más miserables de la América del Sur.

—Así es,—respondió don Juan;—el otomaco es, en las márgenes del Orinoco, lo que el yampárico en las montañas Pedregosas; la única diferencia que hay entre los dos es que éste busca su alimento entre las rocas y aquel lo busca en las aguas del rio. Sin embargo, el otomaco posee una cualidad, ó por mejor de-

cir, un defecto que no tiene su rival de las tierras del Norte.

—¿Qué defecto es?

—La vanidad.

—¡Oh!—exclamó admirado el alemán;— ¡los otomacos son vanidosos!

—Tanto como el más fátuo de nuestros pollos elegantes,—respondió don Juan.

—Explicadme eso, mi buen amigo, porque si no estoy en un error, los otomacos van desnudos, y yendo desnudos...

—No van precisamente desnudos, puesto que llevan una tira de algodón ó de corteza que les cubre las caderas; pero no es este económico traje lo que sirve de base á su vanidad.

—Entonces...

—Los otomacos,—repuso don Juan,—son muy aficionados á pintarse el cuerpo, lo que hacen con tanto cuidado y tanto esmero como el que emplea uno de nuestros pollos para anudarse la corbata. Un otomaco que quiere pasar por elegante tiene que ir pintado de

rojo con arabescos negros en el cuerpo, los brazos y la cara; pero como las materias tintóreas no se producen en su país y tiene que adquirirlas de los comerciantes blancos, que no se las dan baratas, solo usan el traje completo en ciertas ocasiones solemnes, reduciéndose de ordinario á pintarse el rostro y los cabellos, ó lo que es lo mismo, á ponerse una careta y un sombrero.

—¡Oh! ¡Hé ahí unos tipos que harán honor á mi album!—exclamó el alemán.

—¡Indudablemente!—repuso el español;—pero es doloroso que os veais privado de hacer un buen dibujo de sus habitaciones.

—¿Y por qué no he de hacerlo?

—Por la razon sencillísima de que no las tienen; la vivienda de estos salvajes se reduce á una cabaña de bambúes y hojas de palma, que no tiene dos metros cuadrados de superficie y en la cual no puede un hombre permanecer de pié.

—¡Ah! Y careciendo de vivienda, porque esas cabañas no merecen tal nombre, es lógi-

co suponer que tambien carecerán de utensilios.

—No sé,—respondió el sábio,—que tengan otros que las flechas y los harpones de que se sirven para matar los peces, las tortugas y los manatíes de que se alimentan.

—Viven, pues, exclusivamente de la pesca.

—Exclusivamente; las comarcas que habita no les ofrecen, por otra parte, recursos vegetales ni la caza suficiente, y así es que, cuando llega la época de la crecida de los rios, en que la pesca escasea mucho, el hambre les hace pasar muy malos ratos y muchos perecerian si no tuvieran un recurso extraño que les permite engañar su apetito.

—Y ese recurso consiste...

—En una arcilla llamada *poya*, que no contiene, sin embargo, ningun principio nutritivo, y que si no les alimenta, por lo menos calma su necesidad porque lastra el estómago. Hay quien ha creido que la *poya* estaba amasada con cazabe y aceite de tortuga; pero un viajero célebre, Vauquellieu, la ha some-

tido á un atento análisis y ha visto que solo contiene sílice y cal.

—¡Vaya un recurso extraño!

—Lo más extraño es,—añadió don Juan,—que cuando cesa la escasez siguen comiendo de esta tierra, de la cual consumen diariamente más de media libra. Y no creais que por eso tienen mal aspecto; por el contrario, son de los indios que están más gordos.

—Pero la prepararán de algun modo...

—Se reducen á formar bolas de algunas pulgadas de grueso que hacen secar al fuego y que colocan en pilas como las balas de cañon en un arsenal. Cuando quieren comer un poco ablandan la bola en el agua, raspan la cantidad suficiente y la saborean como si fuera un confite. Por lo demás, no son los otomacos los únicos que comen tierra; la comen tambien los javaneses y los habitantes de Nueva-Caledonia, la misma costumbre existe en algunas tribus de Africa, y se observa igualmente entre los pieles-rojas de las márgenes del rio Makensia.

—¡Oh!—exclamó el alemán;—solo por verlos comer tierra se puede hacer un viaje al país de los otomacos: esos indígenas deben inspirar necesariamente un gran interés á los etnólogos.

—Lo inspiran, en efecto,—contestó el sábio español.

—Y decidme ahora,—repuso el artista;—esos indios, ¿son pacíficos como estos pobres guaraníes?

—Generalmente, sí; pero en sus épocas de abundancia tienen la mala costumbre de embriagarse con chicha ó con un polvo llamado *niopo*, procedente de las hojas de una mimosa, y su borrachera es feroz y sanguinaria, siendo muy raro que no produzca desafíos en los cuales perezcan por regla general los dos adversarios.

—¡Diablo! ¿Se baten acaso con armas envenenadas?

—Precisamente; pero no podeis adivinar qué género de armas usan para estos casos,—repuso don Juan.

—¿Las flechas?

—No por cierto.

—¿La lanza?

—Tampoco.

—Entonces renuncio á acertar; decidme qué armas usan.

—Las uñas.

—¡Las uñas!

—Tal como lo ois; los otomacos riñen á arañazos y uno solo de sus rasguños es bastante para enviar un hombre á la eternidad. Es verdad que sus uñas están cuidadosamente untadas con el célebre veneno llamado curare, que en el país de los otomacos tiene una fuerza especial.

El buen sábio continuó dando á su amigo las más extensas noticias acerca del carácter y de las costumbres de los otomacos, y al final de la conversacion se decidió emprender la marcha dos días despues, dejando los equipajes y los animales en la aldea aérea, á donde los viajeros pensaban regresar despues de su espedicion al Sur.

Cayagua, á quien se consultó, ofreció á nuestros amigos acompañarlos en su escursion con otro de sus vecinos, y Candelario, que habia permanecido al lado de los expedicionarios, debia tambien ser de la partida.

CAPITULO XII.

En peligro de muerte.

Dos dias despues, hecha la salutation de la aurora, los viajeros se dispusieron á abandonar la aldea de los hospitalarios guaraníes.

Una gran canoa, hecha con el tronco de un moriche colosal, debia conducirlos por el rio, y Candelario arreglaba en ella los pocos objetos que nuestros amigos llevaban consigo.

Cayagua se despidió de su familia y de sus vecinos entonando un canto melancólico, monótono y triste, que duró algunos minutos; don Juan encargó á los que quedaban en la

casa que cuidasen de sus animales, y poco despues, instalados en la canoa, se alejaban de la aldea, avanzando por el estrecho canal con direccion al rio.

Los expedicionarios iban provistos de viveres suficientes para el viaje y que consistian en carne y pescado secos, pan de yoruma, nueces de moriche y tortuga en conserva: tambien llevaban algunas botellas de vino de palmera, y por otra parte, podian aumentar sus recursos con la abundante caza que encontrasen en el camino.

Como es de suponer, tanto don Juan como M. David iban armados con sus carabinas y machetes; Cayagua y Candelario llevaban sus arcos y flechas, y además iban en la canoa algunos aparejos de pesca.

Poco despues de haber salido del canal, Cayagua, que era el encargado de dirigir la canoa, la hizo penetrar en una selva inundada, alejándose de la corriente del rio, y dirigió el rumbo rectamente al Este.

—¿Por qué haces eso?—le preguntó don

Juan;—en mí concepto, lo más conveniente es seguir río arriba...

—No, no señor,—respondió Cayagua;—la corriente es muy fuerte y no nos dejaria avanzar con rapidez, al paso que en el interior de la selva, las aguas apenas tienen movimiento y no opondrán tanta resistencia á nuestra marcha. Además, tenemos que atravesar algunos bosques inundados para ir á buscar uno de los brazos principales del rio; por éste no podríamos llegar al punto donde se separan.

—¿Y por qué?—preguntó don Juan.

—Porque hay en él dos cascadas que imposibilitan la navegacion.

—¡Ah, diablo! La razon es poderosa y me inclino ante ella; pero dime, Cayagua, ¿son muy considerables esas cascadas?

—Bastante,—respondió el indio;—la primera tiene seis varas de elevacion, y la otra tiene más de veinte.

—Desearia visitarlas,—dijo, hablando por primera vez, el aleman.

—Podreis hacerlo á la vuelta,—respondió

Cayagua;—ahora es de todo punto imposible porque la corriente no nos dejaria llegar hasta ellas.

—De todos modos, —dijo don Juan,—no siento hacer esta excursion por las selvas inundadas; nunca me cansaria de contemplar estos bosques seculares y primitivos que elevan las copas de sus grandes árboles sobre un océano; en ninguna parte he visto tal lujo de vegetacion, tanta exhuberancia, tanta vida. Mirad, amigo mio, mirad que bando de aves tan hermosas acaba de posarse en aquel árbol.

Y el doctor indicaba un magnífico juvia que elevaba su enorme parasol á poca distancia de aquel sitio, y en cuyas ramas acababa de posarse una bandada de magníficos pájaros.

Aquellas aves tenian el tamaño de unagallina y estaban vestidas de un espléndido plumaje azul, tornasolado de oro; la cola era larga y hendida como la del milano, aunque mucho más bella, y sobre la cabeza ostentaban una

bonita cresta de plumas moradas, que abrían y cerraban continuamente.

Tanto don Juan como su compañero permanecieron durante algun tiempo contemplándolas con gran interés, y en verdad que, aparte de su brillante plumaje, observábanse en ellas circunstancias rarísimas que debían necesariamente llamar la atención de los expedicionarios.

En efecto, aquellas aves, en lugar de colocarse sobre las ramas del árbol, como hacen casi todos los pájaros, se colgaban de ellas con sus largas y ganchudas uñas y las recorrían rápidamente en esta extraña posición, con la cabeza hácia abajo y la espalda hácia el suelo.

—¡Oh!—exclamó sorprendido M. David,— ¡qué pájaros tan particulares!

—Son *aras*,—respondió don Juan, que en su calidad de ornitólogo conocía perfectamente las costumbres y los rasgos distintivos de todos los volátiles de la creación;— hay quien los llama *loros azules*, nombre in-

propio á todas luces, porque estas aves pertenecen á una familia muy distinta de la de los loros; pero su verdadero nombre, su nombre científico es el de *mecaos purpureos*.

—Y decidme, mi querido sábio,—exclamó el alemán;—¿por qué andan en las ramas de una manera tan particular?

—Hé ahí una pregunta indigna de vos,—respondió sonriendo el español;—¿por qué el jacania anda sin hundirse sobre las yerbas acuáticas de los rios y de los lagos? ¿Por qué el pájaro-mosca vive exclusivamente del jugo de las flores? ¿Por qué el pato vive más tiempo en el agua que en la tierra? No hay más que una respuesta: porque la naturaleza, dotándolos de ciertos órganos, les ha impuesto la necesidad de vivir de esa manera. El ara no puede colocarse sobre las ramas porque se lo impide la forma ganchuda de sus uñas, y por el contrario, esta misma circunstancia le permite estar colgado con la mayor comodidad.

No tardó en perderse de vista el árbol en donde estaban los pájaros, y la atención de

los viajeros se dirigió á otros objetos no menos interesantes.

—¡Bien empieza vuestro viaje!—exclamaba M. David.

—¡Dios quiera que termine del mismo modo!—añadió Cayagua.

—¡Bah! No tengais cuidado,—respondió sonriendo el sábio;—no hay razon alguna para que salgamos mal de nuestra expedicion.

En aquel momento Candelario gritó:

—¡Cuidado! ¡Un cocodrilo!

Volviéronse los dos viajeros, y mirando en la direccion que indicaba el indio, vieron un enorme cocodrilo negro, de largo hocico, de frente deprimida, y cuyo tamaño no bajaria de veinticinco piés de longitud por metro y medio de grueso.

El enorme sáurio, con la mirada brillante por el hambre y las horribles fauces abiertas, avanzaba directamente hácia la canoa con toda la rapidez que su poderosa cola, oscilando violentamente de un lado á otro, le permitia.

Cayagua le vió tambien y su semblante palideció.

—¡Dios mio!—dijo;—¡va á atacarnos!

—¡Bah!—exclamó sonriendo burlonamente don Juan.

—No lo dudeis, señor,—repuso el indio;—es un animal terrible; debe haber ya probado carne humana y no querrá despreciar la ocasion que se le presenta de satisfacer su apetito. Y es inútil que trateis de matarle: las balas de vuestro fusil no penetrarán en sus escamas... ¡pero ved como se acerca! ¡Huyamos, señores, huyamos!

—¿Y hácia donde?—exclamó el aleman;—su rapidez es muy superior á la nuestra y nos alcanzará muy fácilmente.

—Refugiémonos en los árboles.

Inmediatamente jugaron los remos con desusada fuerza, y la canoa se deslizó rápidamente hácia los árboles más cercanos.

La distancia que habia que recorrer era bastante corta; pero el hambriento anfibio estaba ya muy cerca, y don Juan empezó á te-

mer que los alcanzase antes de llegar al puerto de refugio.

El alemán disparó contra el cocodrilo los dos tiros de su carabina; pero los proyectiles rebotaron sobre su escamosa coraza y el terrible animal no detuvo ni un solo momento su carrera.

Los dos viajeros, comprendiendo que su salvacion dependia de un minuto, de un segundo, cogieron sus carabinas, y valiéndose de las culatas como de unos remos, contribuyeron con sus esfuerzos á la rápida marcha de la canoa.

No tardó la ligera embarcacion en acercarse á los árboles; pero el cocodrilo estaba ya encima y el peligro era inminente.

El feroz saurio, apoyándose sobre su poderosa cola, que obraba como un resorte, se lanzó con terrible furia sobre la canoa; pero ya era tarde: los viajeros habian tenido tiempo de agarrarse á las ramas de los árboles, y treparon por ellas á salvo de los dientes de su enemigo.

La fortuna, sin embargo, no habia sido completa; la canoa, trastornada por el terrible choque del mónstruo, habia zozobrado, y las armas, los víveres y los instrumentos de pesca se habian perdido en el fondo de las aguas.

La canoa, impulsada por la corriente, se alejó del árbol nadando entre dos aguas.

CAPITULO XIII.

Regreso á la aldea.

En el primer momento no comprendieron los viajeros toda la gravedad de su situacion.

Una exclamacion de Cayagua se la hizo comprender.

—¡La canoa! ¡La canoa!—gritaba el indio.

Nuestros amigos, no repuestos aún del pasado sobresalto, volvieron sus ojos á la laguna, y vieron su ligero esquife, que con la quilla mirando al cielo, era arrastrado por la corriente, la cual le separaba de los árboles.

—Hay que recobrarla,—dijo el aleman preparándose á bajar del árbol.

—Es imposible,—respondió Candelario;—el

cocodrilo permanece al pié del árbol y no podemos bajar sin caer en sus dientes.

Lo que decia el indio era una triste verdad; el cocodrilo, como si estuviese seguro de que su presa no se le podia escapar, permanecia inmóvil junto al tronco, dejándose mecer indolentemente por la ondulacion de las aguas.

En un principio anduvo dando vueltas alrededor del tronco, arañando la corteza con su fuerte hocico y tratando de asirlo con sus brazos cortos, tan parecidos á los del hombre.

Esto era, sin embargo, empresa superior á sus facultades, segun comprendieron indudablemente los viajeros. El cocodrilo no parecia ser de la misma opinion, pues anduvo un rato tratando de trepar por el tronco; luego, viendo que le era imposible, se mantuvo inmóvil á corta distancia con los ojos fijos en los náufragos.

Don Juan, que era impaciente, tardó muy poco en cansarse de aquella situacion, y dijo:

—Es necesario que hagamos algo por salir de aquí.

—No encuentro un medio,—respondió el alemán;—si no se hubieran perdido nuestras armas, pronto nos desembarazaríamos de este horrible animal y podríamos volver á la aldea á nado; pero mientras el cocodrilo permanezca ahí es inútil que pensemos en arrojarlos al agua.

—Esperemos á que se canse y se vaya,—dijo don Juan.

—Antes de que eso suceda,—replicó Cayagua,—el hambre y la debilidad nos habrá hecho caer en sus mandíbulas; esos animales tienen una paciencia inagotable, y en tanto que otra presa no llame su atención, se estará ahí esperando coger á alguno de nosotros.

—De todos modos,—respondió el sábio,—es necesario que esto concluya; no podemos permanecer aquí todo el día.

—Tengo un plan, que me parece que dará buen resultado,—dijo el guaraní.

—Veamos.

—Es muy posible que esta selva se una al bosque de palmeras en que está la aldea: dirijámonos á ella pasando de árbol á árbol por las ramas, y tal vez el cocodrilo nos pierda de vista.

—No me parece mal,—respondió el sábio.

—En marcha, pues,—repuso el aleman.

Empezó aquel viaje, más propio de monos que de hombres, y que á muchos de nuestros lectores les parecerá increíble y absurdo; pero veinte minutos pasados en las sombríos bóvedas de las selvas sur-americanas modificarían por completo su opinion, haciéndoles comprender esta excursion casi aérea.

En los terrenos inundados del Orinoco hay pedazos de bosque de bastante extension en que los árboles están tan espesos y de tal manera enlazados por las plantas trepadoras, que bien pudiera uno creerse atravesando un túnel de verdura.

Los viajeros avanzaban lentamente, con gran trabajo y no en línea recta, porque no todas las ramas y lianas estaban en la misma

direccion y habia tambien algunos espacios libres que les obligaban á dar grandes rodeos; pero al fin avanzaban y tenian la esperanza de poder llegar á la aldea antes de que cerrase la noche.

El cocodrilo los persiguió pacientemente durante cuatro horas; pero al cabo de este tiempo, fuese porque llegase á comprender que los viajeros estaban á salvo de sus ataques, fuese porque alguna otra presa más asequible llamase su atencion, abandonó la empresa y desapareció.

Los viajeros pudieron avanzar entonces más rápidamente, atravesando á nado los espacios libres de árboles; pero por mucha prisa que se quisieron dar, la noche los sorprendió antes de haber salido de la selva.

No era posible seguir adelante, y el doctor propuso subir á un árbol y pasar la noche entre sus ramas.

La cena se redujo á algunas nueces de juvia, y terminada, cada cual se acomodó como pudo para pasar la noche lo mejor posible.

Al rayar la aurora continuaron su excursion, y dos horas despues tuvieron la alegría de encontrar una canoa, tripulada por tres indios de la aldea, en la cual fueron recogidos.

Relataron á los indígenas lo que habia sucedido, y acto continuo fueron conducidos á la poblacion aérea.

CONCLUSION.

Algunos dias despues, provistos otra vez de todo lo necesario, los viajeros abandonaron la aldea de los guaraníes, emprendiendo su proyectada espedicion al país de los otomacos.

Las peripecias y aventuras de este viaje están fuera de los limites y de las condiciones que nos imponia el título de esta obra, y por consiguiente, nos vemos precisados á terminar aquí nuestra narracion.

No concluiremos, sin embargo, sin decir algunas palabras sobre las sucesivas expediciones de los dos viajeros, que impulsados por

el amor de la ciencia el uno, por el amor del arte el otro, casi realizaban en las comarcas americanas el papel del *Judio Errante*. Puesto que los hemos acompañado en su visita á LAS HABITACIONES AÉREAS del Maracaybo y del Orinoco, sigámoslos, siquiera á grandes rasgos, en sus peregrinaciones posteriores, y no los abandonemos en su regreso á la madre pátria.

Cinco dias tardaron nuestros amigos en llegar á Angostura, llevados por la corriente del Orinoco, y durante este tiempo M. David tuvo ocasion de enriquecer sus albums con magníficos dibujos, en tanto que don Juan aumentaba con plantas y pieles de animales sus colecciones botánicas y zoológicas.

En Angostura, poblacion venezolana situada sobre el Orinoco, cuyos habitantes, indios en su mayor parte, apenas llegan á ocho mil, y cuyo movimiento comercial se reduce al que practican los indios de las cercanías, en Angostura, repetimos, se unieron á unos comerciantes que iban á las comarcas de los otomacos para comprar aceite de tortuga y de

manatí, y en su compañía remontaron el río hasta encontrar á los comedores de tierra.

Halláronlos cerca de la confluencia del Apuro, y entonces pudo ver M. David que nada habia exagerado su compañero cuando le habló de las extrañas costumbres y del carácter singularísimo de aquellos indígenas.

Los otomacos vivian en la mayor pobreza y en la degradacion más repugnante, á pesar de lo cual, su defecto dominante, la vanidad, una vanidad casi infantil y no poco ridícula, se destacaba á primera vista.

Andaban desnudos, pues no se puede llamar vestido el pedazo de corteza que les cubre las caderas; pero en cambio, una espesa capa de pintura roja cubria su rostro, y algunos dibujos del mismo color ó negros adornaban su pecho y sus brazos.

Los viajeros pudieron examinar la tierra que comen los otomacos, y don Juan llegó á probarla, encontrándola completamente insípida.

Las transacciones mercantiles se redujeron

al cambio que hicieron los indios de todo el aceite de tortuga y de manatí que habian recogido, por artículos de quincalla ordinaria, y sobre todo, por aguardiente de caña, al que son excesivamente aficionados.

La posesion de este licor dió márgen á grandes borracheras, y como un otomaco, cuando está ébrio, si tiene un rival cualquiera, no deja nunca de desafiarle, á las espantosas escenas de embriaguez acompañaron espantosas escenas de muerte que llenaron de horror á nuestros viajeros. Los otomacos, como ya sabemos, no usaban para estas riñas otras armas que sus uñas impregnadas con curare, y por regla general, el desafío terminaba con la muerte de los dos adversarios.

Tras algunos dias de permanencia entre estos salvajes, los viajeros volvieron á Angostura, donde rehicieron sus provisiones y regresaron luego á la aldea aérea del bosque de palmeras.

Desde allí, atravesando los distintos brazos del Orinoco, pasaron á la Guyana, llegan-

do á los pocos dias á George-tonn; visitaron los establecimientos ingleses, holandeses y franceses, y finalmente se embarcaron en Cayena para el Gran Para, deseosos de realizar una pequeña excursion por el Amazonas.

Satisfecho este deseo, pasaron á Bahin de todos los Santos, uno de los puertos más importantes del Brasil; fueron luego á Rio-Janeiro, mereciendo la honra de ser recibidos por el ilustrado emperador don Pedro, y cansados ya de correrías, pensaron en poner fin á aquella existencia nómada.

Hace muy poco tiempo que los dos viajeros regresaron á Europa. Don Juan fué recibido con las mayores consideraciones por las sociedades científicas españolas, y en cuanto á M. David, sabemos que en la próxima exposicion de Viena debe presentar un gran cuadro que representa *La Salutacion de la Aurora por los indios guaraníes*.

